Valentín Roma

RETRATO DEL FUTBOLISTA ADOLESCENTE

PERIFÉRICA



RETRATO DEL FUTBOLISTA ADOLESCENTE

Albert Camus dijo que todo lo que sabía de las obligaciones y la moral de los hombres se lo debía al fútbol. Este libro explora, precisamente, todo lo que los futbolistas adquieren a pesar de la obligación, todo lo que imaginan contra la moralidad, todo en lo que creen cuando el partido del domingo finaliza. Durante algún tiempo, el autor, Valentín Roma, fue futbolista. Abandonó la práctica del deporte para dedicarse a sus estudios de Historia del Arte y Estética (en la actualidad es director del Centro de la Imagen La Virreina de Barcelona y profesor universitario). Hijo del obrero de una fábrica, un obrero con claras ideas políticas, este libro narra su propio proceso de desclasamiento, que refleja, a la vez, un desclasamiento colectivo, el de una generación nacida en España a finales de los años sesenta y principios de los setenta, los hijos universitarios de padres campesinos emigrados a la ciudad, vástagos de las aspiraciones sociales que circulaban por aquel entonces, y hoy con un pie en el aburguesamiento y otro en el instinto de supervivencia. Este retrato de un futbolista adolescente es, también, cierta recapitulación sobre qué proporciona el éxito y sobre todo qué arrebata, cuánto de ese triunfo pertenecía al narrador, y por qué se

apeó de él al comenzar a alcanzarlo... Este libro es un viaje que sigue la sombra de James Joyce y Stephen Dedalus, aquí transformados en un narrador y en el futbolista adolescente que fue. Y, finalmente, este libro es la memoria de lo que se oye en un vestuario de fútbol cuando las puertas se cierran, la ideología que acompaña a meniscos y rótulas, la 'vida interior' de los jugadores, sus ansias de ser y sus sospechas de no entender qué les ocurre a los demás. Una historia fascinante, nunca antes contada así en la literatura española, entre la risa y la melancolía.

©2019, Roma, Valentín
©2019, Periférica
Colección: Largo recorrido
ISBN: 9788416291809
Generado con: QualityEbook v0.84
Generado por: oleole, 09/05/2019

Valentín Roma

Retrato del futbolista adolescente

EDITORIAL PERIFERICA

Metadatos

PRIMERA edición: enero de 2019
diseño de colección: Julián Rodríguez
© Valentín Roma, 2019
© de esta edición, Editorial Periférica, 2019
I.S.B.N.: 978-84-16291-80-9
Depósito legal: cc-07-2019

El editor autoriza la reproducción de este libro, total o parcialmente, por cualquier medio, actual o futuro, siempre y cuando sea para uso personal y no con fines comerciales.



El aire de la tarde era pálido y fresco, y con cada volea de los futbolistas el pringoso balón de cuero salía volando bajo la luz gris, como un pájaro pesado. Stephen se quedaba en el borde de la línea, donde no lo veía el prefecto ni lo alcanzaban los pies brutales, de vez en cuando simulaba una carrerita. Su cuerpo le parecía débil y pequeño entre la turba de jugadores, los ojos le dolían y le lloraban.

JAMES JOYCE, *Retrato del artista adolescente*

Retrato del artista adolescente

CADA cierto tiempo sueño con que soy, otra vez, un futbolista adolescente. Y me veo de nuevo en el túnel de vestuarios, nervioso o con frío, palpándome los tobillos. A lo lejos se oye una sarta de abucheos que sacude la arquitectura de cemento, reverbera en las sienes de mis compañeros, quizás en nuestras clavículas.

El césped desprende un aroma a limpio, es una mezcla de cloro, jabón y cítricos. Ese perfume nos recordaba entonces de dónde veníamos, los años jugados en campos de tierra, las noches regresando en autobús desde los entrenamientos, sombríos, silenciosos y aún no tan prepotentes. Pero aquel olor también proclamaba que ya éramos una élite que defender, una aristocracia infantil. Utilleros que nos doblaban los uniformes, masajistas que descargaban nuestros gemelos, delegados que ordenaban cuántos minutos era necesario regar la hierba, el ancho de las líneas de cal y la colocación de las redes en las porterías. Trabajadores no muy distintos a nuestros padres y a los que apenas saludábamos, o a quienes sólo nos dirigíamos para burlarnos de su incomprensible abnegación. Ellos eran la servidumbre que nos correspondía los fines de semana, quienes, con suerte y en el futuro, cuidarían de las mansiones que íbamos a comprarnos tras «llegar a la profesionalidad».

«Ese llegará y ese otro no llegará», escribían los ojeadores en sus informes deportivos. Aún guardo alguno de los míos, que insisten sobre un mismo rasgo de carácter: «técnico y rápido, buen manejo de las dos piernas, muy inconsistente», «lee la jugada con astucia, pero es temeroso y evita el cuerpo a cuerpo con los adversarios».

Todos los futbolistas tenemos ojeras en mi sueño, a todos nos sudan las muñecas y sólo unos pocos, los que empezarán el encuentro desde el banquillo, sonríen. Alguien se asoma al terreno de juego, regresa amarillento y con los testículos entumecidos, grita una arenga que pretende ser un conjuro, o un exorcismo.

Nadie le dirige la palabra al debutante, que besa la medalla de su abuela y se persigna varias veces consecutivas, abrazando cualquier superstición. El jugador más veterano explica que «ochenta mil subnormales y cinco televisiones nos esperan ahí afuera», un comentario prohibido, nunca deben darse cifras que presionen el ánimo antes de pisar la hierba. Otro compañero se lo recrimina, ambos se miran sabiendo que abandonarán el equipo la próxima temporada y que, probablemente, ninguno de los dos «llegará».

El entrenador golpea nuestros pechos de forma consecutiva, es su manera de bendecirnos o de darnos la extremaunción. Cuando me toca el turno acerca su cara a escasos centímetros de la mía y me lanza un insulto desproporcionado, todos lo entienden como un privilegio.

Somos cobayas con un manual de instrucciones y una ficha de estímulos, así lo pienso en el sueño y así lo pensaba antes de los partidos. Somos perros de Pávlov llegados desde barrios de provincias, pueblos agrícolas y urbanizaciones de casas unifamiliares. Nuestros padres esperan que los retiremos de los madrugones o que nos dediquen una calle con el apellido de la familia. Nuestras madres rezan por nosotros y encienden velas a vírgenes en éxtasis, postales de santas colocadas sobre los aparadores, junto a la lavadora, cerca del reloj de cuco.

Somos niños que nos transformamos en adultos noventa minutos a la semana. Apenas sabemos hablar, apenas pensamos. En

nuestros pies vive un minúsculo don y a él se encomienda el mundo cada domingo, a ese genio de meniscos y abductores, a ese mago de las rótulas y la obstinación.

Cada cierto tiempo sueño con que soy, otra vez, un futbolista adolescente, pero siempre despierto al oír, nítido y vibrante, el pitido inicial. Abro los ojos y evalúo los besos al escudo que me perderé durante el día, los choques de manos tras alguna jugada memorable, el pelo largo y sudado. Alargo el brazo y acaricio los pezones de la mujer que duerme junto a mí.

Mientras camino hacia la ducha, el teléfono móvil en el bolsillo del pijama, sigo oyendo los chillidos de los compañeros que corrigen mareajes erróneos y advierten de las estrategias del contrario, el orgullo viril y sobreactuado por un descuido que nunca debió producirse. Esas imágenes se mezclan ahora con la lectura de los emails de trabajo, con las llamadas incendiarias que recibiré y haré, con los cuchicheos vengativos por cualquier nimiedad.

«Ocúpate cabalmente de tus proyectos profesionales», me dicen y digo numerosas veces durante el trimestre; «no mezcles cuestiones personales», me comunican y comunico a diario. «Debemos programar una reunión inmediata», así finalizan los correos electrónicos que me llegan o envío cada mañana, ese furor por reunirse a cualquier hora, esa adicción a la reunión como género literario, como cónclave donde compartir el teatro del estupor y la rabia, los daños que son de todos y de nadie. Cuando era futbolista repudiábamos a quienes jugaban para la galería. «Eres un mierda y un galerías», así llamábamos entonces a los que exageraban sus gesticulaciones.

Tomo café, yogur y un plátano, el mismo desayuno de las citas importantes, también vitamina E-1000 y una pastilla de Redoxon. Llego al despacho demasiado temprano, las luces están apagadas.

Cierro la puerta y, con la mochila aún en los hombros, recojo la pelota de tenis que suelo utilizar para aliviar tensiones. Siempre intento aguantarla unos segundos sobre el empeine, lanzándola después, varios metros, hasta el fondo de la papelera. Normalmente fallo, algo que interpreto como un signo de buena suerte respecto a

mi próxima jornada. Hoy, sin embargo, he acertado. Miro por encima de los cubículos y las mesas, y tras comprobar que estoy solo me aplaudo.

PRIMERA PARTE

EL primer día en el nuevo instituto descubrimos cuántas acepciones podía tener la palabra extravagancia. El profesor de Inglés condensaba sus ideales alrededor de unas botas camperas y una camisa tejana, únicamente se desprendía de aquella pesadumbre al declinar el verbo *to feel*. La tutora de Catalán tenía el mismo rostro esquemático y dulce de las mujeres que aparecen en los cuadros de Modigliani, sus axilas también eran frondosas.

Nadie comprendía la utilidad de la asignatura de Ética, donde aprendíamos a escuchar y a respetar opiniones ajenas, a defender y a adquirir ideas propias. Levantábamos la mano, esperábamos nuestro turno, censurábamos las risas. Los más osados hacían chistes que no siempre enojaban al profesor. Los menos persuasivos se sumaban a las corrientes ecuménicas.

Nuestra clase reproducía el mapa geo-político del pueblo: los alumnos que veníamos de colegios públicos nos sentábamos en sitios estratégicamente opacos, zonas ciegas a la mirada de la autoridad; quienes habían estudiado en escuelas religiosas ocupaban los laterales de las primeras filas; las chicas que abandonaron el uniforme de falda escocesa y jersey azul elegían los pupitres más próximos a la pizarra.

Varias semanas después de empezar el curso vimos una película titulada *Hijos de dios menor*, era una historia amorosa entre un maestro y una alumna sordomuda. Debíamos entregar un

comentario de texto donde analizásemos con qué personaje nos identificábamos y por qué.

Todo el mundo eligió a la chica protagonista, la mayoría destacó los momentos en que ella discutía con el profesor, la velocidad de sus manos insultándolo o exigiendo cosas enigmáticas para nosotros. El mejor estudiante de la clase hizo un escrito lleno de palabras sofisticadas, señaló puntos de vista y jerarquías narrativas, momentos de la trama y tensiones emocionales. La alumna más brillante denunció los límites éticos de aquella relación, concretamente dijo que «el profesor incurría en una doble inmoralidad: seducir a una niña que, además, estaba impedida», aún lo recuerdo.

Quise desmarcarme de cualquier diagnóstico y escogí a un alumno rechoncho y simpático que jugaba al baloncesto durante las horas de recreo, quien en un instante fugaz de la película le dice al maestro, con la voz característica de los sordomudos y en tono jocoso, «¡cabrón, hijo de puta!». La clase soltó una carcajada ante aquel comentario y un compañero aclaró, para justificarme, que al ser yo futbolista andaba escaso de sensibilidad; sus palabras fueron «no le pidas peras al olmo», jamás lo he olvidado.

Cuando estaba a punto de profundizar en el análisis de la película sonó la alarma que indicaba el cambio de asignatura, un grupo de alumnos se acercó hasta mi mesa para jalearme por el atrevimiento. Quise demostrarles que estaba hablando en serio, que la elección de aquel personaje secundario no era una broma, pues el chico gordito, parcialmente lenguaraz, aportaba un contrapunto humorístico a la historia. Sin embargo, las risas y los puñetazos halagadores en el hombro parecían tan entusiastas que olvidé mis disquisiciones. Durante el resto del trimestre me convertí en el bufón de la clase de Ética, más tarde en el gracioso de todas las asignaturas.

Faltaban quince días para los exámenes de Navidad y los tutores alertaron a mi madre de mi conducta. No podían impedirme jugar al fútbol ni tampoco se atrevían a castigarme. Prescindir de un correctivo ejemplar tampoco entraba dentro de sus atribuciones. Entonces el entrenador decidió que me raparían la cabeza como a

un recluta, quizás inspirándose en *Oficial y caballero*, la película que siempre usaban para motivarnos. A partir de ese momento, en el vestuario se me empezó a llamar *Mayo-nesa*, un lamentable chiste cinéfilo.

* * *

Cada día cometo entre cinco y seis errores que certifican mi absoluta inutilidad. Tomo trenes equivocados y llego tarde a los entrenamientos, voy a la panadería y olvido cuántas barras necesita mi madre. Rompo objetos decorativos, hago comentarios absurdos, pierdo relojes, monedas e, incluso, un par de zapatos. Desespero sin pretenderlo a profesores, familiares y amigos: no me enorgullezco de ello, lo considero una tara denigrante.

Aun así, aprovecho estos desaciertos desde el más hipócrita pragmatismo, con ellos sostengo cierto imperativo que asocio a la excentricidad. Lo practico ante cualquier circunstancia y sin importarme bordear el ridículo, pienso que tal vez podría convertirse en un atributo.

Algunas tardes subo a la azotea de nuestro edificio para recoger la ropa tendida. Me demoro observando el paisaje de los alrededores, la fábrica de cemento junto a una montaña surcada de vetas y caminos, la ropa interior de las vecinas, el bosque que pronto recalificarán y en cuyo lugar veré conglomerados de pisos más modernos que aquellos donde residimos. Del polígono sur salen hombres con la cara sucia de mugre, en sus mochilas llevan fruta a punto de estropearse y briks de leche. Las empresas les regalan estos alimentos para que no enfermen, dicen que ayudan a limpiar la porquería de los pulmones.

Espío algún movimiento obsceno en la terraza del ático donde viven «los maricas», así los llaman en el vecindario. Uno de ellos estuvo casado, después de dos años sin consumar el matrimonio su esposa lo acompañó al médico porque tenía hemorroides. El doctor previno a aquella mujer de que el marido era víctima de «otra clase de enfermedad». Ella ni siquiera regresó a nuestra calle, desde la

misma consulta se fue en taxi a la estación y de allí a la aldea de la que nunca había salido. Dicen que los casaron sabiendo que eran primos, o porque eran raros.

Me esfuerzo en interesarme por las historias de la gente de mi barrio, por la morfología y el paisaje donde vivo. Persevero en datos e impresiones, en pensamientos que luego divulgaré durante las clases para parecer simpático u original. Desde algún hueco de mi consciencia sé que todos estos empeños son una impostura, pero he adquirido un compromiso con aquellas ideas que alimentan mis necesidades de evasión y me hacen sentir distinto. ¿Qué importa cierta dosis de histrionismo para tan maravilloso premio?

Oigo los gritos de mi madre por el patio de luces, exigiendo que vaya de inmediato. Antes de bajar la escalera y dejarme las llaves en la cerradura, antes de que algún calcetín se extravíe entre los rellanos o que desaparezca la toalla de ir a entrenar, miro el municipio contiguo, con sus galpones ennegrecidos y su carretera parcheada que corre junto al río. Allí viven unos primos a quienes cedemos nuestra ropa cuando se nos queda pequeña. Tienen una tía que sufrió meningitis de niña y su cabeza es enorme. Duerme en la misma habitación que ellos y ronca como un animal prehistórico.

Ahora las nubes han empezado a deshilacharse. Los pájaros se posan en las antenas, da la impresión de que vinieron todos juntos a escuchar el telediario. Uno de ellos se picotea el pecho con incredulidad o con negligencia, otro camina haciendo malabarismos por la barandilla.

Alguien olvidó recoger sus sábanas, que en estos momentos ondean soberbias y tristes, como banderas que piden una tregua o proclaman una rendición. No debería quejarme, soy afortunado; no debería quejarme, en este lugar sólo se vive moderadamente mal.

* * *

Regresamos de las vacaciones de Semana Santa antes de lo previsto. El barrio parecía otro barrio, asfaltaron las calles y en la esquina donde estaban los contenedores de basura ahora hay una

caseta de la ONCE. Mi novia del pueblo me hizo dos regalos la noche en que nos despedimos. El primero fue un chupón en el cuello, «para que todo el mundo sepa quién es tu dueña», eso dijo. El segundo, un pañuelo que empapó con su perfume, «me servirá para ocultar esta marca delatora», eso pensé.

Pasaba los días caminando de perfil de la cocina al comedor, del baño a las habitaciones. Sufrí un episodio, por suerte breve, de tortícolis, incluso maquillé la zona succionada con una sombra de ojos que mi tía había traído de un viaje a Portugal. La operación camuflaje fracasó, me confinaron en mi cuarto para que recapacitase.

Cuando salí comprobé que el asfalto y los vendedores de cupones no eran las principales novedades. También cerraron el parvulario que ocupaba la única vivienda baja de la calle, una especie de masía con jardín y argollas en la fachada para los caballos. En su lugar instalaron la comisaría; desde entonces, al ver por las aceras a hombres más altos que la media habitual, especulábamos con que fuesen miembros de alguna subdivisión secreta.

Los uniformes y las ametralladoras se añadieron a nuestro paisaje diario. Aun así, tuvieron que abrir un bar al que sólo iban policías, ya que, cuando entraban en otros bares de la calle los vecinos dejaban sus vinos y sus copas de anís sin terminar, nadie les dirigía la palabra.

Un compañero de trabajo de mi tío se emborrachó porque había acertado una quiniela. Invitó a cerveza a todos los presentes, incluido el comisario, quien entendió aquel gesto como un armisticio o como un órdago en aras de la integración definitiva. Al levantar las jarras para brindar, el reciente potentado proclamó, gritando: «¡Por la muerte de los explotadores y los terratenientes! ¡GORA ETA!».

Antes de que viniese la policía, el balcón de nuestro piso era una perfecta atalaya para observar a los transeúntes, desde allí jugábamos a ser francotiradores imaginarios. Luego nos prohibieron utilizar los *walkie-talkie*, mi madre dijo que en una casa tan pequeña carecían de utilidad. Además, aunque repudiaba cualquier símbolo

despótico por imitar a mi padre, yo no quería ser un asesino ni siquiera de forma ficticia. De hecho, esconder las dudas y el retraimiento que siempre me acompañaban era a lo que dedicaba mis mayores esfuerzos.

«Si no fuese tan miedoso hace tiempo que se lo habría llevado un equipo grande», comentaban los ojeadores que venían a verme a los entrenamientos. «Con ese toque de balón y con las pelotas de su hermano se lo rifarían, te lo meto por cuatro millones en el Madrid o en el Barça.»

Los mismos argumentos circulaban durante las sobremesas del fin de semana, cuando los paisanos venían de visita para engullir las magdalenas de la abuela. «¡Espabila que estamos en Cataluña!», decían con la boca llena a dos carrillos. «Dejad tranquilo al chico», replicaba una prima soltera, «¿no veis que es igual de bueno que la tía Salvadora, la única del pueblo que en tiempos de guerra leía como un papagayo?» Mi madre me guiñaba el ojo desde el tresillo y, al levantarse a por más café, me despeinaba con su mano rechoncha. «Yo lo único que quiero es verle ir a la universidad, que sea médico, juez o procurador», apostillaba el abuelo apoyado en su sempiterna garrota.

El miedo se convirtió en mi principal adjetivo, en mi título nobiliario. A veces pensaba que me habían asignado el miedo porque necesitaban poner nombre a ciertas acotaciones de nuestra violencia cotidiana, porque querían llamar de alguna forma a quienes participábamos y no participábamos de ella. Quizás conjuraban su dureza sin tregua diciendo miedo, calificándome como miedoso, objetivándolo en alguien parecido, en un igual. Hoy creo que mis miedos podían ser más flagrantes o más imperdonables; sin embargo, no eran sólo míos sino de todos, eran una moneda apócrifa que circulaba por debajo de las bravuconadas, un argot que subvertía la *lingua franca* de los atropellos.

Sea como fuera, debo admitir que tenían razón: todo lo que entonces me fascinaba también me producía un temor gigantesco. Dios, la política y el sexo me aterraban, aunque mi tiempo transcurría adivinando cuál era el sentido de sus figuraciones.

Aún rememoro la fe religiosa de la gente del pueblo, las historias bíblicas, la atmósfera sobrecogedora de las misas dominicales y sentirme defectuoso, como si alguien me hubiese amputado un orgullo limpio y teórico con la bondad de los otros.

Todavía me veo tapándome los oídos cuando mi padre arremetía contra el franquismo y todos lo ridiculizaban. Mis tíos daban puñetazos sobre la mesa, el abuelo perdía sus modales y su lentitud de profeta, mamá se avergonzaba de él, aunque nunca se lo dijo y, además, debía soportar sus protestas al quedarse luego solos en la habitación, antes de que mi abuela tuviera que subir la escalera con el pelo suelto, como un espíritu benigno, para decirles que lo dejasen ya, que los niños teníamos sueño.

No obstante, he olvidado aquella lujuria que anunciaba la soledad, ese fogonazo de la carne espiando los cuerpos de hombres y mujeres, de jóvenes y viejos. Igualmente desapareció el sentimiento de culpa por tener fantasías impropias de mis años.

Cuando perdí el miedo entré en un territorio confuso, dejé de estar a salvo. Comprendí entonces que siendo calificado como miedoso prolongaba definiciones taxativas, no había instantes álgidos ni momentos de verdad. Esto puedo decirlo ahora, desde una ventajosa melancolía, otra vez cobarde. Esto lo digo ahora y desde aquí, con esa santurronería tan aceptada a la que llamamos *los miedos del escritor*.

* * *

La sustituía del profesor de gimnasia vocaliza con extrema lentitud, cuando ríe a carcajadas descubro que le falta un diente. Nos explica que pasó buena parte de su adolescencia en un reformatorio de Lyon, tal vez por eso, mientras corrige las posiciones de nuestros cuerpos haciendo los ejercicios, se le escapa la palabra «*putain*!»

Todos los jueves me acompaña en coche al entrenamiento, dice que el complejo deportivo está cerca de su casa. Nunca baja del vehículo para recorrer las instalaciones, o para fijarse en cómo

organizan los sistemas de resistencia, o simplemente para verme vestido de futbolista.

Un día la invito a un partido de máxima rivalidad y contesta que tiene compromisos inaplazables. Al terminar nos cruzamos cerca de la parada de autobús, según ella debía hacer un recado en las inmediaciones del campo.

Algunos sábados desayuno en el piso de la sustituía del profesor de gimnasia. Comemos pan de limón con semillas de amapola, queso *brie* y zumo de frambuesa. Luego se sienta en el suelo del comedor, sobre una alfombra de esparto que huele como los serijos de mis tías.

Al principio no dice nada, cierra los ojos y orienta su cara hacia un chorro de sol que entra por el ventanal. Más tarde bosteza, veo que le faltan dos dientes. Tiene una peca junto a los labios, igual que mi madre e igual que yo. Estoy a punto de decírselo, pero me callo.

Pasados unos minutos pide que me tumbe junto a ella, abre un libro en francés y comienza a leer con una voz que parece de otra persona. Algunas mañanas apoyo la cabeza en su regazo, algunas veces me acaricia el pelo y me duermo. Oigo esas palabras herméticas como si fuesen un hilo musical, al pronunciarlas le vibra el esternón y una dulce corriente atraviesa mi nuca. Entonces pienso en los rugidos de la gente cuando estamos a punto de salir al terreno de juego, en aquella otra descarga de testosterona también imparable, que las gradas apenas soportan.

«En el patio de la fábrica hay hierba en medio de la ferralla. La hierba crece muy bien, muy verde. La ferrada está en montones.» Pregunto por qué cambió de idioma al leer este fragmento y no me contesta. Puede que susurrase «algún día lo entenderás.»

Los semáforos están menos tiempo en rojo durante los domingos, la gente de nuestro barrio se permite tomar el aperitivo y llamar por teléfono a sus familiares del pueblo. A la hora de la siesta paseamos hasta la fábrica donde trabaja mi padre, nos abre un compañero que viste un mono marrón y tiene las gafas sucias por el polvo. Entramos en las secciones de prensado, en el laboratorio de

productos químicos y en los vestuarios. Ayudamos a limpiar la tolva con un soplete de aire. De vez en cuando papá dirige la pistola hacia nuestras cabezas para despeinarnos o para que se nos vuelen los restos de celulosa del cuero cabelludo.

Mi madre siempre se queda fuera, sentada en un muro, quitándose algún pelo de la barbilla mientras le enseña los dientes a su propia cara reflejada en un pequeño espejo, buscándose los rasgos. No entiendo por qué ambos se quejan tanto de la fábrica, a esa hora transmite cierta calma espiritual, una perfección ordenada que asocio a las farmacias, las droguerías y los estancos. Se lo digo a mamá mientras regresamos a casa para la cena, me mira con suficiencia y aborrecimiento, quizá con algo de lástima.

«Una está de pie delante de una cadena de pan tostado. El taller está junto al horno, hace mucho calor. Una recoge una rebanada de pan, Una la apila en una bolsa. La cadena pasa. Una llena la bolsa. Los dedos están arañados por el pan tostado.»

Leo a escondidas este párrafo que la sustituía del profesor de gimnasia copió en un papel. «Fíjate que no hay adjetivos», dijo, «fíjate que las frases son cortas, simples y contundentes como martillazos.» Suelo acordarme de estas palabras durante los entrenamientos, mientras ensayamos faltas con barrera y alguien nos grita: «¡Dale un golpe seco en mitad de la pelota! ¡No eches el cuerpo hacia atrás porque el balón se comba, joder!».

Mis compañeros se burlan de mí porque desde hace algún tiempo exclamo «*putain*!» al fallar cualquier jugada, me llaman gabacho de mierda, florecitas y galerías. El míster les reprende aduciendo que soy un chaval sensible, les recrimina sus suspensos y sus bajas calificaciones, «la vida de un futbolista es muy breve para el que llega, para el que no llega puede convertirse en un calvario». Todos bajan la cabeza y algunos murmuran comentarios despectivos. El portero suplente es el único que se atreve a romper el silencio, dice entre risas: «*Oui, Monsieur*! ¡Sí, señor! ¡Claro que sí, señor!».

* * *

A diferencia del resto de la familia, mis padres suelen votar a los comunistas. En el barrio resulta habitual, pero en el pueblo todo cambia radicalmente. Allí mucha gente es de derechas, incluso diría que hay una manera de hablar y de vestirse que asocio a ser de derechas.

Mamá odia el fútbol y cualquier cosa que implique competir, pero lo que más detesta son las discusiones políticas. Su sarcástico sentido del humor y su pereza recalcitrante le impiden creer en conceptos demasiado abstractos. Además, siempre tiene la tensión muy baja, algo que la inmuniza contra los ardores revolucionarios.

Cada vez que vamos de vacaciones detecto una hostilidad que mengua al cabo de unos días, es como un *jet lag* cuyas secuelas disminuyen mientras mis padres recuperan sus acentos infantiles, al mismo tiempo que nuestros estómagos se adecúan a la comida autóctona y nuestros hábitos se acompasan con los nuevos ciclos horarios.

En el pueblo no me dejan jugar al fútbol, papá dice que puedo lesionarme y mi madre añade que la gente de allí es muy envidiosa, que se frotarían las manos viéndome cojo durante el resto de mis días. Aprovecho estos períodos de asueto deportivo para frecuentar amistades que nunca tendría allí donde vivo, chicos sin carisma ni locuacidad, poco agraciados y, a su manera, perspicaces.

Al principio, ser uno de los suyos me parece pintoresco, poco a poco lo veo como un desafío, otra nueva competición. Mi mundo cotidiano no sirve estando con ellos: las hazañas heroicas, los privilegios físicos y el humor cruel son inútiles. Si quiero que me acepten debo aprender qué significa el silencio, cuánto puede unir y por qué en ocasiones hay que romperlo.

Me sorprende encarnar un papel servicial que desconocía, a la espera de acceder como segundón a un territorio aparentemente sin líderes, un cónclave de rechazados. Carezco de herramientas para moverme en este lugar que no es mi ecosistema y del que deserto a diario, ni siquiera es el hábitat donde pretendo residir más allá de las vacaciones.

Estamos a principios de agosto y uno de los chicos plantea que deberíamos hacer algo, que es hora de movilizarse. Me cuesta comprender qué intenta decir y por un momento lo asocio a las soflamas futbolísticas que siempre suenan en mi cabeza. Después imagino que se trata de una sublevación contra su arrinconamiento social. Ambas opciones me inquietan y me decepcionan a partes iguales.

Transcurren las semanas y otro muchacho propone fundar un partido político, más bien una facción juvenil dentro de algún grupo de izquierdas. Los días siguientes discutimos un posible organigrama, quiénes serían presidente, secretario y responsable de comunicaciones. Somos siete miembros y carezco de una función definida, formo parte de la «masa crítica», así se nos denomina a los que desarrollamos tareas secundarias.

Mantengo en secreto mis implicaciones en aquel *agit-prop* rural, no deseo recibir la perorata de mi madre sobre las cosas útiles y contra las ideas inmateriales, tampoco me apetece escuchar a papá preguntando cómo tengo valor de juntarme con el hermano del alcalde, y por qué me someto a las siglas socialistas, «como siempre, haz lo que te plazca».

Paso las mañanas corrigiendo textos para un panfleto que sacaremos antes del final de verano, yendo a la biblioteca municipal a hacer fotocopias con las que decorar nuestra sede, que se instala en un aula de las antiguas escuelas, hoy abandonadas.

Durante las siestas quedo con otros amigos distintos, mi madre dice que no me conviene la compañía de esos chicos porque «están más desarrollados» que yo. Se refiere a que muchos tienen vello púbico y una nuez incipiente.

Con ellos recupero mi condición de turista en la delincuencia de los demás. Por algún motivo que desconozco mis modales urbanos y mi torpeza para transgredir lo prohibido les resulta tolerable, hasta les inspiran sentimientos pedagógicos.

Antes de volver a casa para la merienda saltamos la verja del colegio en desuso, entramos en un aula y competimos por ver quién hace la mayor fechoría o la hazaña más imposible, quién es capaz de

beberse un litro de gaseosa caliente de un trago, quién se atreve a defecar a pulso desde los balcones hacia la calle.

Por las noches regreso a esa misma clase vacía con alguna chica del pueblo. Si hay parejas dentro esperamos en el pasillo, aunque a veces nos permiten entrar y nos sitúan en la destartalada mesa del profesor. Nuestros gemidos se mezclan entonces con los de quienes llegaron primero, excepcionalmente intercambiamos acompañante, otras veces somos intercambiados.

Dentro de la escuela abandonada ejercito el vicio y la ideología. Según desde qué nivel y con qué séquito, depende de si existe cerradura o si se accede por una ventana, ofrece un saber u otro distinto. Allí encontramos nuestro paisaje del inconsciente político y nuestro ministerio del cuerpo. Allí descubro mi Triángulo de las Bermudas, mi Pompeya particular.

* * *

Recibí una carta de mi primo preferido del pueblo, que se había alistado en el ejército como voluntario. Se lo dijo a su novia aunque era mentira, para medir el grado de inquietud que producía en ella una decisión tan drástica. Los chicos solemos hacer estas cosas, nos encanta apoderarnos de las conjeturas, averiguar qué le ocurre a la gente cuando debe enfrentarse a zozobras innecesarias.

Por otra parte, él quería ver llorar a su novia. Leyó un libro donde se contaba que Picasso atosigaba a sus amantes con acusaciones peregrinas, luego sacaba una libreta del bolsillo para dibujar aquellos rostros desfigurados. «Así nació el cubismo», dijo, «de las lágrimas de impotencia y cólera de una mujer.»

Yo sabía que la pintura cubista había tenido otros orígenes. Sin embargo, me callé entonces, y también más tarde, cuando me explicó que ella no había mostrado el menor gesto de aflicción; al revés, se levantó de los sillones del pub donde estaban hablando y pidió dos cervezas, regresó y le propuso un brindis, «por las balas perdidas y los tiros de fogueo». Mi primo entendió que su chica lo había desafiado, a la mañana siguiente cogió el autobús y fue a la

capital. Entró en el cuartel, rellenó las solicitudes de ingreso en el ejército e hizo hincapié en sus conocimientos sobre aparatos electrónicos, después volvió al pueblo sin aclarar por qué llegaba tan tarde a comer.

Las semanas siguientes fueron «las más felices de mi existencia», eso me contó. Paseaba con su novia por la carretera de la laguna, fumaban cigarrillos a medias en los bancos del parque, mirando el cielo plomizo y acariciándose sus respectivas espaldas. A veces, cuando se emborrachaba con ella en el pub del pueblo, gritaba desde los sofás de la zona reservada: «¡Quiero a esta tía! ¡Quiero que todos lo sepáis!». Uno de los cincuentones que bebía chupitos de pacharán preguntaba si aquello era pertinente, su compañero deslizaba el paquete de tabaco que tenía sobre la barra, ambos se palpaban los pantalones buscándose un mechero o cerillas. Los chicos también hacemos estas otras cosas, pasamos del ridículo al nihilismo sin que se nos alteren las pulsaciones, creemos vivir siempre en el lugar adecuado, nuestra fanfarronería recela por igual de premios y castigos.

Recibí una carta de mi primo pocas semanas después del Día de la Hispanidad. La fábrica ofreció hacer horas extraordinarias y con aquel dinero sufragaron mi operación de fimosis. Fuimos a una clínica de pago, llovía a cántaros y por primera vez se me aplicó una anestesia general. Cuando me sacaron en camilla hacia el quirófano mamá estaba gimoteando en la puerta de la habitación, se despidió como si su hijo marchase a una guerra insensata o a una ciudad donde la gente habla en un idioma extraño.

Tuve una convalecencia estrafalaria, las vecinas bajaban a traerme chocolate y pedían que les enseñase la herida. Llamaban a mi nuevo pene «la bellotita», un comentario patriótico y regional, pues casi todas habían nacido en Extremadura.

Me incorporé con retraso a las clases. Al salir después de tanto tiempo de cautiverio, el mundo parecía un lugar anacrónico cuyos peligros nunca lograban dejarte estupefacto. Los coches eran ruidosos, las personas tenían la boca demasiado ancha, una prima

de mi madre se sublevó contra las salidas nocturnas de su marido, durante los siguientes meses decidió que no iba a depilarse.

Todos se sorprendieron al verme de nuevo, se había corrido el bulo de que estaba enfermo de sífilis. La tutora del curso exigió una disculpa pública por parte de un alumno. Parece ser que la semana anterior había pegado mi foto en los lavabos y en varias calles cercanas al instituto, debajo había escrito con rotulador que era un impedido sexual.

La mala fortuna quiso que en la clase de Latín el profesor escogiese cierto pasaje de las *Vidas paralelas* de Plutarco para un análisis de texto. En él se hablaba de Alejandro Magno y de un concurso de danza ganado por Bagoas, el eunuco más famoso de la corte del rey Darío. Al día siguiente, cuando iba a sentarme en mi pupitre, alguien había dejado sobre la silla una falda hawaiana.

La carta de mi primo preferido del pueblo era un compendio de sus ocurrencias más eficaces, también contenía informaciones que detallaban la vida diaria en el cuartel, las guardias nocturnas y los ataques simulados a un promontorio, las maniobras en ayunas, el agua de la cantimplora racionada.

«Yo tenía los pies en esa parte de la vida más allá de la cual no se puede ir con voluntad de regresar.» Así rubricaba mi primo su misiva, utilizando una cita de la *Vita Nuova* de Dante. «¡No sé dónde tienes la cabeza! ¡Cómo puedes haberte olvidado de recoger a tu hermana!», gritaba mamá al borde de la exasperación, pero con un imperceptible rastro de delicadeza.

Por suerte, mis pies aún funcionaban, regresábamos de un partido en campo contrario y desde el autocar observé a papá fumando lacónicamente, tenía los cordones de un zapato desatados. Al bajar me abrazó y me dijo al oído: «No lo comentes con nadie, dentro de unos meses nos vamos a Madrid, te quieren los dos equipos grandes de la capital».

* * *

No recuerdo en qué momento empecé a creer en la mala suerte, debía de andar imitando a alguien o tratando de impresionar a cualquiera. Sí sé que estaba relacionado con los rituales deportivos, y que ser supersticioso permitía sentirse mayor a tiempo parcial.

Cuando nos vestíamos de futbolistas adquiríamos bula para transgredir todos los límites. Se nos autorizaba a ser mentirosos y acaparadores, a ensañarnos con el único objetivo de medir nuestro grado de inclemencia. Después, al abandonar el vestuario, regresábamos a los valores de los que habíamos sido exonerados. Parecía como si la ducha tras el partido fuese un bautismo que nos enviaba de vuelta a los idearios familiares, una regresión de edad y de clase, pues no sólo perdíamos nuestro carné de residencia en la brutalidad de los adultos, sino también los privilegios de pertenecer a una alcurnia atlética e infantil.

Creo que éste era el motivo por el que vivíamos celebrando la despedida y la admisión, sin saber del todo si éramos exiliados o bienvenidos. Y de ahí la ansiedad que nos devoraba ante cualquier oportunidad, esa codicia por aferrarse a aquello que se abre durante ciertos momentos y que puede no volver a abrirse nunca de nuevo.

Mientras los niños «normales» tenían un territorio propio y reglamentado, de nosotros se esperaba que fuésemos expertos en rendijas y parpadeos. A eso se referían los especialistas cuando certificaban «éste llegará y éste no llegará». Más que a unas capacidades o a un hambre de triunfos, aludían a nuestra rapidez por apostar y perderlo todo en el mismo lance, a una imprudencia incontenible, que no se apaciguaba con nada.

Las supersticiones eran la liturgia de algo más firme, su epidermis barroca. No conozco a individuos más atravesados por el *pathos* de la identidad que los futbolistas, y más aún los futbolistas adolescentes. Quien nos ridiculice por nuestra forma de expresarnos o por cómo manejamos el lujo es que nunca necesitó sostener ansiedades globales sobre un detalle pasajero, nunca dependió de sacarle el máximo partido a eso que otros denominan talento y que, para nosotros, es un rasgo tan inescrutable como la vergüenza. E, igualmente, quien nos vea como luchadores embravecidos proyecta

sus fantasías bélicas y sus delirios de grandeza: somos gente subordinada a la gestión de nuestras ofuscaciones, a oír y desoír lo que dicen nuestros órganos, a atender y a amotinarnos contra una simple conjetura.

Tampoco recuerdo de qué forma llegó el rechazo frente a las desigualdades, eso que en mi casa se llamaba «la política». Puedo imaginarlo como un calambre paulatino, macerado al calor de las historias que explicaba mi padre, a aquellos ademanes suyos contra la injusticia del mundo que siempre tenían un mismo y vengativo final.

Esos relatos de amedrantamientos y rencores fueron mis canciones de cuna, en ellos descubrí la existencia de algunos principios, un mapa hecho de atajos que utilicé sin ser mío pero que me sirvió para orientarme, para forjarme una conducta. Luego él abandonó sus disputas ideológicas y dulcificó su acritud cotidiana. Entramos así en un conflicto mutuo, papá no soportaba mis instigaciones para que volviese a ser el rudo obrero que encabezaba los motines en la fábrica; yo no acepté que se hubiesen agotado sus ganas de pelea, menos aún que las hubiese sustituido por entregarse a la administración de mi porvenir deportivo.

Pensé entonces que se había aburguesado; él seguramente consideró que yo sufría un empacho de mitología clandestina, y que hablaba como una Emma Bovary sindical. No comprendimos ninguno la tesitura del otro, nuestras edades y nuestras prisas, la historia económica y social en la que vivíamos, las aspiraciones que circulaban o que quedaron obsoletas. Ambos desconectamos de lo que ocurría a nuestro alrededor y nos enfrascamos en personificar cosas que ni siquiera nos singularizaban, a las que tampoco aspirábamos. Antes que una pugna freudiana, mi padre y yo estuvimos durante mucho tiempo «desamortizando» el capital simbólico de nuestros respectivos ideales. Supongo que esto provocó justo lo contrario: de tanto hablar por boca de fantasmas nos sumergimos en una huida errática y sinónima.

Hoy recuerdo aquellas cenas tras los partidos con nostalgia y sonrojo. Aún oigo cómo se mezclaban, en el mismo hilo argumental,

la toma del Palacio de Invierno y cierto pase al hueco horriblemente ejecutado, el declive de los socialistas en España y un centro al punto de penalti con la parte cambiada del pie.

Así se formó mi ideología, me digo, entre arengas futbolísticas y diagnósticos rimbombantes, dentro de una moviola perpetua y turbia, donde noventa minutos de juego equivalían a varias insurrecciones y a muchos desencantos.

* * *

Mi madre alaba mis piernas cuando me ve caminar en calzoncillos por nuestro piso, dice que tengo las pantorrillas tan bonitas como una chica. De hecho, mi madre me trata como si fuese una hija, ignorando cualquier signo que contradiga esta certeza, incluidos los más aplastantes.

Uno de los pocos días en que mamá parece feliz lejos del pueblo es durante Carnaval. Sólo entonces abandona su intrínseca melancolía, se emancipa de aquellas leyendas juveniles que tanto idealiza y se transforma en una persona inquieta y moderna.

Varias semanas antes comienza sus preparativos. Abre los armarios y saca la ropa antigua del altillo, zurce medias y cose botones, organiza por grupos las prendas que nos probaremos. A mis hermanos les permite elegir los disfraces, pero a mí siempre me obliga a vestirme de muchacha punk, algo del todo incomprensible, ya que a mamá sólo le entusiasma la música melódica.

Como carezco del valor necesario para decirle que ya soy adulto, o como no quiero contravenir sus convicciones sobre cuál es mi género, accedo a ser Deborah Harry o Donita Sparks por un día.

Además, así consigo que olvide mis dislates cotidianos.

La noche previa al Carnaval el comedor de casa se convierte en un mercadillo. La puerta de nuestro piso permanece abierta hasta altas horas de la madrugada, las vecinas suben y bajan, ríen a gritos por las escaleras, fuman delante de sus maridos, provocándolos. Durante cuarenta y ocho horas las mujeres toman el control de la calle, se apoderan de la alegría colectiva y dejan de lado las

obligaciones. Dos días al año los hombres son figuras retóricas. Creo que esa noche, cuando se van a dormir, ellas y ellos practican un sexo disociado de la reproducción y del cumplimiento marital, al menos eso se escucha por el patio de luces.

A las ocho de la mañana tomo leche con galletas en la cocina, mi hermana está vestida de princesa árabe y se introduce pequeños trozos de chocolate por debajo del velo. Mi hermano se ha disfrazado de vagabundo, acarrea un hato lleno de calcetines, lo dejan ponerse un cigarro sin encender entre los labios.

Me molestan las medias de rejilla y la falda de cuero, tengo marcas en la espalda producidas por el sujetador. Los bolsillos de mi cazadora están cubiertos de chapas con el nombre de grupos musicales, me he pintado las uñas y por una vez no he recibido ninguna reprimenda por comérmelas.

Después de lavarme los dientes intento coger la colonia que usamos a diario, mi madre me da un manotazo y me rocía con un perfume que, según ella, es carísimo y francés. Luego saca la joya de la corona carnavalesca: una peluca que le hicieron en Valencia usando su propio cabello cuando se cortó la larga melena rubia por una promesa. Como llegamos tarde, hoy no ha explicado esa historia «con pelos y señales», le digo esto para ratificar mi papel de cómico matutino, me da un coscorrón en la sien y después un beso en la boca.

Tras cardar la peluca con el cepillo y colocármela a tirones, mientras exclamo «*putain!, putain*!» llega el momento definitivo, la hora del maquillaje. Insisto en que me gustaría llevar una estrella pintada sobre el ojo derecho, mamá ni me oye, está perfilándome los labios con tanta concentración que todo le resulta ajeno. Hace gestos bucales arrítmicos, es el mismo conjunto de muecas que despliega al coser. Oyendo su respiración tan cerca me adormezco, pienso en la sustituía del profesor de gimnasia y noto que tengo una erección, pongo mis manos sobre la entrepierna para ocultarla.

El carnaval empieza justo después de que mi madre rubrique su obra pintándome un lunar. Entonces se separa unos centímetros, gira mi cabeza hacia el espejo, pone la suya pegada y las dos nos

miramos como si fuésemos compañeras de piso o hermanas, como si ambas estuviésemos arreglándonos para salir al baile de fin de curso. Luego se marcha hacia la cocina suspirando, puede que con lágrimas en las mejillas. Por un momento me quedo huérfana en el lavabo, a solas con sus anécdotas de cuando aprendió los trucos de las viejas costureras, imaginándola acariciar la dote que compró mi abuela y que nunca hemos usado, la que siempre ha estado doblada en el mismo estante del armario.

Salgo a la calle taconeando, parezco una Mia Zapata de extrarradio. Todos me reconocen porque cada año me disfrazo de la misma manera; aun así, las vecinas gritan y me señalan al verme, dan sonoras palmadas y se estrujan el mandil debajo de la barriga, como si se estuviesen orinando.

Mi hermana se queja de sus babuchas, no son suficientemente árabes y no tienen la misma pedrería morisca que las de sus compañeras de colegio. El cigarro de mi hermano se ha roto pero a él le da igual, trata de convencer a otro niño para intercambiar sus sombreros raídos. Antes de abandonar nuestro piso le regalo una chapa con el rostro de Siouxsie Sioux y es feliz, se ha metido tan a fondo en su papel de vagabundo que no percibe este signo extemporáneo.

Llegamos al pabellón municipal donde suenan los himnos oficiosos de los setenta y los ochenta. Me escabullo entre el gentío hacia el váter de mujeres, he quedado con la hija de una vecina que se ha disfrazado de Carmen Miranda. Entre los tacones y el sombrero frutal me saca varios palmos, le han puesto un corsé y de vez en cuando se restriega un dedo por el canalillo. Luego lanza capirotes aquí y allá, dice que su sudor santifica las fiestas.

No podemos besarnos porque estropearíamos nuestros maquillajes y alertaríamos a nuestras madres. Tampoco tenemos demasiado tiempo; cuando suene «In The Army Now» quiero abrazarme con mis compañeros para bramar, al unísono, «*Stand up and fight*!». Ella espera hacer lo propio con sus amigas, han ensayado esa coreografía de «True Blue» en la que varias chicas

hacen ovillos imaginarios que acaban, alternativamente, con golpes de cadera a derecha e izquierda.

Dadas las circunstancias optamos por manosearnos tras desabrochar las faldas de cada una. Mis pechos de mentira pierden su turgencia, un melón de poliespan cae desde lo alto. Somos Carmen Miranda y Lydia Lunch enloquecidas a los dieciséis años.

Una pareja disfrazada de Bonnie & Clyde abre la puerta del retrete y nos descubre. Se quedan mirándonos y gritan «¡bolleras de mierda!». Me giro y pongo el dedo índice sobre los labios, después me beso la mano y se lo envío a ella con un soplido. Cuando él me propina un puñetazo aún tengo en la cabeza esos retratos de los ambulatorios donde hay monjas amables y solícitas, rogando a los pacientes que, por favor, bajen el tono de voz.

Varias canciones más tarde salimos del lavabo, pido un hielo en la barra del bar y me lo pego al ojo que apenas puedo abrir. Carmen Miranda pregunta si estoy bien, no comprende mi reacción, «sólo con que hubieses dicho una palabra se hubiera sabido que eres un tío, sólo con decir algo todo esto nos lo hubiésemos ahorrado».

Mi madre llega corriendo hasta donde nos encontramos, al verme me insulta y me abofetea, dice que soy un aguafiestas y un machito como mi padre. La veo caminar hacia el chorro de luz que indica la puerta de salida, por un momento su silueta me recuerda a los títulos de crédito de Saúl Bass.

Dudo si compartir este pensamiento con Carmen Miranda, quien señala con el mentón hacia el servicio de caballeros. Mientras caminamos cogidas de la mano me cuenta que el próximo carnaval se disfrazará de pantera rosa. Una vez dentro del retrete, ambas ya medio desnudas, me advierte que no la llame por teléfono nunca más.

* * *

Hemos venido al pueblo para las cruces de mayo, antes estuve en Madrid para jugar varios partidos a los que asistieron ojeadores, representantes y el seleccionador nacional de la categoría infantil.

La gente pregunta por el resultado de las pruebas, me encojo de hombros, finjo modestia y digo algunas frases genéricas, cuando las escucho me parecen ráfagas de risas enlatadas. Sólo si estoy con la familia narro pormenores y me prodigo en detalles. A veces interrumpo estas conversaciones porque subo a la habitación para buscar cualquier cosa, entonces oigo a mi padre alabarme en un tono insuficientemente bajo, «hablemos de otra cosa, no quiero que se lo crea».

Los viejos del pueblo son los únicos que viven como si el deporte nunca hubiese existido. Ni siquiera manifiestan queja o rechazo alguno, tampoco se esfuerzan en comprenderlo, simplemente ven en él una zona del mundo que les resulta indescifrable y que no les atañe.

Me mortifican los hábitos de estos ancianos rurales, sus pronósticos sobre la temperatura del día y su manera de lustrarse los zapatos al sol antes de ir a misa. Jamás se les interpela por algún asunto que no esté relacionado con la salud, nadie les habla del pasado porque su falta de concisión y su detallismo son temibles.

Mi abuelo parece uno de esos personajes a los que un escritor de novelas históricas querría entrevistar. Lo imagino revelando datos cruciales sobre una batalla sangrienta o narrándole a una joven historiadora en ciernes las razones del odio fratricida. Luego descubro que no hay nada heroico en sus prolongados silencios; es un hombre administrando la poca energía que le queda.

En mi familia tener «mundo interior» se considera un vicio característico de los ricos, una lacra que afecta, esencialmente, a las personas adineradas. Nadie cree en epifanías ni en revelaciones, en misterios que enaltecen ni en el valor de lo inefable.

Me parece que nunca he oído a nadie pronunciar la palabra destino o cualquier otro término que pertenezca a este campo semántico. Tampoco existe la introspección y sus agonías, o los conceptos que se vociferan mediante letras mayúsculas. El impulso por hacer a toda costa y en toda circunstancia acapara los mayores sacrificios, aunque esto no los libra de ser incoherentes, al revés, todos son, a un mismo tiempo y depende del diagnóstico,

conservadores y ácratas, fascistas y bolcheviques. Situados entre Dios y el trabajo, entre la hostia consagrada y las horas extraordinarias, se diría que viven en un mundo donde comer y discutir los alimenta por igual. Pero, entonces, ¿por qué temen tanto el dolor?, ¿dónde nace su desasosiego?

Mi tía abuela está convencida de que si busco en el fondo de mi alma hallaré el camino de la vocación. La escucho y asiento educadamente, ni siquiera me permito esbozar una sonrisa. Cada tarde le llevo la cena, se acuesta a las siete y se levanta antes de que amanezca. Vive sola en la casa más pequeña del pueblo, dos habitaciones que huelen a naftalina, un lavabo sin ducha y una especie de cuartucho con un hornillo. Sus grandes obsesiones son la limpieza y Jesucristo, quiso ser monja pero se lo impidieron porque tenía que «servir» en casa de los señoritos. Aún se refiere al «amo Casimiro» las pocas veces que recuerda aquella época.

Valoro sus charlas como una deferencia, e incluso como una muestra de cariño, pues no se habla con ningún vecino ni con nadie de la familia. Mi padre dice que es porque la veo unos pocos meses al año y porque le regalamos la comida, después explica que un novio la abandonó varios días antes de casarse, en ese momento fue cuando se volvió tan beata.

Mientras escucho estas aclaraciones me acuerdo del profesor de Inglés moviendo arriba y abajo la punta de su bota campera, siguiendo el ritmo de «Eleanor Rigby». Debíamos hacer un ejercicio que consistía en completar algunas frases que faltaban de la letra original. Nos repartió un folio y en cada estrofa había líneas de puntos suspensivos. Luego tuvimos que exponer en voz alta nuestro análisis, traducir la canción y, sobre todo, dilucidar qué quisieron transmitirnos los Beatles, cuál era su mensaje menos obvio.

Un alumno dijo que «Eleanor Rigby» representaba a las mujeres que viven frustradas por no tener marido ni descendencia. El profesor inclinó la cabeza hacia abajo, cerró los ojos y se rascó una ceja. Otro compañero levantó la mano y recordó cierta melodía titulada «Lady, Lady, Lady se pinta los ojos de azul», comentó que

aquella letra también hablaba de un desengaño amoroso, un plantón a las puertas del altar. Luego sorbió por la nariz, parecía satisfecho.

Cuando mi tía abuela señala que la castidad es su voto monástico favorito la imagino vestida de novia, con flores en el pelo y un poco achispada, como si hubiese estado bebiendo sorbitos intermitentes de champán. Olvido entonces que siempre lleva ropa negra y que su mal carácter no puede asociarse del todo a la casa sin ventilación donde vive, o a los guisos incomibles e hipercalóricos del pueblo.

«Algún día lo entenderás», repite si le pregunto por los juramentos de obediencia y pobreza. «¿Sabes que dentro de unos años seré un futbolista famoso y te compraré la casa que quieras?» Ella me mira inflexible o irritada. «Cree el ladrón que todos son de su condición», responde mientras destapa el plato que le traigo.

Mi tía abuela es la única a la que no se le inflama el pecho con las aspiraciones de nuestra familia. Puede que su misantropía sea una forma de clasismo, quizás una idea excéntrica que ella tiene sobre el abolengo. En eso nos parecemos, los dos profesamos la fe del estrafalario: ella se aferra al celibato y a la purificación del espíritu; yo, a la extrañeza frente a todo y a una idea socialmente equivocada sobre qué significa la bondad.

«¡Qué bueno y qué obediente es el chico!», dicen las vecinas cuando me ven leer durante las vacaciones, sin sospechar que algunas de ellas protagonizan mis delirios sexuales. «¡Qué corazón más grande tiene!», reiteran ante el rostro descreído de mi madre, que un día tuvo que venir a rescatarme de la sala de seguridad de un centro comercial, pues me pillaron robando una grapadora y una pelota de béisbol.

Hemos ido a varias de las casas que «vistieron» las cruces de mayo, que son una ofrenda floral que la gente confecciona como promesa o porque le toca en esa ocasión. Algunos las sitúan en el comedor, para verlas hay que atravesar vestíbulos y pasillos. Otros las colocan en el corral, son las más campanudas. Aquí la imaginería tétrica de la Semana Santa se ha ausentado, por un momento la religión huele a *eau de toilette* o a colonia de lavanda.

Mamá me vigila de reojo, antes de salir la advertí de que la acompañaría a pesar de ser agnóstico, «cómo sigas con tus gilipolleces te cruzo la cara delante de todo el mundo», dice. Efectivamente, vivo en el interior de un fabuloso desacierto, hablando por boca de otros, cambiando de convicciones ante la menor presión o según quién sea el oyente. «De la mentira, comerás; de la verdad, ayunarás», proclama mi tía abuela si le explico detalles relacionados con el fútbol o con los estudios, falsedades que invento porque ella no sabe leer ni escribir, porque 110 tiene radio ni televisión.

Al día siguiente regresamos en tren a Barcelona. Mis hermanos se han dormido cada uno apoyado en un hombro de papá. Los cristales del vagón están muy limpios, el paisaje pasa tan despacio que se pueden leer dos veces seguidas los rótulos de la carretera. «¿A que no sabes a cuántas pulsaciones late el corazón de un petirrojo?», pregunto a mi madre desde su regazo; está acariciándome el pelo para ver si consigue que me duerma. No contesta y tampoco insisto porque la escucho sollozar. Sé que llora porque odia venirse del pueblo.

«El corazón de un petirrojo late a seiscientas pulsaciones por minuto», dice ella, «es un pájaro sociable e indiscreto, que sale a las veredas de los caminos para dar la bienvenida a quienes lo visitan. También es un animal muy violento; cuando hibernan, las parejas de petirrojos defienden su territorio con tanta agresividad que pueden llegar a matarse entre ellos.»

* * *

Mi madre y yo compartimos una misma convicción: ambos pensamos que la naturaleza me obligó a vivir dentro de un cuerpo equivocado. Ella cree que debería ser su hija y no su primogénito; yo me ratifico en que soy el doble perfecto de Mad Max.

Apoyo este diagnóstico sobre pruebas no del todo irrefutables. Tengo sus mismos andares, su mismo corte de pelo y una idéntica forma de abatirme ante los problemas ajenos. Si imagino cómo sería

mi esposa en el futuro veo a Jessie Rockatansky un atardecer de verano, los párpados entreabiertos bajo una visera de rizos, el peto color crema con un tirante colgando. Difiero, sin embargo, sobre cuál es la importancia y el sentido del deber profesional; contrariamente al patrullero imperturbable, no comulgo de manera tan firme con los credos policiales y apocalípticos.

Algunos domingos de junio, cuando están a punto de terminar la temporada de fútbol y el periodo lectivo, padezco ataques transitorios de verborrea. P. y S. los sufren, aunque también los alientan, dicen que así me libero de la presión del partido del fin de semana.

Detesto este tipo de consideraciones, quisiera que me viesen igual de bronco, enamoradizo y leal que Mel Gibson en *Mad Max*. Por otra parte, si analizo nuestras diferencias más evidentes, comprendo que hayan desarrollado un talante protector hacia mi persona. Ambos se afeitan desde el año pasado, fuman en el comedor de sus casas y tienen sueldo propio, ya que trabajan como aprendices en el mismo taller del polígono sur.

A veces trato de justificar nuestra amistad desde esa retórica asociada a quienes somos de clase baja, a un sentido común del honor, la justicia y el resentimiento. Pero enseguida me doy cuenta de que hay algo terrible y maduro en lo que nos vincula, ciertas desproporciones que se corrigen un momento antes de hacerse insalvables, una manera solemne con la que observamos el mundo y que nos sirve a los tres para tapar cualquier emotividad.

Pero mentiría si ignorase las amarguras de cada cual. S. tiene problemas laborales, es menos hábil que P. y recibe humillaciones diarias. Cobra poco dinero e incluso le suprimieron la paga extra del último verano. Detesta los controles numéricos y el proceso de laminado, suele equivocarse taladrando, aunque se le dan bien los ensamblajes. Su verdadera vocación es cantar y carece de pudor para demostrarlo. Escribe con la mano izquierda, aunque es diestro jugando al fútbol, ha inventado un idioma que sólo él practica y que consiste en decir las palabras al revés. Su pericia resulta llamativa,

también útil porque puede decir barbaridades a la gente sin que se le entienda.

P. vive dentro de un propósito perpetuo. Hace cuatro años que está «transformando» su moto, así llama la metamorfosis en Chopper de una Derbi Variant. Aún no se ha inventado el perfume que pueda quitarle el olor a disolvente. Tiene las manos enormes y las uñas llenas de grasa, cuando nos masturbamos expulsa gran cantidad de semen muy blanco, luego dice: «Eso de ahí podría ser un Manolito y eso una Pepita, eso un Arturito y eso una Raquel».

Cierta noche, entre semana, al llegar a casa después del entrenamiento, veo a P. esperándome en la esquina de mi calle, «tengo que explicarte algo increíble, no te lo vas a creer». Cuenta que S. se equivocó con una pieza delicada, fueron apenas unas mieras, pero en el mundo de las fresadoras algo así se considera un error monstruoso. El encargado lo insultó delante del resto de compañeros, le dijo que era más tonto que el asa de un cubo, un inútil. En lugar de defenderlo o de excusarlo por ser un aprendiz sin demasiada pericia, los trabajadores más viejos comenzaron a cantar: «¡I-NÚ-TIL! ¡I-NÚ-TIL! ¡I-NÚ-TIL!». S. abandonó el taller en dirección a la carretera de los huertos, mientras le lanzaban tornillos y virutas de ferralla por la espalda. No ha regresado aún a casa y su madre dice que escribió una nota anunciando que se marcha a vivir a otra ciudad, que está harto de que lo pisoteen y opriman.

Al terminar su relato P. me mira fijamente, gracias a las nuevas farolas municipales veo que tiene más pecas de las que recordaba. El espíritu de Mad Max se apoderó de mí unos minutos antes, es él quien contesta: «Acompáñame, creo que sé dónde puede haberse refugiado».

Subimos la cuesta del colegio donde estudiamos siendo niños. Me detengo ante la persiana de un pub hoy cerrado, repiqueteo con los nudillos la contraseña que sirve para entrar. Es la risa del Pájaro Loco, «Jejejejeje, jejejejeje, je, je, je, je, je». Dentro se oyen unos pasos y más tarde una llave que gira dos veces, todo huele a serrín y a marihuana, los focos generales han sido velados con papeles de plástico violetas, rojos y azules.

Marco Aurelio, dueño del local y maestro de ceremonias, viene a darnos la bienvenida, aprieta nuestras manos con una fuerza desproporcionada. «Poneos cómodos, la función empezará enseguida», y nos indica unos sillones con un rollo de papel higiénico en el lado izquierdo, menos donde ahora está S., que lo tiene a su derecha.

La máquina de Super-8 enfoca hacia una pared más limpia que las otras. «El ayudante», así denomina Marco Aurelio a un amigo que tiene sus mismos años, nos ofrece Fanta o Coca-Cola, las cervezas están prohibidas para quienes somos menores.

No han pasado ni cinco minutos de la película pornográfica que se emite hoy y una voz detrás de nosotros nos alienta, «¡venga!, ¿a qué estáis esperando?». Luego la misma voz de Marco Aurelio, un poco más suave, matiza, «… encima que hacemos esto para vosotros… para que os distraigáis un ratito de las preocupaciones y del trabajo…».

S., P. y yo sabemos muy bien qué se debe hacer en ese sitio a esas horas de la noche, no es la primera vez que venimos ni será la última. Estamos tan compenetrados en el hábito de la masturbación comunitaria que los tres eyaculamos casi al unísono. Mientras me limpio, una mujer obesa orina sobre el rostro de varios muchachos barbilampiños. De fondo oigo los golpes rítmicos, cada vez más rápidos y más duros, de la mano de Marco Aurelio contra sus pantalones. Aunque está prohibido dejar de mirar hacia delante, sé que él siempre termina después de nosotros y que se masturba con los ojos cerrados, dice que se sabe de memoria todas las películas.

Salimos a la calle y ya no hace calor. Pasamos por delante del parque del Sindicato y vemos a varios drogadictos que intentan desplazarse a toda velocidad, sus piernas corren disparejas a sus urgencias.

«¿Tienes tabaco?», me pregunta P. sonriendo. Sabe que nunca he fumado y que mientras sea futbolista no fumaré. S. intenta apartarse la goma del calzoncillo, está dándose capirotazos en la nuez y abre la boca al compás. «Hoy me la he hecho cerrando los ojos, como Marco Aurelio», se interrumpe; «me la he hecho

pensando en cada una de las madres, las mujeres y las hijas de los que vosotros ya sabéis.»

* * *

Me llegaron dos paquetes sin remitente, supe que los había enviado la misma persona porque la letra de ambas direcciones era exactamente igual.

El primero lo trajo el cartero del pueblo después de las fiestas de San Roque: CALLE DEL POZO, NÚMERO 1, decía, y me pregunté por qué «calle» y «número» no utilizaban abreviaturas, por qué todo estaba escrito en mayúsculas. Interpreté estos gestos como un signo de prepotencia, la típica inflación de meticulosidad que los habitantes de las capitales desarrollan con quienes residen en provincias.

«No soporto vivir en el campo», proclamaba la sustituía del profesor de gimnasia, «me agotan los paisajes tratando de imponer sus ciclos naturales, la belleza exasperante de las llanuras, ese colorido grosero y lenguaraz de las acacias.»

Oí de nuevo su risa y sus adoctrinamientos, ahora resumidos en el tamaño de la foto que me mandó, en su manera de doblar el papel que la envolvía.

«Te presento a tu segunda mejor amiga del curso 1985/1986. Se llama Leslie Kaplan», eso leí en la nota que había dentro, esta vez en minúsculas, los puntos sobre las íes eran redondeles.

Me costó asociar el rostro de aquella mujer a nuestras sesiones lectoras y a los desayunos afrancesados. Las gafas gigantescas y el cutis de universitaria a punto de doctorarse contradecían los pocos párrafos que comprendí del libro, las interminables peroratas dichas por alguien que trabajaba en una fábrica, alguien que respondía al nombre de «Una».

«Voy a traducirte mi página favorita. Dice así: "Una está en el taller donde se encuentra la cadena. Una se sienta. La cadena va a comenzar. El techo es muy alto. El taller flota un poco. La cadena gira monótona en medio de los cartones. Los cartones son fáciles, se

hacen con las manos. Una tiene las manos en otra parte, Una piensa. El pensamiento es pegajoso. El pensamiento no sale, permanece en el interior. Nada se deshace, Una piensa".»

No he olvidado este monólogo ni la cursilería de la sustituta del profesor de gimnasia, sus dedos simulando ser dos piernas que caminaban por mi antebrazo. Tampoco las ganas de que nos desvistiésemos y el arrepentimiento posterior, cómo me ardía el estómago cuando regresaba al barrio, la compleja trama de derechos y obligaciones adquiridas, el hartazgo de palabras, la desagradable sensación de delito y las excusas que maquinaba para justificar mi cansancio si ese día no teníamos partido ni sesión de entrenamiento matinal.

El segundo paquete llegó cuando regresamos de las vacaciones, una semana antes de que comenzaran las clases. Al leer «Tamarit 37, 1° 4a» sonreí, supongo que por empatía cosmopolita. Era el mismo libro que utilizábamos como prolegómeno para nuestros encuentros dominicales, el mismo volumen subrayado y con flores secas y trozos de billetes de metro entre las páginas: *Leslie Kaplan. L'excés-l'usine*.

«En tu penúltimo año de instituto te deseo que todo lo abandones. Deja el niño que nunca fuiste, la familia, el odioso deporte y los amigos. Sé feliz, pero antes escribe.» De nuevo, no entendí qué solicitaba su dedicatoria. Me asustaron la mayoría de verbos: «desear», «abandonar», «dejar», «ser», un poco menos «escribir». Por fin compré un diccionario y pude hacerme una idea del significado de aquel texto. Cada viernes, antes de acostarme, me ponía a traducirlo bajo una bombilla macilenta, acuciado por la lascivia y por cierta precisión verbal. Entonces desconocía quién era San Jerónimo, en aquel momento aspiraba a quemarme las retinas lo más deprisa posible, pues uno de mis grandes objetivos vitales era llevar gafas.

Es cierto que las frases de Leslie Kaplan son breves y obsesivas, aunque si las leo en voz alta no provocan el menor estremecimiento, incluso suenan almibaradas. La fábrica descrita en su libro se asemeja a una presencia espectral, a una imagen poética o a una

parábola. Sin embargo, las fábricas que me rodean carecen de estos atributos, a ellas «se llega» cuando no hay más remedio, porque «Uno» ha fracasado.

Esquivamos la fábrica y reproducimos todos sus imaginarios. Rechazamos trabajar en una fábrica, pero participamos de sus mismas jerarquías, también de sus insubordinaciones. No deseo pasarme la vida en la fábrica y no sé muy bien por qué. Mi padre dice que no quiere que me exploten como a él, aunque soy explotado desde numerosos flancos, muchos de ellos igual de sangrientos y bastante menos defendibles, funcionan veinticuatro horas al día, no durante una jornada laboral.

Comprendo que huir de la fábrica simboliza saltar de clase social, no obstante, esto es un diagnóstico que deja sin explicación *zonas significativas*. Por ejemplo, no aclara dónde nacen las gramáticas morales que, brotando desde el trabajo, se expanden hacia cualquiera de los recodos de nuestras biografías. Tampoco esclarece por qué hay palabras como «dignidad» o «amor propio» que ya no son, únicamente, el vocabulario de la gente otorgándose razones para obedecer al despertador por las mañanas, sino que se han convertido en pilares estructurales, en códigos desde los que reconocerse o desautorizar.

Esta absoluta identificación entre el horario en la fábrica y la vida fuera de la fábrica invita a pensar que no hay otra cosa a lo lejos, que cada uno es y reside en una fábrica, que repudiarla sólo supone honrarla. No quiero entregarle mi existencia y mis pensamientos a la fábrica, pero he heredado de ella un modo de persistir y de compadecerme, unos empeños y unas idolatrías.

La fábrica es nuestra primera cicatriz política, un ombligo ideológico que certifica que ya respiramos a solas, sin ayuda de ningún cordón umbilical. Poco importa ahora si sortearé o si sucumbiré a la fábrica, desde este instante lo único que me interesa es adivinar cuándo dejarán de ser visibles sus marcas, cómo y hasta dónde voy a estupidizarme creyendo que por evitar la fábrica seré más yo mismo, más «Uno» cualquiera.

* * *

En el barrio todos tienen sed de venganza, aunque unos lo llamen justicia y otros sostengan que sólo quieren aclarar la situación. Los policías fingen profesionalidad o dinamismo, toman notas e inspeccionan los alcantarillados. Las madres permanecen apostadas en las ventanas más rato de lo habitual. Incluso los padres salen al balcón en un gesto que se considera poco masculino, «¡dejadlo ya y meteos para dentro!, ¿es que en esta casa no se cena?

Nadie comprende cómo alguien se atrevió a quemar el coche de un vecino y, sobre todo, nadie acepta que esto suceda en una zona de gente trabajadora y pacífica, de esta forma nos denominamos, o así queremos que se nos recuerde. Además, la presencia de la comisaría emite mensajes contradictorios, «¿es que el terrorismo también ha llegado hasta aquí?».

He dicho que me alegraba de lo sucedido porque el dueño del vehículo es un explotador y su familia son gentuza. Mi padre se levantó de la mesa con un ataque de furia, mi madre resopló con los ojos entrecerrados y negando.

Llega el fin de semana y quedo con P. y S., los días previos acumulo comentarios jocosos sobre el incidente del vehículo quemado. La mayoría gira en torno a un anuncio cuyos protagonistas eran dos parejas de domingueros. Se trataba de una campaña de concienciación a propósito de los incendios forestales.

Llamo al timbre del taller mecánico de P., son unos bajos que sus padres alquilaron como trastero. Tardan en abrirme, «eres un inútil, aquí no funciona la contraseña del Pájaro Loco, siempre estás pensando en lo mismo».

Cuando entro veo a mis amigos muy serios e incluso aterrorizados, especialmente S., que ya se asignó el papel de sospechoso principal. «Después del último episodio en el taller, la policía pensará que fui yo quien incendió el coche del encargado», dice esto con entereza, ni siquiera entonces se otorga permiso para acobardarse.

Por una vez los miro con esa indulgencia jerárquica con la que ellos suelen mirarme. Observo sus barbas sin afeitar, que salvo hoy siempre me acomplejaron; sus dedos llenos de cortes por el acero, «tienes manos de chica, por eso te llamamos la Niña de los Peines». Un coche se ha detenido en la calle, los tres intentamos identificar qué canción escucha el conductor a todo volumen, con las ventanillas cerradas.

«He sido yo», confieso mientras me acaricio el mentón imberbe, «se lo merecía por esquirol y por gentuza.» P. abre los ojos y la boca desproporcionadamente. S. se ha tapado las orejas con las palmas de las manos, su cara es una mezcla de alivio e incredulidad. Ninguno de ellos sabe qué significa el término esquirol, hace tiempo era la palabra preferida de mi padre.

Regreso a casa temprano, hoy nadie tenía ganas de salir. Una pareja de policías está cacheando a varios chicos que caminaban hacia los bancos del cementerio, el altercado del incendio los ha puesto nerviosos, deben encontrar enseguida al culpable si no quieren perder la poca credibilidad que les queda.

Siempre soñé con este tipo de heroicidades, siempre sublimé el poder de reparar las injusticias y de vengarme en nombre de los débiles siendo yo uno de ellos. Obviamente me amparaba la épica hollywoodiense y la pompa rencorosa de mi familia, su legitimidad para no arrepentirse de ciertos resarcimientos.

Pienso en esto mientras subo las escaleras de mi edificio, vanidoso e insatisfecho por igual. Los vecinos se han reunido en el rellano, están comentando las últimas novedades. Cuentan que vino un comisario desde Bilbao y que, tras evaluar las pruebas a conciencia, interrogó al dueño del coche durante cuatro horas. Este se derrumbó y confesó que había sido él mismo quien prendió fuego a su propio automóvil, quería cobrar el seguro y comprarse un BMW de importación.

Entro en el comedor de casa y mi padre se marcha a la cocina, sigue sin hablarme. Voy a darle un beso a mamá y aparta la mejilla, «cómete el bocadillo y vete a tu cuarto inmediatamente».

* * *

Empecé a comprar periódicos que no eran deportivos el domingo 9 de noviembre de 1986, todavía guardo *El País Semanal* de aquel día. En la portada aparece Emilio Butragueño vestido de calle, camisa blanca medio abierta y jersey azul sobre los hombros, sus ojos están enrojecidos, tiene el ceño a punto de arrugarse.

Salvo la admiración futbolística, nada me unía a aquel muchacho impecable, como recién salido de cualquier parroquia en un barrio opulento, tras la misa del domingo por la mañana. Aun así, observando su rostro de proporciones exactas, quizás un poco abatido por personificar tanta rectitud, algo hizo que viese en él una suerte de promesa más o menos idílica, cierta atmósfera que interpreté como etérea o de carácter intelectual.

También intuí que, por encima de nuestras diferencias económicas y sociales, a pesar de nuestro choque de estéticas, la imagen señalaba un mensaje perdiéndose en mi día a día de desplazamientos y concentraciones gregarias. O que tal vez había más futbolistas alternando alborotos existenciales y férreas disciplinas, chicos con dobles vidas, escindidos entre la persecución del triunfo y la sospecha de no comprender casi nada.

Cuando empezaron *mis problemas* con los éxitos deportivos, papá solía decirme que leyese y escribiese todo lo que quisiera, que la carrera de un futbolista está llena de tiempos muertos y que, al retirarme, podría publicar libros o trabajar como catedrático. Yo le contestaba que no se puede ser famoso en dos profesiones distintas. El cerraba aquellos diálogos abruptamente, «si te quitas el miedo de encima serás uno de los cinco o seis mejores de España, te vas a hartar de la fama, ya lo verás».

Por aquel entonces mis días eran larguísimos, los pasaba malgastando las horas en decidir si la pereza se había apoderado de mí o qué actividades resultaban más productivas, menos alienantes. Desarrollé un monolítico rechazo a los calendarios y a las situaciones rotundas; no obstante, fui abandonando poco a poco mi condición de bromista oficial en el instituto, me convertí en un alumno

meticuloso y aplicado. Igualmente dejé atrás la petulancia con mis compañeros de equipo, comencé a participar en sus crueldades y en sus escarnios. Durante mi primera temporada como juvenil viví por un tiempo conforme con mi edad, moviéndome en el mundo árido, solitario y despistado de los sueños.

Tras una novatada sanguinaria, el entrenador me cambió de habitación para los partidos en campo rival, a partir de ese momento dormí con quien era víctima de las mayores humillaciones cotidianas. Al principio no nos dirigíamos la palabra, Q. apenas hablaba en las aburridas sesiones de sobremesa y siesta tras la comida. Sin embargo, sus silencios pronto empezaron a sacar lo más sólido que había dentro de mí, obligándome a descartar las incoherencias, los lugares comunes y los pensamientos imprecisos. El escuchaba cada uno de mis desahogos con un interés que parecía sincero, aunque jamás me dio la satisfacción de contarle algo que pudiese resultarle original.

«No lo tengo tan claro», «no sabría decirte», eran sus frases predilectas, que a veces alternaba con aforismos impropios de su temperamento. Al pronunciarlos podía imaginarlo encaramado sobre un púlpito invisible, como si dialogase con una multitud ausente o desmayada.

Jugábamos un partido entre defensas y delanteros y nuestro más aguerrido central segó las piernas de Q. Le partió la tibia y tuvo que pasar por el quirófano, regresó de la convalecencia y nunca más abandonó el equipo suplente. Cuando terminó la liga lo devolvieron a su pueblo, no se despidió de nadie y ni siquiera recogió la placa conmemorativa que entregaban a quienes habían formado parte del club al menos una temporada.

Hace dos otoños paseaba por la feria del libro antiguo de Barcelona. Me detuve en una caseta y vi una novela escrita por Q.: *El triunfo de los héroes*. «Para Lidia, mi heroína», leí en la dedicatoria, al lado estaba la foto de mi antiguo compañero de habitación, el pelo tupido y sin canas, el torso atlético y la mirada igual de magnánima con la confusión de la gente.

Guardo ese volumen en mi escritorio, dentro del mismo cajón donde aún conservo *El País Semanal*. Y he vuelto a detenerme en la portada ya un poco amarillenta, que anuncia desde uno de sus ángulos el título del reportaje más extenso: «Butragueño. Retrato del futbolista adolescente».

SEGUNDA PARTE

FUIMOS a Madrid para cerrar el acuerdo de mi traspaso, me compraron ropa nueva y me permitieron entrar en la peluquería de mujeres. Solicité un peinado que reflejase los cambios sustanciales que se avecinaban, «a cepillo en las sienes y largo por detrás, lo más parecido al de Mel Gibson en *Arma Letal*». Cuando me lavaban la cabeza mi madre se acercó a la peluquera, «córtaselo como si fuese verano, sin estridencias y uniforme, el pelo le crece muy rápido».

Un taxi vino a recogernos y nos llevó al aeropuerto, era la primera vez que mi padre y yo subíamos juntos a un avión. En la calle había una pequeña multitud de vecinos esperando, algunos me pidieron autógrafos, otros preguntaron adónde me dirigía, qué pasaba. Intenté extraer una moraleja, al menos un eslogan para inmortalizar aquella despedida: tormentas de estribillos, cada cual más empalagoso y decadente, se apoderaron del momento.

Papá rechazó tomar las pastillas de Biodramina que evitaban los mareos, según él perdían sus efectos por aire, sólo funcionaban en desplazamientos acuáticos y terrestres, en barcos y en vehículos con más de dos ruedas. También quiso cambiar la ruta propuesta por el taxista, conocía un atajo que evitaba caravanas y ahorraba gasolina. El conductor le recordó que no debíamos pagar la carrera y que la autopista es siempre el trayecto más rápido, «haga usted lo que le plazca», dijo.

Las nubes eran espesas y lánguidas, el avión las atravesaba sin esfuerzo, como quien hace vahos durante un catarro y se tapa y se destapa el cogote con una toalla. Me empeñé en buscarle poesía a aquel mutismo aéreo, a aquel surcar los cielos entre los rayos oblicuos del atardecer. Mi padre logró impedírmelo, se pasó tres cuartas partes del viaje vomitando. Le recriminé que hubiese desayunado sin medida y que no tomase precauciones. Las arcadas no le dejaron contestar, agitó su mano mandándome a paseo, con la otra aguantaba una bolsa a punto de rebosar.

Llegamos al despacho del presidente, que nos recibió sentado en un gigantesco sofá. Detrás de él había un tapiz original de Goya y en el suelo, flanqueándolo, dos colmillos de elefante. Un individuo con aspecto de tesorero leyó las obligaciones y las cláusulas del contrato. El máximo mandatario miraba por la ventana, se mantuvo de espaldas mientras escuchábamos aquella letanía administrativa.

Al llegar a la última página del documento se giró, fue a su mesa y extrajo de los cajones un fajo de billetes de cinco mil pesetas. Más tarde le dio el veinte por ciento de un millón a nuestro representante y el resto a mi padre, quien cerró el trato con la misma mano que había zarandeado en el avión para que lo dejase en paz.

Después se hizo un silencio que entendí incómodo, carraspeé varias veces y los cuatro hombres me miraron atónitos y con repugnancia. Dije, porque pensaba que debía decir algo, que aquel tapiz era una obra de Francisco de Goya y Lucientes, artista nacido en Fuendetodos, Zaragoza, el 30 de marzo de 1746. Mi padre bajó la cabeza y se apretó los lagrimales. Nuestro representante suspiró sin expulsar el aire, observando con insólita tenacidad la hebilla de su cinturón. El tesorero buscaba un bolígrafo en el escritorio, sin advertir que le sobresalían varios por el bolsillo de la camisa.

Entonces el presidente encendió un puro y se subió los calcetines, vociferó contra mis alardes eruditos y contra la historia universal de la pintura. Me acusó, junto al resto de catalanes, de tratar como inferiores a los demás ciudadanos de España. Finalmente preguntó, afirmando, por qué a todos los «catalufos»

nos encantaba llamarnos Jordi, de dónde nacía nuestro patético sentimiento de superioridad, «¿a que sí, Jordi?».

Papá evitó que aclarase cuál era mi verdadero nombre, algo que al presidente poco le hubiese importado. De hecho, me llamó Jordi todos los años que pasé en el club, a veces también se refería a mí como Catalino, aludiendo con ello a que era catalán.

* * *

Me dejaron terminar el primer trimestre en el instituto, consideraban que un cambio brusco afectaría a mis calificaciones. Luego tuve varias semanas para despedirme de amigos, compañeros y vecinos, hacer trámites y permisos, olvidarme de «ese charco de agua caliente que llamáis Mediterráneo».

Querían un adiós lo más melodramático posible, plagado de fastos rimbombantes. El profesor de latín pronosticó que regresaría arrepentido, se esforzó en buscar antídotos que nos hiciesen cambiar de opinión. La jefa de estudios charló solemnemente con mis padres, les dijo que cometíamos un error tal vez irreparable. Una de las psicólogas asignadas al colegio me sometió a diversos test de personalidad, era urgente medir los efectos de aquella «encrucijada emotiva».

El claustro entendía mi marcha como un serio revés a sus aspiraciones ideológicas. Todos eran jóvenes que militaban en la no estigmatización del lumpen proletariado, en el esfuerzo para que los hijos de los obreros emigrantes tuviésemos nuestras propias «oportunidades».

La gente de mi barrio leía las cosas de forma distinta, desde esa mezcla de mitomanía e indiferencia que les caracterizaba. Por eso, antes que recrearse en nuestros partidos callejeros, antes que fascinarse con la posible notoriedad de un chico de su vecindario, lo único que les importaba era ratificar cuánto trastorna salir en la tele, de qué manera se desarrolla luego, sin cámaras registrando, la vida cotidiana.

Mi familia tomó entonces las riendas de la situación, entregándose a una suerte de pedagogía patibularia. Siempre conservé una gran capacidad para irritarlos, que hasta el momento se limitaba a algunas gesticulaciones corporales: una tos que pronto devino tic nervioso, «¡deja de hacer ruido, pareces un tísico!»; cierto movimiento con el que me rascaba la nariz pasando el dedo índice por debajo, «¡haz el favor de no hacer el afilador!». Sin embargo, la coyuntura dio un giro radical, las reprimendas y los portazos se convirtieron en nuestra gramática diaria. En medio, quién sabe si para limar asperezas, los profesores me obligaron a presentarme a un concurso literario provincial.

Aproveché aquel histerismo colectivo para adquirir diversos privilegios. Pedí que me liberaran de algunas asignaturas, sostuve que debía ejercitar el estilo indirecto y la caracterización de personajes, para lo cual resultaba imprescindible leer a fondo a John Dos Passos, Quim Monzó y Garcilaso de la Vega.

No logré quedarme en casa por las tardes, según había previsto, pero a primera hora abandonaba el aula, iba a la biblioteca y sacaba en préstamo la *Odisea* y la *Ilíada*. Luego cruzaba la pista de baloncesto en dirección al bosque situado detrás del instituto, con unos andares que parecían de otra persona, como si hubiese una inteligencia cósmica o un dios extrovertido mirándome desde lo alto. Entonces me tumbaba a la sombra de una encina, satisfecho con mi astucia y fortalecido por la credulidad de los demás. Los rayos de sol se filtraban entre la hojarasca y me iluminaban el rostro, las páginas inmemoriales de Homero soportaban mi cogote, entretanto me dormía.

«¡Qué cabrón y qué loco hijo de puta!», exclamaron mis nuevos compañeros cuando les conté esta historia sobre las últimas semanas en el barrio. Una historia por supuesto falsa, que escondía la tristeza y la irritación que viví despidiéndome durante aquellos veinte días.

Y es que odiaba marcharme de mi calle, renunciar a las prebendas adquiridas y a las contradicciones que las acompañaban. Aborrecía los celos pérfidos o lícitos, la prosopopeya del triunfo y el

fracaso, los hostigamientos indiscriminados y cualquiera de esas imágenes que garantizan el haber dejado algo a tus espaldas. En este caso no era el miedo a lo nuevo, sino la pérdida de una monotonía nada alienante, la imposibilidad de sostener que aquella aventura me resultaba injusta, ajena y barata.

También sentía el tamaño de la ingratitud, la decepción por dimitir de las ilusiones generadas, el hastío por replegarse siempre en la misma esquina deplorable.

Sólo soy un joven que no quiere renunciar a lo que tiene, me decía, pero eso era tan fraudulento como mi relato con las clases de las tardes, como aquella foto inexistente durmiendo la siesta mientras el resto de alumnos estudiaba la dialéctica de Hegel o reseñaban *La plaça del Diamant*.

«Abandona el niño que nunca fuiste», escribió la sustituía del profesor de gimnasia con su crónico paternalismo, aunque en esta ocasión tal vez acertaba, pues efectivamente me quedé sin excusas y sin nadie a quien culpar, expropiado de mis ensoñaciones y de mi holgazanería. Desde ahí inicié un acorralamiento con todo el que tropezaba, buscándole fisuras morales, defendiendo posiciones coercitivas, violentando acuerdos tácitos.

Hoy creo que aquellas semanas me inocularon el virus de la soberbia y la tergiversación, que tras aquellos días me convertí en un canalla. Sin embargo, no quisiera compadecerme de mí mismo ni homenajear otra nueva postal lacrimógena sobre el adolescente dañado. Con frecuencia ignoro al mentiroso que me constituye y me digo que el bien se reconoce tras haber paseado, una temporada, por la maldad.

El problema es que ese impostor vuelve al menor descuido, ante la más mínima coyuntura adversa. Y aunque me gustaría decir que lo repudio, lo cierto es que apenas me amotino contra él, acepto su terquedad como si fuese irrebatible, incluso admirable. Así, por extraño que parezca, puedo renunciar a cualquier ambición antes que desprenderme del individuo mezquino que en ocasiones, o siempre, soy.

Y para quienes objeten que todos tenemos un canalla dentro quisiera decirles que no, que el mío es bastante más insolente, mucho más disciplinado. Y para aquellos que busquen en la literatura canallas superlativos les recuerdo que esa clase de especímenes no se encuentra en los relatos de Thomas Bernhard ni en las historias de Mario Levrero. ¡Mírense al espejo o asómense por la ventana, carajo! Parafraseando a un expresidente del gobierno, cabe decir que el «canallismo» al que me refiero no habita en desiertos remotos o en montañas lejanas: como la mayoría de asuntos importantes, el canalla modélico tampoco está empadronado en los libros, es un alma demasiado irredenta para ceñirse a cualquier política editorial.

* * *

El año en que los militares procesaron a Pilar Miró tuvo lugar otro acontecimiento inaudito: un compañero de trabajo de mi padre vivió casi dos meses en nuestra casa.

Al principio nadie entendió las razones que motivaban el traslado, pues residía con su familia en un municipio cercano, donde su mujer -él la llamaba «mi compañera»- daba clases a personas discapacitadas. No obstante, como mamá solía amenazar cuando se enfadaba con volver al pueblo «ella sola y los tres niños», pensé que podía tratarse de alguna pelea matrimonial.

En aquellos tiempos yo idolatraba la cultura y la obediencia con el mismo grado de admiración, y Carlos Lucio -ése era su nombre- tenía la carrera de ingeniero, aunque cumplía dócilmente con los turnos de seis días que habían decretado en la fábrica. Además, se encerraba en el cuarto de mi hermana tras la cena, allí leía libros y escribía un diario hasta el amanecer.

Cierta madrugada me levanté porque no podía dormir, fui hasta su habitación y estaba vacía. Entré para espiar qué apuntaba en su memorándum y cuál era su marca de colonia, ya que olía a tabaco de pipa y nunca le vimos fumar durante el tiempo que pasó en nuestro piso.

Busqué sin éxito aquel dietario, el perfume se llamaba Brut Faberge y su envase reproducía, a tamaño reducido, una botella de champán. Sobre las estanterías donde descansaban juguetes, muñecas y felicitaciones infantiles vi *Defensa del Marxismo* de José Carlos Mariátegui e *Historia de la Revolución China* de Mao Tse-Tung.

Examiné cada página por si encontraba algún apunte, pero no hallé nada. Todo lo contrario ocurrió en cambio en una pequeña novela de Gabriel García Márquez, *El coronel no tiene quien le escriba*, donde Carlos iba anotando sus aseveraciones, las cuales eran alternativamente iracundas o cáusticas.

El libro le parecía «truculento y sentimental». Junto a la palabra «mierda», con la que terminaba el relato castrense, escribió: «¡¡Bonito *happy end* para un bonito burgués de caca!!». Incluso se había permitido burlarse del apellido materno del autor, a quien rebautizó, desde la cubierta, como «Gabriel García Márketing».

Aunque la brutalidad era uno de los principales argumentos discursivos de mi familia, me desorientó que alguien a quien admiraba por su sensatez también participase de aquel mundo chabacano que yo tanto rehuía.

Un día me armé de valor, golpeé con los nudillos la puerta de la habitación y pregunté por sus taxativas opiniones literarias. Seguidamente, Carlos abrió el macuto que llevaba colgado del hombro y buscó algo dentro. Luego me acarició la cabeza y supe que mi impertinencia le había molestado. Sospeché que diría «algún día lo entenderás», pero en vez del soniquete con el que a cada momento me hacían callar no dijo nada. A la mañana siguiente se fue de nuestra casa, unas semanas después abandonó la fábrica y el pueblo donde vivía. Nadie supo su paradero.

Olvidé enseguida a Carlos Lucio, quien pronto me pareció cada vez menos seductor. También comencé a leer con gran voracidad los libros de García Márquez. Entretanto, mi abuelo cambió los cigarrillos de picadura por una pipa con sus iniciales grabadas, el olor de aquel tabaco me producía náuseas.

Pasó el tiempo. Mis padres habían discutido a gritos en su dormitorio. Papá llevaba puesta la chaqueta de los fines de semana,

al cruzar el comedor me preguntó si quería acompañarlo, iba a un acto de protesta frente a la comisaría. Mamá amenazó con volverse al pueblo ella sola y los tres niños, él dio un portazo como despedida, los cristales de las ventanas tiritaron.

Esa misma noche, tras la cena, mis padres se reconciliaron. Miraban el telediario con las manos cogidas, ni siquiera repararon en mi presencia hasta que el presentador informó de un atentado de ETA en Guipúzcoa. Habían muerto dos guardias civiles, Aurelio Navío Navío y Antonio Gómez Ramos, así como dos miembros del comando terrorista, los jóvenes Ignacio María Gabilondo, alias *Agote*, y Carlos Lucio Fernández, de origen gallego.

Al oír este último nombre papá apagó la tele y me llevó en brazos a dormir, algo que me generó verdadero estupor. Cuando todos se acostaron mi hermano encendió una linterna desde su cama. Al darme la vuelta me dijo, con esa mezcla de asombro y concisión que lo caracterizaba, «mira lo que he encontrado».

Era una pistola FN Browning modelo 1935, estaba envuelta en un trapo de cocina junto a cinco balas del calibre 9 mm Parabellum. Mi primera reacción fue dar un grito de alarma, delatarle para que lo castigaran, pero miré su rostro y ya tenía dibujada esa mueca propia de los rumiantes que algunos llaman felicidad. Entonces me tapé la cabeza con la colcha, nos quedamos a oscuras y supuse que él empuñaba el arma o que quizás me encañonaba.

Permanecí unos minutos bajo las sábanas en postura fetal, calculando cuántos disparos se necesitarían para asesinarme. Aquel fratricida infantil leyó mis pensamientos, apagó su linterna y suspiró. Al cabo de un rato dijo unas palabras confusas, simulé un ronroneo poco creíble y más tarde tosí. El hizo caso omiso a tan lastimosa actuación, y como quien continúa un diálogo iniciado desde la mente se excusó ante la oscuridad, «la escondieron debajo del colchón de la chica, a mí no me digas nada». Sólo entonces me di cuenta de que nunca llamábamos a mi hermana por su nombre, siempre nos referíamos a ella como «la chica».

* * *

No he tardado en aclimatarme a la residencia de futbolistas. Tengo una habitación luminosa, tiempo libre y una paga mensual que cubre holgadamente mis necesidades.

Todas las noches llamo por teléfono a casa. Papá ejercita una camaradería frágil e impostada, basta con aludir a los últimos sucesos políticos para desactivarla, «¿sigues el congreso del Partido Comunista Chino?, ¿te has enterado de que van a jubilar a más de la mitad de su Comité Central?». Antes de que pueda transmitir cualquier diagnóstico él le entrega el receptor a mi madre, quien de forma invariable pregunta: «¿Desayunas por las mañanas? ¿Qué has cenado esta noche? ¡Seguro que sólo comes porquerías!».

Me reconforta saber que todo continúa en el mismo punto en que lo dejé, que los seiscientos dieciocho kilómetros entre mi barrio y Madrid se acortan al meterme en la cama, aunque vuelven a ser demasiados al despertarme.

Nos permiten visitar el centro de la ciudad con algunas precauciones, siempre en grupos reducidos, nunca más tarde de las diez de la noche y jamás con insignias visibles de nuestro club. Estas normas son férreas para quienes tenemos la familia lejos, se hacen laxas con los jugadores autóctonos.

Pido que me autoricen a estudiar en la Biblioteca Nacional, los informes de mis profesores son en este sentido tajantes: «Recomendamos que bajo ningún pretexto se interrumpa la evolución formativa del alumno ni sus hábitos lectores. Exigimos que dichas advertencias sean tomadas al pie de la letra».

«¿Pero tú has visto?», me recrimina mi padre inflamado de motivos, apoyándose en su vieja oratoria sindicalista, «aquí lo pone bien claro:

A-L-P-I-E-D-E-L-A-L-E-T-R-A. ¿Te das cuenta de que los pies y las letras no están reñidos? Habrá días en que utilizarás más los pies, habrá otros que puedes dedicarlos a juntar letras.»

Los lunes y los miércoles son nuestro fin de semana entre semana, los ocupamos con sesiones de estiramiento y con estrategias a balón parado. Únicamente debemos presentarnos en la

ciudad deportiva entre las seis y las ocho de la tarde, antes y después no hay nada que hacer.

Llego a la Biblioteca Nacional tras el desayuno, suelo sentarme en la Sala Alcalá de Henares o en la Sala Goya, depende de los asientos libres. Miro a los investigadores exagerando sus pesquisas entre manuscritos, a los jubilados con las manos embadurnadas de pomada para las durezas, a las responsables de la fotocopiadora que comentan el último episodio amoroso de la hija de Doña Concha Márquez Piquer. Ese ambiente de concentración industrial se hace exasperante a las doce del mediodía. Un rato después bajo por la escalera hacia el exterior, dispuesto a resarcirme de otro día malgastado.

Voy entonces a algunas librerías de viejo y me sorprendo con el mal genio de sus propietarios. Desconfían al ver a un adolescente en chándal trajinando volúmenes de los autores del Siglo de Oro; los poemarios de Maria-Mercè Marçal, Alejandra Pizarnik y Dylan Thomas; la edición que Bruguera hizo de *Rajuela* de Cortázar, el segundo libro preferido de la sustituta del profesor de gimnasia, «hubo un momento en mi vida en que me creí la Maga».

Nosotros adoramos a Mágico González, un futbolista salvadoreño que juega en el Cádiz. De él se dice que el club le ha puesto como compañero de piso a un guardaespaldas homosexual, que los basureros municipales lo esconden en su camión cuando se lo encuentran dormido a las puertas de los bares, lo tapan con una sábana y hacen tiempo hasta las nueve, dejándolo en el acceso a tribuna del estadio Ramón y Carranza. Un periodista lo definió como el «Rimbaud de la Bahía»; aunque ninguno sabemos quién es Rimbaud, todos entendemos esta frase como una oda a la nocturnidad.

Mi padre se avergüenza de su escasa estima por la lectura; sin embargo, antes de despedirse me regaló *El conde de Montecristo* y *Papillon*, dos textos que él considera «incunables». No entiendo por qué exige que acate la disciplina deportiva y a la vez comparte conmigo estos manuales para la perfecta insurgencia. Al terminar de

leerlos lo llamé, enseguida me di cuenta de que él no pasó de las primeras páginas.

Mis hábitos lectores están sobrevalorados, también esa aura de intelectualidad que familiares y maestros me otorgan. En mi casa y en el pueblo, si tienes remordimientos pronto se te considera un afeminado o un filósofo. En el instituto, si tienes buenas notas rápidamente eres un opositor a la ascensión social, un logro de las bondades del sistema educativo democrático.

Los futbolistas tenemos una sabiduría innata para manejar los tiempos del optimismo, es decir, estamos dotados para el simulacro y las argucias. Digan lo que digan mis informes colegiales, ensalcen lo que ensalcen las teorías de mi familia, no albergo pretensiones diferentes a las de cualquier otro chico de mi edad. Por supuesto tengo sueños, aunque son sueños normativos y no quimeras de azúcar y algodón. Fantaseo con llamarme de otra forma, con hablar inglés para que la gente piense que soy extranjero, con tener los pectorales definidos, la voz ronca y unos reflejos infalibles, también me gustaría padecer sonambulismo. Frente a la épica que me rodea sólo quiero prolongar mi indefinición hasta donde pueda. Contra los constantes requerimientos para ser eficientes sólo opongo una pequeña semilla de improductividad.

En mi mundo no es fácil admitir el placer sin transformarse en un impostor o sin agraviar esa vida abnegada que los padres representan, sin traicionar nuestra posición económica y nuestra ideología del sufrimiento.

Cada mañana, al despertarme, siento una desgana que es como un emblema y como una ofensa, algo que me singulariza y a la vez me acusa. Hoy, por primera vez en los últimos meses, he sentido añoranza de mi barrio. Me lavaba los dientes en el balcón de la habitación y recordé a mi abuela llevándome al amanecer hasta la era donde el abuelo aventaba garbanzos. Para que no tuviese frío me tapó con una manta que olía al sudor de las mulas. Tarareaba bajito una canción antigua y supuse que sus pensamientos estaban muy lejos de aquel lugar, en algún sitio de naturaleza mítica o en algún paisaje inalcanzable.

He mirado hacia abajo y he visto un nudo de carreteras en obras, los trabajadores más viejos daban órdenes a algunos peones atribulados. Me he puesto a llorar sin un motivo sólido, acaso para demostrarle a la realidad que aún no consiguió dominarnos.

Todos los muchachos que vivimos en la residencia de futbolistas tenemos los ojos rojos durante el desayuno. Pienso esto mientras cargo mi bandeja y busco una silla lejos de los demás, con la excusa de que allí entran los mejores rayos de sol. De repente, se oye el claxon del autobús que nos lleva a la ciudad deportiva, uno de los veteranos se levanta y me da dos manotazos en la nuca, el segundo demasiado fuerte, me ha hecho daño. Lo miro sin acritud, sospechando que lo ha hecho para redimirse de cosas que a mí también me atormentan, sabiendo que ésa es su manera de compartir nuestra fraternidad y nuestro aburrimiento.

* * *

Tengo tres pilares existenciales: el fútbol, los estudios y las chicas. Eso se comenta en mi casa tras el arroz de los domingos. Eso me recrimina mi padre si salgo al campo desmotivado. Eso también creo yo.

Pero lo que nadie imagina es que dicho triángulo nunca permanece estático, cada uno de sus vértices se comunica con el de al lado, si una esquina triunfa la otra decae, si un ángulo funciona su oponente flaquea.

Cada vez que recibo un rapapolvo del entrenador por mis habituales despistes, éste reverbera en el colegio donde estudiamos, luego se produce algún episodio hostil y los profesores telefonean a sus homónimos catalanes para pedirles consejo.

Más tarde, mi madre me telefonea a mí, al descolgar exclama su frase más gloriosa: «¡Estás quitándome la vida!». Pero yo en lo que estoy pensando es en que esa misma noche habrá una nota oculta en la cisterna de los lavabos comunitarios, «a las doce te espero donde siempre. Hoy estoy desatada. Ni se te ocurra quedarte dormido como la última vez».

El fin de semana anterior perdimos contra un equipo situado en la parte baja de la clasificación, me sustituyeron durante los primeros minutos del segundo período y oí al preparador físico comentar mi calamitoso estado de forma, afirmó que conmigo en el campo éramos uno menos.

Hace varios días, al levantarme, encontré otro mensaje que alguien introdujo por debajo de la puerta. «Estoy harta de que me calientes la cabeza y me enfríes todo lo demás. O tienes un problema conmigo o tienes un problema. ¡¡¡Y destruye este papel, idiota!!!»

Como no podía ser de otro modo, ayer recibí una llamada desde mi antiguo instituto. Era el profesor de Lengua Castellana, quien me anunció, nervioso y jadeante, que había ganado el concurso literario provincial. No respondí que ya lo esperaba porque eso implicaba hacerle partícipe de mi hipótesis sobre el equilibrio a tres bandas.

Cuando se serenó dijo que la ceremonia de entrega de premios iba a celebrarse en el Salón de Ciento del Ayuntamiento de Barcelona. El alcalde de nuestro pueblo y el *Conseller* de Educación de la Generalitat asistirían, estaba confirmado.

Entonces vi a mi madre adelantándose al resto de espectadores y aplaudiendo a destiempo, las caras de la gente que reprobaban aquella impaciencia. A mi padre aprovechando los canapés para desafiar las normas protocolarias y para difundir su enésimo alarde de proselitismo, «¡donde estén unas buenas migas manchegas que se quite esta bazofia!».

También observé a la mejor alumna de la clase felicitándome, sus modales eran exquisitos, la abochornaba tener acné, pero a mí siempre me cautivó, hubiese cambiado cualquiera de mis éxitos deportivos por un segundo de su carisma.

«Voy a darte tu ultimísima oportunidad. Si esta noche no me partes en dos ahí te quedas. Te recordaré como un maricón de mierda. Por si te sirve de algo: llevo todo el día sin bragas.»

Releo esta nueva nota en el autobús que me lleva de vuelta a casa, la encontré durante el almuerzo en la única taquilla sin

propietario de la lavandería. Ahora son las diez y cuarto de la noche y acabamos de pasar el peaje que anuncia la entrada a Barcelona.

No entiendo por qué me cuesta excitarme cuando se desnuda, por qué le cuento tantas mentiras y tantas justificaciones en vez de admitir que no soy ninguna bestia sexual. Nuestro gran error fue creernos Elizabeth McGraw y John Gray, los protagonistas de *Nueve semanas y media*. Una tarde que llovía a cántaros vino a buscarme al entrenamiento vestida con traje de hombre y bigote postizo. Fuimos a su casa, le vendé los ojos y le pedí que se quitase la ropa, después dije que debía masturbarse.

Ella accedió porque ambos estábamos recreando partes inconexas de aquella película. El problema vino al asomarme por la ventana mientras oía sus gemidos. Una anciana caminaba lentamente hacia los contenedores de basura, arrastraba un carro de la compra lleno de envases y botellas.

«Estoy súper cachonda», avisó. «Eres una niña muy traviesa e irresponsable», respondí.

La mujer intentaba vaciar su carrito, pero fallaba casi siempre porque su brazo derecho apenas tenía movilidad.

Un coche se detuvo junto a los contenedores y se bajaron dos chicos que reían y gritaban. El más alto zarandeó a la anciana y le preguntó entre carcajadas si le gustaba la fiesta y si sabía bailar; el de menor estatura regresó de nuevo al vehículo, golpeó los cristales con la palma de la mano e insultó al compañero que estaba dentro. La anciana soportó aquellas humillaciones en silencio, desde arriba pude ver su cara y me pareció que sonreía.

Elizabeth quiso arrancarse la venda de los ojos, dijo que nuestro juego ya no le hacía gracia, que debíamos respetarnos y tener cuidado con no traspasar ciertos límites humillantes. Luego recordó que ni siquiera estaba enamorada y que nuestro vínculo era «única y exclusivamente sexual». Por eso se sintió tan incómoda cuando le mandé una carta justo al conocernos, en ella escribí con letras mayúsculas que la quería. De ahí que se irritase si le proponía dejar el fútbol y marcharnos a vivir a una casa de piedra y techo de paja

en el sur de Francia, o si le preguntaba qué nombre de niña le parecía más apropiado, Irene o Valentina.

También aclaró que, siendo estrictos con el argumento de *Nueve semanas y media*, ella debería ocupar el papel de John Gray, pues ambos abominaban de las ataduras emocionales y de las reglas que dictaba la sociedad. Por último, equiparó mi talante sumiso y mi romanticismo prematuro con el carácter de Elizabeth, dijo que éramos «tal para cual, dos gotas de la misma agua».

La diferencia estaba en que la protagonista de la película se comportaba como «una máquina erótica», mientras que yo siempre ofrecía una infinidad de excusas durante nuestros encuentros, tardaba demasiado en excitarme y en excitarla, necesitaba un sinfín de preparativos y, sobre todo, una infinidad de palabras.

«¿Tanto te cuesta entender que arruinarás nuestra lujuria si no paras de hablar? Desde el principio te he dicho que no necesito un novio ni un conferenciante, puedo leer yo sólita los periódicos. ¡Aprovecha que tienes diecisiete años y que en breve los niños coleccionarán cromos con tu cara! Además, me tienes a mí en plan Seven Eleven, dispuesta veinticuatro horas al día y trescientos sesenta y cinco días al año, sin compromisos ni grilletes. ¿No te gustan las frases insignes? Pues ahí va una: *carpe diem*, que en cristiano significa: ¡Cierra la boca y disfruta!»

Miré de nuevo por la ventana, la calle desierta. Un grupo de gatos sin dueño arañaban algunos objetos que había en la basura, entre ellos distinguí una piñata con el rostro de Casey Kelp, la snorkel más lista, emancipada y forzuda de su generación.

A aquel muñeco le habían volado la tapa de los sesos, supongo que a golpes de ciega avaricia. También había perdido un ojo, aunque conservaba sus coletas rojas y el característico tubo que los seres de esta especie usaban para desplazarse a mayor velocidad. Cuando algo les producía agitación emitían por él una música indescifrable -el *snork*-, mezcla de onomatopeya, balbuceo y ruido gástrico.

Hemos llegado a la terminal de autobuses con unos minutos de adelanto, eso dice, satisfecho y micrófono en mano, el conductor.

Atravieso los galpones intentando recordar dónde quedé con mi padre. Según su costumbre repitió el lugar donde me esperaría múltiples veces, mediante las más diversas formas gramaticales.

Por suerte elegí la dirección correcta, así que lo veo a lo lejos con el capó del coche abierto, aprovechando que está fuera del alcance óptico de mi madre y de sus prohibiciones por las manchas que dejan los motores en la ropa.

Camino sin prisa porque me duelen los tobillos. El aire de Barcelona es tan insípido como el de Madrid. Suenan las campanas que anuncian las doce de la noche y pienso en mi «ultimísima oportunidad», ahora ya sí desperdiciada. Pienso en ella mirando el reloj y diciéndose que lo sabía, que no hace falta ser adivino para imaginar que iba a traicionarla. En ella sacando unas bragas de los cajones, poniéndoselas hoy por primera vez o como despedida, antes de enfundarse aquel pijama que compramos juntos en Lavapiés y que reproducía diversos personajes de los dibujos animados. «Un Olimpo para custodiar los sueños de mi diosa», dije entonces, cuando aún tenía sentido decir ese tipo de cosas, cuando, para nuestra felicidad o nuestra desdicha, aún no habíamos alquilado en el videoclub *Nueve semanas y media* y éramos dos chavales lejos de la familia, con muchas ganas de entusiasmar a los demás.

Vuelvo a pensar en ella yendo en coche hacia mi pueblo, mientras atravesamos las avenidas y por la radio suena «Please, Please, Please» de los Smiths, después una versión acústica de «Wish You Were Here» de Pink Floyd. Es la una menos cuarto y la imagino desentendida de la hora, quizás maquillándose para salir a bailar porque, entre otras cosas, hoy es sábado.

la oigo explicarle a un desconocido su teoría sobre «el perfume que atrae a hombres y mujeres», también llamado «el comodín infalible». Se lo «echaba» bajando en el ascensor hasta la calle los fines de semana que iba a aquella discoteca cuyo nombre he olvidado. Entonces se introducía un dedo en la vagina, extrayendo pequeños rastros de su flujo que luego depositaba detrás de cada oreja y en las muñecas, como quien compró una colonia por encima

de sus posibilidades y la administra con mezquindad, para que dure ilimitadamente.

«Eau de Feromon», creo que respondí cuando me lo explicó, ella inclinó la cabeza hacia abajo y supe que mi comentario le había infundido cierto grado de ternura. Después miró el reloj y dijo que a partir de ese momento no necesitaría la ayuda del «comodín contra la soledad», que ahora me había encontrado y no me soltaría nunca.

aunque se corrigió de inmediato, aclarándome que para ella «nunca significaba diez noches y tal vez una mañana», pidió que cerrase los ojos y me quedase quieto, con la boca entreabierta y sin decir palabra. Al poco noté cómo la yema de su dedo tocaba mi lengua, extendiendo sobre ella un grumo de flujo vaginal cuyo sabor me recordó a las tortillas que hacía mi abuela, «son cebollas y patatas de nuestra huerta, los huevos los ponen las gallinas que alimento a diario, por eso salen tan buenas. ¿A que en Cataluña no las hacéis tan sabrosas y tan suavecitas?».

Por fin llego a casa, hace seis meses que no duermo en mi habitación. Mamá está en el rellano esperándome, otra vez sin controlar sus ansiedades. Al verla tiro la bolsa de viaje y subo corriendo las escaleras. Me abrazo a ella y empiezo a llorar porque la echo de menos desde el primer día en que me marché, porque estoy enamorado de una chica y he perdido mi «ultimísima oportunidad».

Quizá lloro porque siempre nos influyen las peores películas, las canciones más imbéciles y los dibujos animados dando forma a nuestras conductas desde el principio, a martillazos. Lloro porque, como cantó David Gilmour en «Wish You Were Here», somos dos almas perdidas nadando en una pecera, porque pasaré la noche sin dormir, digiriendo y no aceptando que detesto vivir en Madrid sin verla, sin que podamos follar, aunque sea una sola vez, liberados de nuestros complejos, sin mi verborrea y sin sus silencios defensivos o cinematográficos.

«Vamos para adentro», dice mamá conmovida y asombrada de que permanezca en sus brazos, «¿sabes que todavía eres mi pequeño? Y mira qué guapo te pones cuando lloras, pareces un niño Jesús obediente y callado. Prefiero mil veces a un hombre llorica que

a un hombre charlatán. A las mujeres nos vuelve locas la bondad masculina, aunque detestamos cuando nos llenáis el cerebro de teorías que suelen ser una tapadera para vuestras maquinaciones. Hazme caso, no abuses de ese piquito de oro que te ha dado el Señor. Ahora no lo comprendes porque nunca estuviste con una chica, pero algún día lo entenderás.»

TERCERA PARTE

He pasado toda la semana sin salir apenas a la calle, durmiendo con mi hermano, quien en plena madrugada me abrazaba incrédulo, como si quisiera asegurarse de que era yo el que estaba allí. Un día me acerqué al instituto, los compañeros se burlaron de lo largas que tenía ahora las piernas, me gritaban: «¡Calamar!, ¡calamar!, ¡calamar!».

El profesor de Literatura hizo un desmesurado elogio sobre las implicaciones del premio para la escuela, remarcó innecesariamente que uno de sus alumnos fuese el ganador. La directora encendió un cigarrillo mientras escuchaba, en sus ojos noté que había sentido vergüenza ajena por aquel comentario. A través de los ventanales vi al conserje esperando nervioso, antes de marcharme me pidió una camiseta del primer equipo firmada. Aunque él no lo imagine nadie cumple este tipo de encargos, se consideran catetos y despreciables.

Me han comprado una camisa azul oscuro, unos pantalones de pinza y un cinturón hecho en Ubrique. He escrito dos discursos de agradecimiento, el primero lo leeré al recoger el diploma en la entrega de galardones. En él hablo de mis abuelos analfabetos, del alcoholismo de mi tío y de la venta de sus tierras por un precio irrisorio, tras firmar con una equis el contrato que nunca pudo leer ni entender. Termino este texto recordando esa imagen de *La colmena* donde Martín Marco, el escritor bohemio y arruinado, se introduce

un dedo en el ombligo, después lo huele y hace un gesto de claudicación.

Pero he redactado otra homilía que, seguro, no irritará tanto a mis padres, «¿por qué siempre tienes que ridiculizarnos?, ¿qué le importa a la gente las miserias de nuestra familia?». Una alocución hecha para mí mismo y en cierta forma para Elizabeth, a quien le explico que escogimos la película equivocada, que hubiéramos debido reflejarnos en una historia cinematográfica que también tenía números en su título, aunque al traducirlo se perdió ese matiz decisivo y, como ocurre siempre, se simplificaron las ideas esenciales.

Desde esta segunda plática nos advierto que era en *Betty Blue* donde yo quería verme o donde me hubiese gustado mirarla. En aquella película originariamente llamada 37° 2 *Le Matin*, que es la temperatura de las embarazadas al despertarse por las mañanas.

¿Cómo se puede ser tan ignorante como para preferir el nombre de la protagonista a un inicio que proporciona datos tan poéticos, tan necesarios? ¿No cree ella -ahora rebautizada como B. B. en mi discurso- que deberíamos darnos una segunda oportunidad, que tal vez sería buena idea aprender francés juntos, pues, según una encuesta reciente, «la lengua de Molière se considera hoy el idioma universal del amor»?

Estoy recién duchado en mi cuarto, vestido sólo de cintura para arriba por no arrugar los pantalones que mamá ha planchado hace unos instantes. Son las cinco de la tarde y pronto nos dirigiremos en coche hacia el Salón de Ciento del Ayuntamiento de Barcelona.

Entretanto, mi hermana solloza porque sus calcetines le hacen arrugas y le molestan al andar. Mi hermano quiere ir con gafas de sol y una cazadora tejana, según él le lloran los ojos por la contaminación y tiene frío cuando anochece.

De repente oigo un grito de mi padre, ha subido el volumen de su estación de radioaficionado y pide que nos callemos inmediatamente. Salgo para ver qué ocurre y escucho a un «camarada de las ondas siderales». Está anunciando que varios piquetes de huelguistas han prendido fuego a la fábrica Valentine

donde trabajan. La policía ha acordonado la zona y ellos se han refugiado en el instituto, el sitio más cercano. Tienen al jefe de personal como rehén y exigen que se readmita a los compañeros despedidos, si no se cumplen sus condiciones habrá duras represalias.

Me asomo por el balcón y observo una cortina de humo en la zona de los huertos, es la fábrica de pinturas ardiendo como una gigantesca hoguera de San Juan. Si estuviésemos en otro momento hubiese pensado en los paisajes distópicos de *Max Mad* pero ahora miro a lo lejos y me viene a la cabeza *Rabo de nube*, el disco de Silvio Rodríguez que mi prima del pueblo ponía a todas horas. Los viernes de agosto, al levantarnos de la siesta, ella cantaba cada una de las canciones, yo la seguía muy atento, evaluando cómo podía memorizar las letras con tanta precisión, qué ocurriría si le pidiera que me besara.

Una adolescente de dieciséis años, llamada Gabriela Elser, hizo el collage del vinilo de Silvio, que reproduce una isla con un tornado barriendo el territorio. Me sorprendió el estilo pueril de teselas, figuritas y letras, más propias de una niña de parvulario que de alguien de su edad.

Las amigas de mi prima defendían aquel dibujo porque simbolizaba la inocencia a punto de estropearse. Una de ellas, a quien solían acusar de ser demasiado permisiva con los chicos, «un poco tonta y un mucho fácil», dijo que la isla era Cuba y el huracán el bloqueo americano, que la nube bajo los rayos del imperialismo remitía a Fidel Castro, mientras que las casas encorvadas personificaban el pueblo cubano que se doblega ante la violencia de los Estados Unidos, un pueblo que elige su destino y resiste pese a todo.

El teléfono de casa empieza a sonar sin interrupción, con cada nueva llamada papá va asintiendo y se despoja de los zapatos, luego de la camisa y de la corbata que le cuelga del cuello «por primera y última vez en su vida». Al terminar la ronda de conversaciones nos comunica algo previsible: la entrega de premios va a ser cancelada.

El alcalde hará una declaración en breve a través de los informativos de la radio local. Diez tanquetas de los Mossos d'Esquadra se dirigen a nuestro pueblo por la autopista, junto a efectivos del Ejército y diversas unidades de la Guardia Civil. Agustí Bassols, consejero de Gobernación, activó el protocolo de emergencia amarillo, se espera que los trabajadores insurrectos sean neutralizados enseguida.

Mamá llora desde la mecedora, tiene puesta una faja para disimular su gordura, le aprieta tanto que casi no puede respirar. El comedor de nuestra casa es el sitio más asfixiante que conozco, en mis viejos tiempos irónicos lo llamaba «el crematorio». Esta tarde el calor arrecia hasta niveles insuperables, por lo que durante uno de sus gemidos más profundos mi madre se levanta súbitamente, con la cara enrojecida y haciendo gestos de auxilio. Papá se abalanza hacia ella, le da la vuelta y baja como puede la cremallera de la faja. Yo salgo corriendo hacia la cocina, traigo lo primero que encuentro sobre el mármol, una garrafa de vino de cinco litros. Mi madre me mira con los ojos muy abiertos y sintiéndose desdichada; aun así, hace un ademán para que le dé el botellón, necesita ingerir líquido enseguida, si no podría asfixiarse. Con la otra mano me empuja y tropiezo, mi cabeza choca contra la cara de mi hermano y sus gafas de sol saltan por los aires, unos segundos después empieza a sangrarle la nariz.

Todos nos quedamos en silencio al terminar este cúmulo de catástrofes concatenadas. La radio sigue emitiendo opiniones con un volumen ensordecedor, aunque insuficiente para no oír a mi madre desde su dormitorio, gritando que quiere regresar al pueblo con sus padres, que por qué se le ocurrió casarse y venir a vivir al «puto Barcelona». Mi hermano ha levantado el dedo para pedir la palabra, sugiere que alguien le tapone la nariz, su cazadora preferida está manchándose.

* * *

Fui sin demasiado convencimiento a la tertulia que Ignacio Gallego impartía en los sótanos de una antigua editorial trotskista. El ambiente era menos lúgubre de lo esperado, la gente llevaba ropa moderna y sus preguntas sonaban sagaces. Junto a mí se sentó un hombre que había inventado un sistema para vaciar el depósito de las aspiradoras. Mientras alguien rememoraba las andanzas de Albert Thomas al frente de la *Revista Socialista*, en 1909, él estuvo dibujando piezas industriales y esquemas hidráulicos, hacía lo posible para que los oyentes más próximos a su pupitre lo miraran.

Regresé todos los sábados que pude a aquella cripta. Como me ausentaba cada quince días por nuestros partidos fuera de Madrid, al reincorporarme solía pasar los primeros minutos acobardado, bajando la cabeza cuando Ignacio Gallego decía «según se comentó durante la jornada anterior».

Allí aprendí a valorar el papel de Aleksandr Kérenski en el derrocamiento del régimen zarista, a repudiarlo por sus obcecaciones tras el golpe de Kornílov. Allí leí *Rusia 1931* de César Vallejo, las crónicas de Jacques Sadoul desde Petrogrado, el Marx de Raya Dunayevskaya. Pero allí también descubrí que había mucha gente desatenta a los valores de mi realidad, individuos que tal vez compartían nuestras estrecheces económicas y una misma inclinación a percibirse desoídos, o suplantados. Sin embargo, mientras nosotros estábamos en conflicto permanente contra las agresiones sin nombre, todas aquellas personas conservaban esa determinación rigurosa, tan poco abstracta y tan necesaria, que se precisa cuando uno debe elegir a quiénes o a qué repudiar.

Y aunque tampoco diría que los admiraba, pues observando sus andares y su burocracia confesional los veía anacrónicos, como si estuviesen cumpliendo con todas las coreografías de la derrota y el pundonor, sí me pareció que encarnaban algo vagamente irreductible, acaso unas maneras de no expatriarse en la dignidad y la rabia.

Quizás por eso, frente a nuestra filosofía de la desdicha o la furia, una vez cada dos semanas abracé el sentido del rencor. Y debo decir que esta comarca me produjo numerosos instantes enaltecedores, el

mundo se vislumbraba desde otras atalayas si te disipabas conservando tu derecho al resentimiento.

Los coloquios siguieron celebrándose durante meses. La última sesión estuvo dedicada al asesinato de Andreu Nin por parte de la contrainteligencia estalinista. Wilebaldo Solano y Teresa Carbonell, miembros ilustres del POUM, revelaron datos inéditos sobre aquel suceso. Al final de su charla se colgó en la pared el emblema del Batallón Libertad.

El inventor de dispositivos patentó un gozne que impedía accidentes domésticos, trajo el prototipo a la tertulia, junto a la acreditación donde figuraba el nombre con el que lo había registrado, BISAGRA KRÚPSKAYA, un homenaje a la esposa de Lenin.

Dije que esa marca no era demasiado comercial, que tal vez podíamos buscar juntos otro nombre más idóneo.

Cuando terminamos de debatir algunos fragmentos de *Il memoriale di Yalta* de Palmiro Togliatti, me invitó a su taller, le interesaban «muchísimo» mis aportaciones.

Ese día decidí hacer novillos en el entrenamiento, sabía que me multarían y que tendría una penalización, no obstante, subimos al metro y llegamos a un barrio con casas unifamiliares, nubes de moscas indecisas y jubilados tomando el fresco en las aceras.

R. levantó la persiana de un garaje, dentro estaba la que supongo era su mujer, después vinieron sus dos hijas. Había unas cajas con ropa organizada según diversas tipologías: vestidos, chaquetas, pantalones y albornoces. Se trataba de ir cortando los hilos sobrantes de cada prenda y, por último, con las mismas tijeras, se rapaban determinadas costuras para disimularlas.

Nadie habló mientras permanecí en el garaje, sólo se oía el sonido de aquellas seis manos absortas, a veces los golpes que emitía algún fardo de tela al arrastrarse por el suelo. La escena y el lugar recordaban una pesadilla auditiva, una plaga de langostas tropicales o un enjambre de grillos que se habían quedado atrapados entre la histeria y la aflicción.

Fuimos a un cuartucho que R. denominaba «el altar». Antes de darme las correspondientes explicaciones cerró la puerta y encendió la radio, dijo que su testimonio era información reservada. Luego habló sobre las similitudes entre el espionaje industrial y los Comisarios del Pueblo para Asuntos Internos. Finalmente me mostró sus patentes más exitosas: un tubo de titanio que servía para plegar preservativos; una taza de váter hecha con resina de vidrio, al sentarse se iluminaba; un corazón de plástico cuyas válvulas reproducían los colores del arcoíris; dos guantes de crin reversibles; un utensilio con el que extraer el hueso de cerezas, aceitunas y albaricoques.

Miré el reloj y eran las nueve, si no llegaba en treinta minutos a la residencia de futbolistas el vigilante avisaría al secretario técnico y éste a mis padres. R. sacó de su bolsillo una bola envuelta en papel de aluminio, preguntó si quería «colocarme». Nunca había escuchado aquella expresión en otro sitio que no fuese la tele, la radio o algunas rumbas flamencas.

Salí tan deprisa que olvidé la libreta donde solía anotar pensamientos e ideas durante la tertulia, propósitos vitales, cartas no siempre enviadas y mi contabilidad. Una pareja de la Guardia Civil me pidió la documentación al ver que estaba perdido, les dije que buscaba la parada de metro más cercana y que un señor me había traído a aquel barrio por primera y única vez en mi vida. Cuando pronuncié esta frase sentí que la exactitud es, a veces, enemiga de la presunción de inocencia.

La mujer policía pidió que la acompañase al coche patrulla, debía hacer una llamada para corroborar mis datos. Mientras caminábamos hasta el coche oficial los dos agentes cuchicheaban detrás de mí, giré el cuello y él simuló una sonrisa; ella arqueó las cejas, más tarde alzó el mentón, invitándome a que siguiera andando.

Me solicitaron que les mostrara el interior de la mochila. Saqué dos lápices, una chapa del Partido Comunista de los Pueblos de España, los facsímiles de sendos números de *La Batalla* y *Tribuna Socialista*, así como el *Don Balón* de aquella semana, que incluía los textos ganadores del «Premio Don Balón de Novela y Ensayo» y el

«Premio de Poesía Deportiva Juan Antonio Samaranch». Los miembros de la Benemérita se miraron fijamente, me rasqué la nariz pasando el dedo índice por debajo, a lo lejos se oyó el chiflo de un afilador.

La guardia civil deletreaba mi nombre por radio cuando su compañero preguntó si quería añadir algún dato «sustancial» a lo que les había explicado. Señalé la persiana del garaje de R. y dije que allí se ocultaba un taller de costura ilegal, que dentro encontrarían a un inventor de patentes y a tres personas «ejerciendo» economía sumergida. El hombre de uniforme asintió apretando los labios, se golpeó varias veces la barbilla con el dorso de la mano y confirmó que yo no sabía el significado del término delación.

La mujer policía vino hacia nosotros sonriendo, dio un puñetazo ficticio en el brazo del otro agente. Luego le contó que yo era futbolista y que jugaba en su equipo, «es uno de los tuyos, y parece que uno que promete». Doblé la espalda hacia atrás y extraje del bolsillo de la camisa el carné que me acreditaba. Cuando el sargento vio el escudo del club no pudo volver a mirarme, «recoge tus cosas y vete enseguida». Ella se quedó perpleja, la boca que antes reía ahora resultaba caricaturesca, negó con la cabeza en señal de fastidio, tal vez pensando que estaba harta de las extravagancias de aquel compañero, que a las mujeres del Cuerpo se las trata sin ecuanimidad, les asignan tareas irrelevantes y les ponen como pareja a tipos que en el fondo no las soportan o se creen superiores o siempre tienen en la boca la palabra «cojones».

Metí mis cosas dentro de la mochila, después pregunté a la guardia civil dónde encontrar una parada de metro. Él respondió que ni uno ni otra eran la oficina de información turística, esta vez ella sí le dio la razón. Ambos se marcharon taconeando, el oficial de la Benemérita caminaba con las manos a la espalda, me fijé y sus dedos hacían una peineta. Unos pasos más allá se quitó el anillo de casado.

* * *

El episodio policial trascendió, mis padres se enteraron de que a veces faltaba a los entrenamientos y que muchos sábados desaparecía sin que nadie supiese mi paradero.

Fue entonces cuando les pidieron a los paisanos del pueblo que «me echasen un ojo». Todos los miércoles quedábamos en la puerta del Banco de España y luego íbamos al Retiro, allí comíamos altramuces mientras ellos detallaban el árbol genealógico de nuestras respectivas familias o explicaban historias macabras de sus parientes. No obstante, No siempre dedicábamos unos minutos a mirar de arriba abajo la fachada del edificio bancario; «¿cuántos dineros habrá ahí adentro?», solían preguntarse, «¡un capital!», se contestaban riendo.

Me gustaba esa manera de denominar la riqueza, «durante la guerra, los Pelines tuvieron trabajando a más de cien personas entre jornaleros, albañiles y chicas de servicio, ni sabían cómo de grande era su capital»; «Peñarroya entera perteneció a los Marcialines, también controlaban la almazara comunitaria y el molino, ¡menudo capital!».

Un día llevé conmigo *Mucho cuento*, el libro de Juan García Hortelano. Lo compré porque el nombre del autor sonaba a eso que en mi casa se llamaba «gente campechana», o quizás fue por la cubierta, que reproducía el cuadro de Antonio López de la Gran Vía de Madrid.

Después fuimos al punto exacto en el que debió de situarse el artista, allí levanté el libro contra el horizonte de asfalto, a un metro del suelo, «se nota que viene de nuestra tierra ¿de dónde dices que es, de Tomelloso?».

Todos los relatos de García Hortelano eran excepcionales y a la vez muy cercanos, mezclaban el refinamiento de los burgueses venidos a menos, cierta crónica de la derrota no del todo entrañable y varias dosis de erotismo castizo, amén de las consabidas apologías del coñac y la literatura.

«Así y allí tuve conciencia de la música, en el lazareto del cuarto de los trastos, con el cuerpo embadurnado de pomada y enfermo de

soledad.» Buen resumen, pensé entonces imaginándome en la piel de aquel adolescente, pues a nosotros también nos embetunaban las piernas antes de salir a jugar los partidos, también nos gustaba creer que estábamos solos y a la espera de revelaciones memorables.

Mucho cuento fue uno de los primeros libros donde descubrí que leer podía convertirse en un valor añadido, un modo de adquirir otras identidades más atractivas que las que entonces atesoraba o a las que se me impelía.

En aquellos tiempos el decorado histórico era muy confuso para quienes, por edad, salario y tradición, aún buscábamos en qué casilla poner el pie. La lucha de clases fue sustituida por un limbo lleno de aspiraciones, que abarcaba desde tener tele en color hasta tener don de palabra. La disidencia antifranquista se transformó en un asunto de sobremesa, nuestros padres nos la narraban con fuertes dosis de sentimentalismo humanitario, aunque con muy pocas ganas de que sus hijos la actualizasen o la retomaran. Las pugnas laborales desaparecieron, manteníamos una relación de «extrema cordialidad» con la fábrica.

Aquellos que no estábamos especialmente politizados ni suficientemente instruidos, veíamos el pacifismo, la ecología o los movimientos sociales como algo ajeno. Bastaba con volver al pueblo en agosto y observar a nuestros tíos desdentados, levantándose al amanecer porque les esperaban las ovejas o la siega de los garbanzos, todos ellos con la foto del Caudillo en la cartera, para dar por bueno que en las universidades se nos abriría un mundo de privilegios y prosperidad.

Tampoco teníamos una gran idea sobre qué le estaba ocurriendo a la cultura, al mercado o a los medios de comunicación. Cuando vi por primera vez una imagen de Baudelaire descubrí que era un poeta nacido ciento cincuenta años atrás. Hasta entonces, a sus espiritistas y mendigos proféticos los observaba cada día en mi calle, y no me parecían diferentes a una curandera que me quitó los dolores de barriga siendo pequeño o a un legionario borracho y de piel curtida que decía estar enamorado de La Pasionaria.

Por último, yo pertenecía a un mundo socialmente reverenciado, me pagaban por jugar al fútbol y, si no me descarriaba, «así y allí», tendría un exitoso porvenir.

Nunca he creído en el término «cuestionar». Mi padre decía que ese tipo de palabras sólo las utilizan quienes levantan actas notariales, los que trabajan sentados en una butaca y con un bolígrafo en la mano. Sin embargo, pienso que en algún momento me sentí disconforme con la *lógica* entre ser víctima o ser verdugo. O tal vez fue que el eslogan «sálvese quien pueda» dejó de tener vigencia para aquellos que nos salvábamos cada fin de semana con un balón entre los pies, también para quienes sobrevivían sin una idea aproximada de cuál era la recompensa.

Sea como fuera, con dieciocho años, mientras los herederos del franquismo afianzaban la posguerra civil mediante un rey, un mercado y un periódico comunes, entré en un bucle desazonador. Me puse a perseguir caminos intermedios entre el pietismo de mi clase social y la alfabetización que esta misma clase se autoimponía, siguiendo así a quienes habitaban encima de la pirámide económica, aquellos a los que se llamaba triunfadores. O dicho de forma más simple: empecé a descarriarme seriamente, a buscar todo tipo de problemas.

* * *

Ya que estamos hablando de monarcas, hoy jugaremos la final de la Copa de Su Majestad el Rey de España contra nuestro máximo oponente, el club más poderoso de esta ciudad.

Nadie duerme ni dos horas seguidas, algunos se pasan la noche en vela intentando ignorar las pequeñas lesiones y los golpes, otros miran por la ventana, buscando en el cielo razones para sentirse necesarios.

Bajamos al desayuno cohibidos y solemnes, al coger el zumo de piña me tiembla la mano como a un alcohólico. Después vamos a una sala sin ventilación, nos muestran un vídeo con imágenes de aficionados que lloraban y se envolvían en la bandera del club,

trozos de películas bélicas y escenas donde aparecemos cada uno de los once titulares. De fondo suena «Eye of the Tiger», luego, el himno de la patria. La carátula de cierre es una foto de Juan Carlos I sobre la leyenda ¡VAMOS A GANAR!

Hemos llegado al estadio temprano, las medidas de seguridad son apabullantes. Esta noche se celebra «el clásico de los clásicos», un Real Madrid-F. C. Barcelona. Con la misma entrada los espectadores pueden asistir, noventa minutos antes, a la final de la Copa del Rey juvenil.

El presidente baja al vestuario cuando estamos a punto de salir a calentar. Nos saluda uno a uno y muestra interés por las entradas asignadas a nuestros familiares. Como el portero es su jugador favorito le ha pedido «concentración, orgullo y hombría». Como yo soy el jugador más imprevisible me ha dicho: «¿Qué tal se encuentra hoy Curro Romero?».

Pido al masajista que me haga sesión doble de descarga en los cuádriceps, durante los partidos importantes suelo tener calambres. El médico está infiltrando a un compañero, le ha sacado una jeringa llena de pus de la rodilla, el chico tirita de frío y se muerde la camiseta por el dolor.

El capitán nos reúne en el centro del vestuario. Tiene la voz grave y las piernas musculosas. Cuando se viste de futbolista envejece, cuando se enfunda el brazalete su rostro adquiere, de golpe, un compromiso con ciertas formas de honestidad.

Todos tememos y admiramos a nuestro capitán, su presencia nos tranquiliza y nos azuza. Hoy, sin embargo, incluso él está atemorizado, comenzó su arenga recordando los sueños infantiles, los kilómetros de distancia entre nuestras habitaciones y nuestros barrios, las ilusiones sentadas ahí afuera, el deber que cada cual representa y el espíritu familiar que nos une, nos protege y nos alienta.

También ha dicho que somos el hermano pobre de los equipos de la ciudad, que nuestros rivales firmaron sus primeros contratos publicitarios mientras nosotros entrenamos en campos sin lustre y nos sacan jeringazos porque el club no puede pagar tratamientos

clínicos mejores. Después chocó su puño con el jugador de la rodilla maltrecha.

Todos sabemos que se trata de una táctica para enardecernos. Nuestras instalaciones son de última generación y las principales marcas deportivas nos regalan botas, zapatillas y hasta trajes a medida. Él mismo tiene un coche que fue obsequio del patrocinador oficial. No obstante, tenemos tantas ganas de que empiece el partido y desaparezcan los pinchazos en la barriga que nos subimos a lomos de cualquier metáfora.

Por fin aparece el entrenador. Nos da unas cuantas consignas técnicas, son ideas breves y persuasivas, esta tarde nadie dispone de espacio mental para grandes alardes verbales.

He repasado las chicas que me besaron hasta el día de hoy. La mayoría eran mujeres formidables, hubiese podido pasar varias vidas con cada una de ellas. De pronto, me he sentido maduro, mundanal y proclive al acierto, considero este diagnóstico como un primer signo de buena suerte.

Vamos hacia el terreno de juego con las medias bajadas y la camiseta de calentar. Hay treinta mil espectadores en sus asientos, nunca hemos jugado ante tanto público. Al salir, la gente grita, un compañero me confiesa que tiene el vello de la nuca de punta. A mí me escuecen las mandíbulas. Dentro de mi particular superchería esto es un indicio de mal fario.

La pelota se desliza por el césped con una suavidad extraordinaria. Doy unos pases y contemplo los escorzos de mi cuerpo como quien mira una escultura antigua. El portero chilla desde el fondo del área: «¡No te regales, Curro!». Su comentario me pareció divertido, le respondí señalándome la pierna izquierda: «¡Hoy va a darte la copa esta preciosidad!». El entrenador observa la grada con los ojos vidriosos, como si por fin hubiese afrontado una misión entre cósmica y estrictamente profesional. Luego se vuelve y, apretando su puño al aire, nos grita: «¡Venga chicos, somos un equipazo!».

Las cosas empiezan a ordenarse. Estamos perdiendo el miedo y ganando la soberbia necesaria para esta clase de ocasiones. Fuera

del campo somos unos niños con miles de imposibilidades, dentro maduramos hasta adquirir un estatuto distinto a la gente común, unas urgencias que nos arrojan hacia lugares frágiles e irreales.

Regresamos al vestuario para ponernos el uniforme de gala. Dentro están varios futbolistas del primer equipo, el presidente los tiene cogidos por los hombros. Miro al capitán y veo su cara de enfado, sabe tan bien como yo que esto pondrá nervioso a alguno de nuestros jugadores. Además, él no quiere repartir con nadie su protagonismo en la soflama final.

Los profesionales alardean de experiencia, nos auscultan como si se asomasen a un espejo que viaja a través de los años. Ven en cada una de nuestras cualidades un atributo suyo, nos ignoran cuando no pueden reconocerse.

¿Estará ella en la grada?, me pregunto. Si la veo al salir tendré buena suerte. Si marco un gol se lo dedicaré haciendo un corazón con los dedos.

Mi mejor amigo del equipo, un compañero venido desde Galicia, está muy raro. Tiene el rostro pálido y no ha abierto la boca durante toda la tarde, el partido comenzará en pocos minutos y sigue descalzo.

Pego un silbido sordo para romper su burbuja de ansiedad, él se gira y me dice al oído: «Estoy muerto. Se me ha parado el coco y no consigo despertarlo». Ahora debería pronunciar una frase definitiva para la ocasión, unas palabras que recordásemos ya veteranos, cuando el club nos brinde un homenaje y nos invite a comer chuletones con Vega Sicilia, cuando el joven periodista que cubre el reencuentro pregunte varias veces por nuestros nombres para después equivocarse al escribir el pie de la fotografía que nos tomen. Pero lo cierto es que ahora también yo tengo la mente en blanco, por eso le aprieto la cabeza contra mi pecho y le susurro: «Cállate y bebe un poco de agua. No pienses y haz lo que sabes».

El entrenador chasca los dedos, le irrita que se hable en el vestuario. Antes de salir a jugar sólo acepta que gritemos o que blasfememos o que nos insultemos entre nosotros y a los rivales, especialmente a los rivales.

La gente aplaude por inercia o porque quiere integrarse en una forma de ser, alentar ciertos entusiasmos. Durante momentos como éste nadie se plantea su excentricidad, todos queremos reconocernos en las mismas normalidades, los roles que nos fueron asignados ni existen, el miedo los convierte en un asunto secundario.

Aprovecho el tumulto para apretarme los cordones y para envolver mis tobillos con esparadrapo. Uno de los futbolistas profesionales se acercó y me dijo: «Muévete por los espacios vacíos. Imposible pararte si los pillas en carrera, eres más rápido que un galgo».

Bajamos la escalera de acceso al campo. A nuestra derecha, separados por una verja, están los jugadores del equipo contrario. No los recordaba tan altos y tan fuertes, algunos son verdaderamente guapos. Las aficiones botan como locas en las gradas y sus cánticos se replican entre sí. Al fondo, como en una película de terror o en un sueño celestial, vemos la puerta iluminada por la que entraremos al césped. Cuento los escalones desde donde estoy: siete peldaños, número impar, fario inmejorable.

Siempre salgo el último, más que una manía se trata de una «posición metafísica», con ello noto que hay ciertas imágenes clausurándose a mis espaldas, ideas que sólo se certificarán si soy yo quien las cierro. De pronto, unos metros por delante, escucho al entrenador increpando a mi compañero gallego. Lo insulta y lo amenaza sin importarle las caras de sorpresa de nuestros rivales. En un momento de la bronca el chico no puede contener las náuseas y vomita, el chándal del míster tiene salpicones en los bajos del pantalón. Cuando ese espectáculo parecía llegar a su punto culminante, el entrenador abofetea a mano abierta a nuestro compañero, luego llama al masajista porque la oreja de éste empieza a sangrar, seguramente le ha reventado un tímpano.

Anuncian la alineación por megafonía y salimos corriendo hacia el campo, los tacos de aluminio tamborilean en el suelo de cemento, más tarde enmudecen al pisar la hierba húmeda. Calculo que hay tres cuartos de entrada, sesenta mil personas, aunque desde la

cuadrícula apenas logro distinguir nada, estamos rodeados por una constelación de caras invisibles que vociferan y nos examinan.

Mientras los capitanes intercambian saludos y sortean dónde empezará el partido, pienso en mi familia, en P. y S., en la tía abuela del pueblo y en Ignacio Gallego. Me acerco al compañero que tiene un algodón impregnado con agua oxigenada sobre la oreja, «vete a la mierda y déjame tranquilo. Sois todos harina del mismo costal», me dice al intentar estrecharle la mano.

* * *

«El amor es paciente y afable. No tiene envidia. No es maleducado ni egoísta. No se irrita. No se alegra de la injusticia, sino que goza con la verdad.»

Quien así habla es el Apóstol San Pablo desde la primera Carta a los Corintios. Pero al mismo tiempo, de forma insólita, esto era lo que se leía si mirabas la pared más desnuda de la sala donde fui con A. para intentar echar un polvo por tercera vez, ya que los dos primeros habían sido fallidos e insatisfactorios.

Ella le explicó a su tía nuestros problemas porque la consideraba «una amiga». Además, aquella mujer ejercía de esteticista y, siguiendo un ejemplo muy en boga durante la época, después de hacer cursillos y enmarcar diplomas, aisló una parte del piso donde vivía, transformándolo en consulta. Allí se depilaban piernas y bigotes, se rasuraban axilas, se hacían tratamientos de belleza y se ensayaban antídotos contra el acné juvenil o la alopecia femenina.

No obstante, A. y yo fuimos a aquella habitación con otros propósitos. En principio fue para consumar algo que la atormentaba, aunque pronto certifiqué que, tras leer la epístola de San Pablo, oír la música de Enya y oler el perfume a popurrí floral, lo que ocurriría a continuación se desplazaba al territorio de las consecuencias inesperadas.

Ciertamente nunca entendí por qué A. decía estar enamorada de mí. Yo la miraba a todas horas y sin hartazgo. La miraba lavarse los dientes y comer un bocadillo de salami, «nunca he probado esa

porquería, mi madre siempre nos pone queso manchego o patatera del pueblo». La veía mientras ella miraba la televisión o escuchaba música con unos cascos, «ten cuidado, según una encuesta reciente la juventud europea ha perdido tres décimas de poder auditivo por culpa del *walkman*». La miraba si quedábamos para estudiar juntos, cuando cerraba los ojos y movía los labios tratando de memorizar el temario de la asignatura de Historia Contemporánea, «¿has pensado alguna vez que la *Novena sinfonía* de Beethoven puede ser entendida, por fin, como un mensaje sexual?».

Como diría una fábula bienintencionada y poco mordaz: así pasaban nuestros días. Entre comentarios impertinentes, datos del *Reader's Digest* y versos de Adrienne Rich, así pasaban nuestros días.

Y lo cierto es que éramos felices, yo al menos, yo sobre todo. Pero A. se empeñó en que había algo incompleto en nuestra relación, dijo que debíamos comprometernos espiritual y carnalmente, en alma y en secreciones corporales.

A. amaba este tipo de alegorías, símbolos trascendentes y hospitalarios a la vez. Por mi parte intentaba complacerla sin parecer burdo. De ahí que añadiese la saliva a su lista de fluidos orgánicos, las estrofas de *Campos de Castilla* a su inventario del misticismo: «Castilla miserable, ayer dominadora, / envuelta en sus harapos desprecia cuanto ignora».

Sin embargo, ella ignoró todas y cada una de mis recomendaciones. Fuimos a un parque abandonado y entramos a un váter en desuso que alguien había utilizado sin esmero alguno. Allí lo intentamos por primera vez y con éxito decepcionante. El hedor era tan sórdido que se me quitaron las ganas.

La segunda ocasión tuvo lugar en la tapia trasera del cementerio municipal, entre cipreses de compacto ramaje y troncos que exudaban resina. Tampoco entonces *funcioné*, aunque me sirvió de coartada la atmósfera tétrica y los ladridos de los perros callejeros, el viento que soplaba sobre las sepulturas, haciendo que éstas se lamentasen como espíritus apátridas.

«Conozco al menos seis realidades más temibles que ésta. Se curvan todas ellas hacia abajo, hacia lo posterior al pasaporte», escribí en mi cuaderno cuando regresé del último fracaso. En realidad, este verso ocultaba otro verso que malogradamente me acompañó en el camino desde el cementerio hasta la casa de A.: «Un hombre aterrorizado de impotencia o infertilidad, sin saber la diferencia, un hombre tratando de decir algo».

Regreso ahora a la consulta, a los acordes sinuosos de las gaitas celtas, al apóstol «enamorándose del amor» y a la ceniza del pachuli quemado. Llego a la sorpresa que me produjo A. mientras se dirigía hacia una habitación contigua, «deja la lamparita encendida y ve quitándote los pantalones. No te quites las bambas, hay que mantener esta atmósfera genuina y sintomática». Vuelvo al espanto de verla a contraluz en el umbral de la puerta, recreando el póster de *El graduado*, vestida con uno de aquellos bodies tan frecuentes en los ochenta, liguero negro, medias de rejilla y zapatos de tacón, «¿te gusta? Me lo he comprado en un sex-shop de Barcelona».

Entonces acepté que no conocía realidades más temibles que aquélla, que era el momento de acometer el santo que vuela y la carne que suda, por usar una bonita frase de José Watanabe.

Pero durante aquel breve instante también sentí que la tía de A. estaba entre nosotros. Se hallaba dentro de los guantes profilácticos, bajo la carátula de los discos de Triana, Sting y Nacha Guevara, junto a las pinzas para pelos rebeldes, detrás de aquella parafernalia erótica, cristiana e indoeuropea. Y aunque hubo un instante en que me sentí víctima de las maquinaciones de ambas mujeres, quienes seguramente se habían reído a solas de mi impotencia o de mi infertilidad, enseguida vislumbré otro panorama diferente: podía consumar todo a un mismo tiempo, a la esteticista y a la sobrina, la consulta como paraíso, a San Pablo en lencería.

* * *

El árbitro pitó el final del primer tiempo y me sentí aliviado, corrí hacia el vestuario porque no podía mirar a mi alrededor. Llegué

cuando no había nadie y después, con cuentagotas, entró el resto del equipo. Cada uno iba sentándose bajo su taquilla, en silencio o temblando.

El masajista se puso en cuclillas e intentó desatarme los cordones, tenía el cabello espeso y olía mal. Mi mejor amigo ya no sangraba por el oído, me miró con un grado de desesperación que nunca le vi antes ni después de aquel momento.

El míster estaba furioso, pegó un portazo, lanzó una botella de agua contra la pared y maldijo a sus familiares muertos. Nuestro capitán se quitó el brazalete, después se apretó la cabeza con las dos manos, parecía un ánfora greco-romana.

Alguien dijo que no habíamos chutado ni una sola vez entre los tres palos. El delantero centro se arrancó la camiseta y respondió que por qué no subía él al área. Nuestro libero lo llamó «galerías de mierda», ambos se enzarzaron a golpes, un poco más tarde uno pidió al otro si podía acercarle el bote de Reflex.

Tomé la palabra para sugerir que debíamos presionar más arriba, buscando la espalda de los defensas. Luego recomendé un poco de tranquilidad, sólo necesitábamos tener la pelota y moverla rápido. Mi compañero gallego caminaba descalzo hacia el lavabo, cuando estaba cerca de las duchas se volvió y me increpó, «¡cállate bocazas, llevas cuarenta y cinco minutos paseándote!». Todos asintieron, él tenía una costra granate en cada comisura de los labios.

Detrás de la puerta se oyeron gritos, insultos y empujones. El presidente entró a pesar de que unos hombres con traje intentaban sujetarlo. Se fue directo hacia el portero y lo agarró por la pechera, mientras lo abroncaba de su boca salían pequeñas ráfagas de baba. Después preguntó si nos gustaba denigrar las ilusiones de la gente y el nombre del club, si estábamos orgullosos de andar por el campo como once payasos. Por último, cogió una camiseta que había encima de la camilla y nos mostró el escudo, preguntándonos de nuevo, esta vez a gritos, si sabíamos qué significaba aquel emblema para los aficionados: «Contestad, ¿lo sabéis? ¿Tú lo sabes? ¿Y tú? ¿Y tú? ¡¡Contestad!!».

De repente, se quedó mirándome, bajó el tono de voz y dijo: «A ti ya sabemos que no te interesa nada de lo nuestro, ¿a que no? ¡A que no!». Entonces se abalanzó hacia mí y me metió en la boca el trozo de la camiseta donde estaba grabado el escudo, apretándome el cuello a la vez y exclamando: «¡Me cago en tu nación! ¡Me cago en tu puta madre y en tu puta nación!».

El capitán vino a rescatarme. Pidió a nuestro máximo mandatario que se tranquilizase, dijo que la culpa era de todos y que todos íbamos a arreglarlo. Cuando recuperé el resuello las caras de los jugadores tenían un color violáceo, el techo se movía fruto de la distorsión, mi estómago estaba descompuesto.

El presidente se serenó y ésa fue la peor noticia de una tarde llena de noticias miserables. Se dirigió a cada futbolista y nos amenazó con devolvernos a nuestros pueblos, con mandarnos a trabajar con los albañiles, con despedirnos del club para que nos contratasen en Pryca, en las fábricas junto a nuestros padres o en los chiringuitos de alguna playa atestada de veraneantes.

Ese era nuestro talón de Aquiles del pánico: regresar sin haber llegado, volver después de estar a punto de lograrlo, presentarnos en la calle con el rictus de quienes tocaron la miel y se quedaron con la basura.

Porque a mis vecinos sí les importaba entender cómo se vive llevando la etiqueta de perdedor, qué anécdotas contar en las barras de las cervecerías, en las partidas de truque antes de los encuentros televisados. Sí querían oír las apelaciones a la mala suerte, los pretextos que acusan y no salvan, el sospechoso rechazo a dar demasiados detalles.

Y luego estaban nuestras familias. Los comentarios que se silencian para no acordarse de lo digno de olvido. Los mismos comentarios que se escapan en un momento de enfado, a pesar de las disculpas posteriores, «no me lo tengas en cuenta, no sabía lo que decía, lo dije por decir».

Estaban las medallas, los trofeos, el cromo con tu sonrisa y las colecciones de camisetas guardadas en el cajón del armario que

cierra mal, junto a las escrituras del piso, el recibo de la contribución y una foto del abuelo y la abuela el día que se casaron.

Estaba el padre con dos carajillos en el cuerpo, explicando a una novia reciente lo que el hijo pudo ser, la facilidad que tenía para el regate, la magia que guardaba en la pierna izquierda tirando faltas o córneres. El padre que nunca le habló del mismo modo y empezó a decantarse por la hija, a acompañar al niño de ésta cuando el pequeño manifestó que le gustaba el waterpolo.

También estaba la madre mimándolo sin motivo, «sea quien sea fui yo la que lo parió». Los hermanos que le aprietan el fémur si se queda mudo o dormido. Los primos del pueblo con su mezquina crueldad, pero, al mismo tiempo, con esa franqueza durante la última borrachera, «que les den por el culo, ellos se lo pierden y nosotros nos lo bebemos».

Ahora ya no hay adultos en el vestuario. Hemos pedido cinco minutos al entrenador, a los fisioterapeutas y al delegado. Necesitamos decirnos las cosas a la cara. Necesitamos sincerarnos.

Los cuatro primeros minutos pasan demasiado rápido. Hay gente tendida en el suelo o con la espalda apoyada en los baldosines de la pared. Nuestro capitán se ha desprendido de las tobilleras, jamás lo hemos visto jugar sin ellas.

Nadie se atreve a tomar la palabra. Todos sabemos que no hay metáforas disponibles en las que ampararnos. Mi mejor amigo regresa del váter tocándose la oreja dolorida. Permito que las lágrimas me caigan por las mejillas, no hago ostentación de ellas, aunque tampoco me molesta enseñarlas. Él se sienta a mi lado y me rodea los hombros con el brazo. Hago lo mismo y ambos quedamos en una postura estúpida y nada ergonómica.

La luz roja que anuncia el final del descanso parpadea, alguien entra y nos dice que debemos salir al campo. Piso la hierba de nuevo y una voz grita el nombre con el que me bautizaron. Llevo tantos meses sin escucharlo que me parece el de otra persona. Es ella acodada en los asientos más próximos a nuestro banquillo, haciendo ese gesto típicamente italiano que consiste en juntar todos los dedos hacia arriba, moviéndolos después en sentido vertical.

Cierro los ojos y sonrío por compromiso, la veo lanzarme un beso, más tarde se da tres golpes en el corazón con el puño cerrado.

Las gradas están a reventar, noventa mil ochocientos espectadores, «lleno hasta la bandera», dijeron los periódicos al día siguiente.

Todo fue muy deprisa, apenas cuatro jugadas que cambian el signo del partido o nuestro estado de ánimo. En la primera veo un hueco enorme, salgo corriendo como quien traspasa una aduana, como quien huye de un paquete bomba. El balón cae desde el cielo y lo golpeo con tanta fuerza que se me desprende la lengüeta de la bota.

La segunda es un salto con un rival, ambos chocamos en el aire y rodamos por la hierba, lo agarro del pantalón y él tira de mi camiseta. Antes de que el árbitro venga a separarnos le he dicho al oído: «Hoy vas a salir de aquí en camilla». Su aliento huele a chicle de clorofila, tiene los ojos verdes y una cicatriz en el párpado.

La tercera no consigo recordarla, pero veo a los aficionados descender en tromba desde sus asientos tras la portería, a nuestro número dieciséis lanzarse o correr hacia ellos con los brazos abiertos, como un Cristo redentor.

Durante la última jugada estoy gritando y sorteando a mis compañeros, quienes intentan abrazarme. Me dirijo enloquecido en busca de ella, corro a toda velocidad hacia los asientos cercanos al túnel de vestuarios. Levanto la cabeza y miro la tribuna, el presidente salta y baila, el resto de autoridades critican su comportamiento. Ella no está, me beso el escudo y le dedico el gol al asiento vacío de Su Majestad el Rey de España. Luego hago un corazón con los dedos, nuestro máximo mandatario alza sus pulgares y me señala.

* * *

Compré una carpeta con anillas, seis rotuladores de punta fina, dos barras de pegamento y un perforador de papel. Bajé el baúl donde guardaba periódicos antiguos y suplementos dominicales, cuando

vine a la residencia de futbolistas lo coloqué encima del armario. Finalmente, me senté delante de la mesa de mi habitación, mirando con verdadero fervor los utensilios alineados a la perfección, dispuesto a reinventarme, por fin decidido a iniciar un «proyecto personal».

Fui examinando las primeras páginas de cada periódico, los reportajes que glosaban momentos intrascendentes sobre las andanzas del mundo. Después los hojeaba con mayor atención y extraía aquello más estrambótico, sólo lo que mereciera la pena retenerse o imitarse.

Hay quien llama a esto los bastidores de la Historia. Otros lo denominan un espíritu de época. Yo apunté la palabra «recortes» y al lado escribí vademécum, aunque inmediatamente me arrepentí y la taché. Mala forma de empezar una iniciativa de envergadura y purificación. Mal signo si el título ya contiene borrones, sombras y dudas.

El 56% de los españoles está convencido de que Jesucristo es Dios, mientras que el 46% cree en la virginidad de María. Un heroinómano declara que realizó un «bien social» al asesinar a un «camello». Solchaga presiona a los empresarios para que no suban los salarios más del 5%. Una mujer pide veintiocho millones a Coca-Cola tras perder un ojo al explotarle una botella. El paro registrado en febrero afecta al 21% de la población activa. Gaddafi invita a Reagan a su tienda de campaña en Trípoli. Muere el trabajador herido en los incidentes de Reinosa con la Guardia Civil. Ciento cincuenta mil pesetas de multa a una analfabeta que insultó al Rey durante un desalojo. El gobierno califica de «grosería política» hablar de negociación con ETA.

Rita Hayworth falleció el 14 de mayo del año anterior. El mismo día en que un antropólogo neoyorquino denunció la fecundación de una chimpancé con semen humano, mientras Klaus Barbie se retiraba del juicio de Lyon y pedía ser devuelto a Bolivia.

Pero ningún diario explica que una foto de la Hayworth fue pegada en el morro de la bomba *Able* cuando ésta fue lanzada sobre el atolón Bikini el verano de 1946, como parte de las pruebas

nucleares que el Ejército de Estados Unidos realizaría con el nombre de Operación Crossroads.

Hasta noventa buques de guerra en desuso se utilizaron en aquellas maniobras militares, viejos destructores y submarinos que atesoraban legendarios episodios bélicos a sus espaldas. Allí, varados en mitad del océano Pacífico, estaban el *Nagato* japonés, el *Saratoga* americano y el crucero alemán *Prinz Eugen*. Cada barco se llenó de cerdos que simulaban tripulaciones, era primordial evaluar los efectos de la radiación atómica sobre la vida humana. Como medida preventiva, las familias de aborígenes que residían en el atolón fueron desalojadas a una zona cercana.

Únicamente se hundió un destructor y dos buques transportadores, el diez por ciento de los cerdos murieron y el treinta por ciento sufrieron lesiones fatales. En 1978 el nivel de radiación de la zona era once veces superior al *estrato normal de seguridad*. La escalada de casos de cáncer entre los nativos hizo que el gobierno estadounidense pagase mil millones de dólares en concepto de indemnizaciones. Ese mismo año las islas Bikini fueron declaradas Patrimonio de la Humanidad.

Escribí esta historia plagiando los datos extraídos de algunos libelos pacifistas. Un grupo inclasificable, integrado por revolucionarios correosos y jóvenes militantes, los repartía en la calle. Solicitaban a los transeúntes que firmasen cierto manifiesto contra el gasto militar, luego pedían una aportación económica para las traducciones y el uso de la imprenta.

Me sentí solemne o necesario al estampar el garabato con mis iniciales en la cuadrícula vacía. Me noté comprometido o imprudente cuando añadí mis señas y el número de mi Documento Nacional de Identidad. Hasta entonces sólo había firmado cláusulas deportivas, mensajes postales y las primeras páginas de los libros que compraba para mi biblioteca futura, un acervo de volúmenes que tenía pensado donar, tras mi muerte, al colegio donde estudié y al archivo del pueblo de mis padres.

Entregué el artículo sobre la Operación Crossroads a un grupo de insumisos del MOC y el Mili KK que editaban diarios de dos páginas.

Me puso en contacto con ellos una chica que conocí en la tertulia de Ignacio Gallego. Fui a su local *acarreando* el único folio donde glosaba aquella aventura atómica ocurrida en un archipiélago remoto, en 1946.

Las personas con las que hablé se mantuvieron distantes, me advirtieron de que el texto debía aprobarlo un comité de redacción y que después decidirían si lo publicaban. Al ver mi cara de contrariedad preguntaron cuántos años tenía, de dónde era y a qué me dedicaba. Les dije que había nacido en un pueblo de la periferia industrial de Barcelona el 14 de abril de 1970, y que con esa onomástica resultaba obligatorio declararse republicano y objetor de conciencia. Me hicieron saber que ellos desobedecían la Prestación Social Sustitutoria y que habían iniciado un boicot a las instituciones que colaboraban para implantarla. Manifestaron que la única vía «realista y productiva» para enfrentarse a los aparatos del Estado, al poder militar y al secuestro de la vida política e íntima era el desacato, la insumisión.

Me fascinó la sencillez con que resumían cuestiones tan complejas. Supongo que a ellos les conmovió ver a un chico mucho más ingenuo impresionarse por sus palabras. Un compañero se unió a la charla que manteníamos, me miraba fijamente las zapatillas. «Tu cara me suena», dijo, «¿puedo haberte visto en la ciudad deportiva de Orcasitas? Es que allí trabaja mi padre y voy a echarle un cable con el mantenimiento de las instalaciones.»

Por algún motivo que aún no logro entender, sentí que me habían desenmascarado. Sufrí un enorme bochorno al estar en aquel local con unos jóvenes que desafiaban las leyes implicando sus convicciones, mientras yo era un deportista vitoreado y bien pagado, que me acercaba a ellos por petulancia, para ver mi nombre escrito en un panfleto libertario, sin valorar lo que esto podría ocasionarme. De repente, calibré la magnitud de mi comedia, las irresponsabilidades contraídas con ese tipo de gestos fatuos, el interés cada vez más menguante de mi relato, que titulé «La encrucijada de Rita Hayworth», y que además copiaba sin tapujos un informe publicado por Amnistía Internacional.

«No lo creo», contesté al chico, que seguía hurgando en su memoria anatómica y que ahora, gracias a mi respuesta, certificó que yo sí era un futbolista del club donde trabajaba su padre, el primo segundo del otro encargado de mantenimiento, un hombre soltero que estaba a las órdenes de su progenitor y que, como él, ganaba un sobresueldo acomodando a los espectadores en la Plaza de las Ventas.

Salí de la sede del MOC y fui al Retiro para tumbarme a la sombra de un árbol. Allí relativicé todo lo ocurrido y continué los propósitos que me había encomendado. Seguí la colección de recortes periodísticos, a veces añadía diálogos que animaban las fotografías como en una película de cine mudo. Otras, tachaba con rotulador los renglones de algunas columnas, dejando frases sueltas, breves párrafos que hacían pensar en el botín de un censor demasiado eficaz.

También empecé a leer la Biblia. Alguien me dijo que en este libro se hallaban, implícitas, todas las devastaciones producidas por el capitalismo, así como los traumas espirituales de nuestra época. No vi ninguna de estas amenazas, aunque sí me pareció un compendio de testimonios perturbados, sus imágenes invitaban a enajenarse. Tuve miedo por albergar pensamientos como éste, pensé que era un pervertido porque algunos pasajes del Antiguo Testamento me producían una aguda excitación.

Los lunes por la tarde buscaba con ahínco redimirme. Iba a visitar a unos parientes lejanos de mi madre, un matrimonio sin hijos a punto de jubilarse. Las primeras ocasiones me dispensaron una gélida cortesía, los oí comentar en la cocina -pues hablaban sin medir el tono de voz- cuán extraño era que un «mocito» cumpliese con aquel protocolo de otra época y otra gente.

La mujer trabajaba de portera en el edificio donde residían. Me maravilló que hubiese profesionalizado hasta tal punto la amabilidad y el anticiparse a las necesidades ajenas. Cuando un vecino llamaba al timbre de su casa salía a recibirlo sabiendo qué era exactamente lo que precisaba: un sacacorchos, la llave de repuesto para el invitado de turno, pasta dentífrica o una cubitera.

Él oficiaba de poeta maldito o de poeta divino, depende del mes en que se encontrase. No variaba, sin embargo, su consideración de fracasado y de mantenido, ya que, según los preceptos en que nos educaban, carecía de ambiciones sólidas y pasaba la mayor parte del tiempo conjeturando sobre el funcionamiento del mundo.

J. me leyó uno de sus poemas sin apenas gravedad, mientras su mujer iba y venía porque olvidaba la leche para el café o el tarro de los azucarillos. Aquellos versos describían una escena ocurrida en Bolonia: dos viajeros se encuentran en los peldaños de la Basílica de San Petronio, discuten sobre el tiempo y sus opiniones nunca coinciden. Uno de ellos se recoloca la tirita que le cubre una rozadura en el talón, el otro está jugando con unas arandelas para las perneras de los pantalones, se ponen encima de los tobillos antes de montar en bicicleta. Los dos hombres permanecen sentados cuando el cielo se encapota, siguen sin moverse cuando caen los primeros goterones de lluvia.

El poema terminaba al desatarse la tormenta estival. La última imagen no era la Piazza Maggiore encharcada, los turistas a la carrera riendo. J. dijo que trabajaba en diversos desenlaces y que, de momento, cabía calificar su romance de inacabado. Sugerí una incógnita a modo de conclusión: ¿Por qué no preguntarse el porqué de algo? Él respondió que el tiempo lo diría, «cuando los versos quieran ellos mismos se cerrarán».

En los últimos tiempos he acentuado mi interés por «la gente». Desde que sentí el imperativo de tener un proyecto propio aumentó mi disposición a encontrar en cada individuo un síntoma o un augurio. Supongo que es la antesala de algo que vendrá, esa patología que, en versión ordinaria, también afecta a quienes me rodean.

La vida interior de las personas se ha vuelto irresistiblemente fascinante, pocas cosas pueden competir con un alma solitaria y desesperada, que busca alegorías donde regodearse. Los periódicos que colecciono transformaron la información en costumbrismo, el costumbrismo en enigma y los enigmas en un nuevo opiáceo público. Miro a los pasajeros del metro y todos leen *La conjura de*

los necios, El invierno en Lisboa, Memorias de Adriano y *La insoportable levedad del ser*.

Me alejo de mi clase social porque triunfo jugando al fútbol y porque gano el triple de dinero que mi padre. Porque se me permite albergar «inquietudes existenciales» y porque en ellas deposito un yo verdadero, misterioso y siempre a punto de ser alcanzado.

Rechazo los valores de mi familia y a la vez repudio cualquier tipo de prescripción. Arrancar máscaras y descorrer el mayor número de cortinas es mi ideología, aunque jamás diré que voy a llevarme todo por delante.

He entrado sin querer en el universo de los matices, en el reino de los logros que nadie cuantificará. Qué fácil fue quedarse entre la adicción y la alergia. Qué rápido olvidé los conflictos en favor de los secretos, la política de «la gente» semejante a un telar que teje en dos direcciones: sin pensar en nada y culpándose; pensándolo todo y culpando a quien sea.

* * *

Tras la final de la Copa del Rey, el presidente nos gratificó con diez días de vacaciones a gastos pagados en un pueblo costero del sur. Fuimos el capitán y los dos jugadores que habíamos marcado un gol en aquel partido, y nuestras respectivas familias.

Nosotros llegamos antes de que terminase el mes de mayo, por las noches hacía frío y muchas terrazas estaban cerradas. Los ancianos alemanes e ingleses se adormecían en las sillas del paseo marítimo, sus sonrisas eran una invitación al suicidio, un barómetro del sopor que allí nos aguardaba.

El apartamento con vistas a la playa carecía de terraza, pero tenía un pequeño balcón que daba a unos aparcamientos al aire libre. «Comer gratis» era un enunciado apoteósico para mis padres y para sus paisanos. Nada les resultaba más portentoso que ingerir, sin hambre y a cualquier hora, alimentos pagados por otros.

El *buffet* del desayuno se convirtió en una fuente de discusiones matinales. Mi padre cargaba su plato a rebosar, y cuando alguien

intentaba poner freno a aquella lujuria gastronómica él señalaba el letrero que había en la puerta: SÍRVASE A VOLUNTAD.

Papá nos obligaba a levantarnos todos los días a las siete de la mañana, según su experiencia el baño de las ocho y media favorecía la circulación del riego sanguíneo. Viéndonos caminar por la arena con los bañadores pasados de moda, mi abuela de luto y mi madre con el pareo más florido de toda la playa, parecíamos una de aquellas familias de futbolistas de Europa del Este que por entonces llegaban a España. Los diarios deportivos les dedicaban reportajes riéndose de ellos, nada más edificante que ver en la rusticidad ajena un retrato de la propia opulencia imaginada.

Todas las tardes íbamos al mismo restaurante, también gratuito. Mi padre pedía raciones de gambas a la plancha y clarete de la región, pescado en adobo y copas de *limoncello*. Fingíamos divertirnos, aunque cada cual contaba los días para volver a nuestros hogares. Ellos regresarían a mi barrio tras dejar a la abuela en el pueblo, yo iría directamente a Madrid, había pedido quedarme en la residencia durante el verano.

Acabé el curso y fui convocado con el primer equipo para jugar un partido internacional. Salí los cinco minutos finales para sustituir a uno de mis ídolos, quien antes de marcharse del campo me abrazó igual que se abraza a un veterano. La directiva aumentó el dinero de mi cláusula de rescisión y me hizo un nuevo contrato previo a la profesionalidad. Ahora tenía dieciocho años y algunos clubes manifestaban interés por ficharme.

Pasé el mes de junio «organizándome», cumpliendo un horario que me impuse para aprovechar este período de descanso futbolístico. Llevaba tanto tiempo entre compromisos que mirar el reloj y no tener que acudir a ningún lugar era algo parecido a la alegría, a veces también bastante tedioso.

Los insumisos del MOC desestimaron la publicación de mi artículo, les pareció demasiado literario y a la vez demasiado literal. A cambio me ofrecieron formar parte del consejo de redacción de su periódico, así aprendería el oficio de insurgente y me foguearía en la discrepancia. El compañero cuyo padre trabajaba con mi primo no

volvió a referirse a la ciudad deportiva de Orcasitas, quizás pensó que mis ocupaciones resultaban insignificantes o no vio incompatibilidad alguna entre el fútbol y la revolución.

Empezaron a gustarme cosas que hasta el momento realizaba por mitomanía, para que los demás las apreciasen. Ir al cine sin nadie a quien deslumbrar o a quien irritar con comentarios que se creían agudos. Permanecer impávido ante las personas, evitando cualquier diagnóstico o cualquier cábala sobre su conducta. Descubrir que no hay promesas en las introspecciones, a veces ni siquiera hay algo que extraer de ellas.

Luego llegó julio y fui al pueblo. Allí me esperaba todo lo que había estado pacificando. Una madrugada mis amigos fueron en coche a una fiesta en la capital. Desistí de acompañarlos porque, a última hora, aparecieron planes inesperados que implicaban sexo y pocas palabras. Me sustituyó otro chico que nunca se juntaba con nosotros.

Cuando despertamos, el pueblo entero estaba sumido en una gran resaca colectiva. Los muchachos habían sufrido un accidente, dos de ellos habían sido hospitalizados con heridas graves, el chaval que ocupó mi asiento se había desnucado. Al conocer la noticia su madre intentó tirarse al pozo que tenían en el patio, el padre se quedó quieto mientras las vecinas trataban de sujetarla.

La noche que se pretendía lujuriosa no fue ni mucho menos tal. De nuevo escogí el burladero del discurso antes que la puerta del placer, por decirlo con una expresión cursi. Me bajé los pantalones y pude verme treinta años más viejo, la barriga gigantesca y los muslos llenos de varices. Ella me abofeteó con toda la razón, luego se fue con un amigo al fontanar situado a las afueras del pueblo. Tres meses más tarde, como cada 12 de octubre, mi primo predilecto contactó conmigo, esta vez por teléfono. Lo escuché explicarme, ávido o intranquilo, que la chica estaba embarazada.

Regresé a Barcelona en abril, me crucé con ella volviendo de celebrar mi cumpleaños, otra vez al amanecer. «Todo lo malo sucede cuando uno abandona la cama», decía un tío mío a quien acusaban de holgazán. Se pasó muchos años alardeando de no haber

trabajado nunca, me enseñaba las yemas de los dedos sin erosiones, suaves y perfectas, «dedos de recién nacido o dedos de zángano».

P. caminaba sujetándose los riñones, el futuro padre dijo que respirara por la nariz y que los hipos previos al parto eran frecuentes e inevitables. Sus palabras exactas tal vez fueron «usuales e inofensivas».

No necesité de aquella imagen para atormentarme, ya estaba atormentado desde que finalizaron las vacaciones veraniegas. Al regresar a la residencia de futbolistas pasé muchos días en silencio, aunque en cada partido destacaba por encima de mis compañeros. Los entrenadores hablaron con mi familia porque imaginaban que sufría el pánico previo a la entrada en la profesionalidad. Lógicamente, papá y mamá desconocían mi implicación en el episodio del accidente, y lo cerca que había estado de convertirlos en abuelos.

La temporada empezó y un jugador del primer equipo cayó lesionado. De nuevo me llamaron in extremis, debuté en la liga nacional y los periódicos puntuaron mi actuación con dos asteriscos. El redactor que adjetivaba a cada futbolista escribió los siguientes epítetos: «habilidoso e intrépido». A pesar de que habíamos perdido, los técnicos me felicitaron, el capitán dijo que podía quedarme con el balón, y que le llevase su maleta al estadio. Nadie comprendió este gesto como un privilegio, todos entendieron que aquel hombre -una verdadera institución en el fútbol español- estaba abusando.

CUARTA PARTE

MIS organigramas de la protección fracasaron estrepitosamente. Los distintos planes para el mundo y para mí sólo me han causado una exasperante incomodidad, múltiples remordimientos.

Le explico estas inquietudes a mi antiguo profesor de gimnasia, quien vino a vivir a Madrid cuando abandonó el instituto y a su familia. Pretendía fundar un negocio de productos dietéticos o dedicarse a la radio, pero el inversor que iba a sufragar aquella aventura empresarial desapareció con sus ahorros y las emisoras locales rechazaron contratarlo porque, según dice, los directivos no estaban acostumbrados al acento uruguayo.

Una vez al mes visito la casa de Néstor, me gusta el olor vagamente rancio que flota en algunas habitaciones, la pulcritud triste y abnegada de su cuarto de baño. Sé que atraviesa un periodo de penuria económica, no tiene trabajo y tampoco puede acceder a ninguna prestación social. Aun así, lejos de victimizarse o de buscar culpables, al encontrarnos me explica historias de sus tiempos como futbolista en el Peñarol de Montevideo, me habla de los viajes que hizo por Europa, me enseña a cebar el mate porque prefiere que cada uno chupe su respectiva pipa: se considera el único hombre escrupuloso nacido en Uruguay.

Yo le cuento que guardo su camiseta del Flamingo en la mejor percha del armario y que le doy un beso en la manga izquierda antes de salir a jugar. También le hago partícipe de mi intolerancia al

dolor anímico, recordándole que, aunque fui educado en el conflicto, detesto ocasionarlo, prefiero compadecerme de sus efectos antes que jactarme de ser el causante.

Néstor suele aconsejarme que aparte a un lado la vanidad y me aproxime sin entusiasmo a las cosas que en verdad me entusiasman. No siempre comprendo qué quiere decir, aunque me esfuerzo en descifrar sus mensajes, supongo que en eso consiste la admiración.

En cualquier caso, debo a mi antiguo profesor de gimnasia los *Ejercicios espirituales* de San Ignacio de Loyola, un libro que me permitió ver con nitidez cuál era el camino que debía seguir si quería alejarme de la languidez que me invadía, con qué métodos debía comprometerme para ahuyentarla.

Mi primera determinación fue cortarme el pelo lo más vulgarmente posible. Entré en una barbería de barrio y un aprendiz con veleidades estéticas señaló uno de los asientos vacíos, pretendía ensayar conmigo el peinado más reciente del último icono juvenil. Dije que esperaría al señor de la bata celeste, no me importaba que aún estuviese mojando las mandíbulas de un hombre al borde de la catatonía, ni que le faltasen tres clientes por afeitar. El muchacho se marchó malhumorado a la parte trasera del establecimiento, «lo que al señorito le plazca», dijo antes de desaparecer.

Salí del barbero como quien se reincorpora al ejército tras un tiempo de permiso. De pronto, pensé en los camaradas del MOC abriéndome las puertas de su sede, haciendo coincidir la mirada del insurrecto con la del guardián de discoteca. Me aliviaron los diagnósticos de mi madre, su convicción de que el pelo me crece extraordinariamente rápido.

Unas semanas más tarde dupliqué la magnitud de mi envite, lo extendí a la ropa que vestía hasta entonces. Abandoné los vaqueros elásticos y aquellas cazadoras de cuero que nos atribuían, sin serlo, un aspecto de motoristas irritables. Después me desprendí de las *creepers* de terciopelo y suela doble, las compré antes de ir a Madrid porque mi estatura me acomplejaba, porque creía que mis nuevos compañeros nunca me respetarían si no superaba la media

española, que en aquella época era de un metro sesenta y siete centímetros.

Aparecí en los entrenamientos con pantalones de tergal y camisas a cuadros, con unas bambas que carecían de marca o, algo peor, que imitaban marcas célebres desde un absoluto menosprecio hacia sus principales detalles corporativos.

Lógicamente, el resto de futbolistas no vislumbraron el alcance de mi metamorfosis. Algunos se reían en grupos y al unísono, haciendo circular su chiste más jocoso: «¡Arriba las manos, que llegó el trapero!». Otros preguntaban sin esperar la respuesta: «¿Dónde vas con esa puta pinta?». Los más correctos dijeron que por fin salía a la superficie el ahorrador que todo catalán esconde en su interior.

Estas muestras de intransigencia no hicieron sino ratificar el compromiso adquirido. Además, abracé un fecundo pintoresquismo. Siendo un «personaje de vestuario» se vive moderadamente bien, las extravagancias funcionan como un aura que absuelve y evita análisis más graves.

Por otro lado, incrementé el volumen de mis lecturas, pero ahora de verdad, tal vez demasiado de verdad. Cada día transportaba montones de libros a cualquier sitio, sentado en un parque o en la consulta del masajista, durante los desplazamientos a campos rivales o en el gimnasio. Los leía de forma simultánea y a golpe de capricho, sólo unos cuantos párrafos porque las tramas me aburrían, siempre intentando ver aspectos que me sucedieron, detalles que pudiera encarnar. Finalmente, incorporé una libreta a mi kit de lector que se sueña meticuloso, una pluma para las ideas trascendentales, un lápiz con goma para los arrebatos literarios.

Aquella reasignación cultural culminó por la vía melómana. Compré *Birth of the Cool* de Miles Davis, la colección de hits de Charlie Parker y el doble recopilatorio de Carlos Gardel. Buscaba *Giant Steps* en las estanterías y descubrí *Transfiguration* de Alice Coltrane, el título me pareció un autorretrato. Pagué y el dependiente se rascó dentro de la oreja con el dedo meñique, lo movía tan rápido como las alas de un colibrí. Al salir de la tienda lo vi examinándome sin piedad, tal vez considerando que aquella clase

de discos obvios sólo interesan a los neófitos, a los energúmenos con ínfulas musicales. En las dos cosas acertaba y erraba al mismo tiempo.

También empecé a frecuentar las *jam sessions* que programaban en un café del centro. Allí pedía chupitos de bourbon para cumplir con las liturgias jazzísticas. El sabor a madera ahumada era insufrible, daba la impresión de estar lamiendo mil troncos de sándalo tras una tormenta. Incluso me atreví a fumar, al levantarme por la mañana tenía la lengua de estropajo, mis marcas en el test de Cooper decayeron y lo abandoné.

Explicado así puede sonar gracioso, aunque lo cierto es que todos estos cambios me proporcionaron una sensación de conquista y de acierto, de «haber llegado». Luego vino el convencimiento, entre absurdo y tranquilizador, de despegarme de las cosas y de las personas que me rodeaban, la sospecha de que entre las abundantes obligaciones había trozos de tiempo menos hostiles, palabras y actitudes ajenas que servían ante los diarios titubeos propios.

Tiempo después supe que hay quien llama a esto encontrar un lugar en el mundo, o quienes lo consideran un «pulirse en la fragua de la cultura», por usar otro floripondio. Los caminos del desclasado son múltiples, quebradizos y nada inescrutables, el mío fue rechazar la vulgaridad que conllevan ciertos triunfos: un desclasamiento del desclasarse.

Pero lo más idiota es que tan sólo quería huir de algunas zafiedades. Por eso deposité mis rarezas infantiles en gestos que consideraba o se denominaban «minoritarios». Cualquier niño se imagina único, teatraliza sus aspectos más distintivos y luego se aburre si no es ratificado o se rebela si esa ratificación lo etiqueta y lo simplifica. En este sentido, cualquier niño vive, con gracia y sin desasosiego, un conflicto de clase, un salto de gramática y una reubicación en el tablero sociológico que es su familia, su barrio o su colegio.

Yo creía, además, que teniendo atributos y características dejaba una huella asombrosa en el mundo, que si debíamos integrarnos

dentro de algo -un país, una profesión o una idea-, mejor hacerlo llevando rasgos que canjear o que defender.

Debo advertir, por si acaso, que ese «camino» no pertenece a un tiempo idílico, continúa hoy en día y no necesariamente desde otros medios, sino a través de los mismos cauces. De ahí que a veces uno siga sin saber qué es lo que persigue, por qué tantas pugnas, cuáles son las razones.

En el fondo, uno apenas sabe algo de sus anhelos y ahí radica la brillantez de éstos, que embaucan, sobre todo, a quien los ha fabricado. Y no le echemos la culpa a las palabras sino a las convicciones y las manías, a la costumbre o al mal cuerpo que deja la ausencia de ilusión. También a lo esperpéntico que es ilusionarse y a lo solos que nos quedamos cuando los deseos se cumplen.

Esto último no lo digo yo, lo dice mi mala conciencia. Lo dice mi conciencia mientras intenta lavarse en una palangana que rebosa rencor.

* * *

«Era el tiempo en que las cosas verdaderamente importantes se escondían bajo la cama. Era el tiempo en que los nombres de los actores aún se pronunciaban sin saber inglés. Era el tiempo en que las mujeres bebían largos tragos de ginebra para soportar el daño de los tacones. Era el tiempo en que sus maridos llevaban un peine metálico saliendo del bolsillo. Era el tiempo en que algunas iglesias rurales carecían de techo y los adolescentes fumaban metidos en los confesionarios o tumbados en los altares. Era el tiempo en que los trajes se hacían a medida y sólo se utilizaban dos veces: el día de la boda, y como mortaja. Era el tiempo en que la gente no se suicidaba, sino que se colgaba de un árbol. Era el tiempo en que las personas no enloquecían, sino que preferían enloquecer a apearse de una idea superior sobre la humanidad.»

R. me leyó este fragmento de una larga súplica que había empezado a escribir, la concebía como un monólogo teatral y la presentó en los distintos talleres de guión que frecuentaba. Nos

conocimos dos semanas antes, cuando venía al campus de «safari antropológico». Lo cierto es que visitaba la universidad porque su novio era cocinero en el comedor y porque no pagaba el menú ni las cervezas posteriores.

Ella trabajaba en el Museo del Erotismo de Madrid, y le gustaba pasearse con un guante negro puesto entre los alumnos que se fingían retraídos, llevando la camiseta del único sitio donde accedieron a contratarla sin tener el graduado escolar, ya que hablaba perfectamente inglés, aunque no siempre tenía una ortografía perfecta.

Aparte de su camiseta con el logotipo fálico, R. tenía una lágrima tatuada bajo el ojo, una gota de color azul que, al encontrarnos, ya empezaba a perder su tono original y que, cuando nos despedimos meses más tarde, apenas parecía una mancha verdosa o una impureza del cutis.

Cierta tarde que ambos librábamos de nuestras ocupaciones fuimos a ver *Rosencrantz y Guildenstern* han muerto de Tom Stoppard. A la salida tomamos café con melindros en un bar donde los camareros llevaban pajarita. Comentamos -ella comentó- la importancia de esos personajes secundarios que se ignoran o pasan desapercibidos. Después enumeramos -yo enumeré- algunos seres relegados a las zonas traseras de la historia: el padre de Blancanieves, el galgo de Don Quijote, la sobrina de Wittgenstein, el bajo eléctrico de Depeche Mode -no le hizo gracia, aunque entendió por dónde iba la broma-, el sastre de Cleopatra y el enfermero de Lenin, «buen título para una novela», dijo. No sé por qué fuimos a parar al secuestro de las libertades en España y desde ahí a los cuadros de Magritte, «un pintor para publicistas y diseñadores», sostuve haciéndome el interesante. Cuando por fin me callé percibí que se aburría, luego inventó una excusa para irse a casa.

Aquella misma noche, de vuelta a la residencia de futbolistas, le escribí una carta de despedida. La copié dos veces porque algunos adjetivos sonaban poco contundentes. Al terminar la rompí, pero estuve mucho rato postrado ante los trozos sobre la cama, mientras evaluaba por qué me sentía tan vacío. Alguien dijo -he olvidado su

nombre- que no se puede escribir un mensaje de ruptura sin hacer el ridículo.

R. detestaba el género humano desde una inesperada complejidad. Con esto quiero decir que no se consumía en el nihilismo, sino que su odio hacia los individuos estaba fundamentado en lo que ella acuñó como «razones de la experiencia objetiva».

En el fondo R. era una persona irreductible o estrambótica, qué más da. Lo que importa es que no siempre fue así. La primera vez que cruzamos unas palabras yo escuchaba un mitin de Aníbal Ramos tumbado en la hierba del campus. Oía sus anécdotas sobre cómo investigó los archivos del P.O.R.E. para redactar *Ensayo general*, general, un balance de la Transición española que fue canónico entre los círculos marxistas más rigurosos.

Arturo van den Eynde -así se llamaba Aníbal Ramos- finalizó su discurso y bajó del escenario, los responsables del evento ni siquiera esperaron a que terminase. La actividad subversiva, siempre imperceptible, se volvió frenética de golpe: todos los organizadores tenían oscuros compromisos simultáneamente, alguno fue visto escondido tras el porche de la biblioteca. Al descubrirse solo, el conferenciante vino y se sentó junto a mí. Inició entonces otra larga perorata, en esta ocasión sin pausas, como si estuviese asustado o como si quisiese ahuyentar algo.

Aquella sucesión de cifras y revelaciones me aturdía, por eso aproveché un momento de silencio para explicar cierta historia que encontraba cautivadora, quizás tan sólo divertida. Sucedió en los lavabos de mi antiguo instituto, antes de que José Agustín Goytisolo comenzara el recital por el que había sido invitado.

«Nunca pensé toparme con un poeta en un sitio como éste», dije con la bragueta bajada y de cara a la pared, acercándome demasiado al mingitorio, buscaba el aplauso ventajista y logré que los pantalones se me llenaran de salpicaduras de orín. «Es que los poetas también meamos», respondió Goytisolo, a quien aplaudí mentalmente.

Aníbal Ramos desapareció al terminar de contarle mi peripecia escatológica. R. se encontraba unos metros atrás e hizo todo lo

posible para que la oyese reír. Luego se acercó y entablamos el diálogo más inconcreto que he escuchado nunca. Cuando ella también se marchó cerré los ojos, el frío peinaba el césped universitario y las ráfagas de viento arreciaron. Metí las manos en los bolsillos y toqué los billetes que llevaba conmigo. Una agradable impresión de aplomo y seguridad se apoderó de mi ánimo.

Solía visitar a R. en la clínica donde fue ingresada tras perder la cabeza. «Siempre tuvo un carácter depresivo», decía la madre excusándose o buscando razones objetivas, sin ubicarme entre las principales amistades de su hija.

Paseábamos durante media hora por el pequeño bosque de acacias situado dentro del sanatorio, después nos sentábamos en los bordes de un estanque que había cerca de la puerta principal, mirando absortos los colores eléctricos de los peces, que añadían un punto de amargura a la tristeza de aquel sitio y al frescor del atardecer.

Los guardias de seguridad me permitían salir a comprar la merienda. Regresaba con dos bocadillos y el padre de R. insistía en darme el dinero gastado. Masticábamos con parsimonia, mientras ella me narraba anécdotas de Dead Can Dance o de In The Nursery, los grupos de rock gótico que más le gustaban. A veces explicaba escenas de películas contadas al revés: ante un drama R. reía, buscaba todo tipo de mensajes cifrados en un simple *gag.*

Finalmente llegó diciembre y le dieron el alta. La primera semana estuvo sin salir de su habitación, luego quedamos en el café de los camareros con pajarita. Cuando me senté cerca del ventanal recordé que aquélla no era la mesa donde la había aburrido.

Comimos los mismos melindros, ahora mojados en chocolate. Hice un comentario intrascendente y pregunté cómo se encontraba. «No es para tanto», dijo, lo que me llevó a recordar otra frase también inventada por el mismo desconocido de los mensajes de ruptura: «Una engañosa y eficaz humildad».

R. era una de esas personas que había preferido enloquecer -en el sentido social del término- antes que apearse de una idea superior sobre el ser humano. Después me he topado con mucha gente igual.

Personas que lamentan «el fin de las ilusiones», «el acabamiento del arte» o «la atomización de la política». No es fácil determinar si se trata de ejercicios lúcidos o de alharacas cómicas, aunque, dejándonos caer por la pendiente del lirismo, cualquier relato nacido de la desesperación siempre impresiona. Nadie está completamente a salvo de saberse desdichado, nadie sabe qué hacer en cada momento, qué se debería decir llegada la ocasión.

De nuevo, aproveché otro silencio y fui al retrete, confiaba en que ella pagase los melindros y el chocolate. Tras decir «no es para tanto» explicó cuál era el objetivo de su locura «repentina y ficticia»: quería solicitar un salario por invalidez mental, y no quería trabajar jamás.

La idea se le había ocurrido leyendo *After Magritte* de Tom Stoppard, aunque la perfeccionó en uno de los talleres teatrales a los que asistía no como guionista, sino como actriz en ciernes. El médico que se encargaba de su expediente clínico redactó un informe lleno de datos persuasivos, le añadieron descripciones inspiradas en *India Song* de Marguerite Duras. R. se las sugirió estando ambos en la cama, ya que habían iniciado un romance un poco tumultuoso unos meses antes, se conocieron porque él visitaba el Museo del Erotismo con una anómala insistencia, «como un burócrata de la perversión», dijo.

Solicitaban una paga por incapacidad psíquica de 88.080 pesetas, el doble del salario mínimo en España en 1988. Le advertí que tantos ochos seguidos invitaban a la mala suerte, que mis primos tenían una tía tullida -sufrió meningitis de niña- y los servicios sociales controlaban su estado trimestralmente, elaboraban estadísticas y sólo después ingresaban la pensión en el banco. Luego hablé de la exactitud luciferina de los funcionarios, «esa banalidad tan característica del Mal».

R. contestó que los catalanes veneramos el dinero hasta la paranoia y que hiciese el favor de no emparanoiarla. Respondí que hablaba muy en serio, apoyándome en «razones de la experiencia objetiva». Después caminé hacia el váter y allí reafirmé que era ella

quien debía invitarme, pues ahora tendría un salario vitalicio sufragado con los impuestos de los contribuyentes.

Hice tiempo abriendo y cerrando la boca ante el espejo, cuando mis mandíbulas dejaron de crujir salí y fui hacia la mesa que estaba bajo el ventanal. Noté que había llorado porque tenía su lágrima tatuada un poco más nítida que al principio de la tarde. Pedí la cuenta y el camarero dijo que no debíamos nada, mi acompañante había pagado los melindros y el café. No aclaré que habíamos tomado chocolate porque era mucho más caro.

El bar estaba repleto de gente ruidosa, apenas se oían nuestras palabras. Nos dirigimos fuera, yo caminaba un par de metros delante de R., igual que un talibán.

Me encontré con un camarada del Mili KK y con dos futbolistas de las categorías inferiores. Hubiese querido presentársela al compañero insumiso, pero ella se alejó fingiendo buscar el paraguas que no había traído. Saludé a los dos chavales con jerarquía y con la mayor brevedad, pues nunca aclaré a qué me dedicaba.

Los chicos se demoraron más de lo debido, no paraban de llamarme «máquina» y de pedir que me quedase para explicarles anécdotas de los profesionales. Miré de reojo el cristal de una ventana y vi a R. apoyada contra la pared, vigilaba los movimientos de las mesas como si alguien la estuviese persiguiendo.

Me sentí horriblemente mal por haber introducido la paranoia en sus ilusiones económicas, en su extorsión al sistema de pensiones y en su proyecto psicótico-teatral. Continué observando su cara reflejada en el cristal, en busca de síntomas o señales, de pruebas que evidenciasen que en el fondo R. era una víctima o, mejor, una heroína, la única que se atrevía a desafiar los imperativos por ser eficaces desde todos los flancos y en todos los momentos. Una Juana de Arco de la improductividad, pensé satisfecho e incluso ufano, mientras los dos infantiles me decían, por sexta vez consecutiva, «máquina».

Ella aumentó los giros de cabeza a un lado y otro. Luego se quedó quieta y, creyendo que nadie la veía, me escupió por la

espalda. Fue un salivazo voluminoso y compacto, con pequeños hilos marrones del chocolate que habíamos tomado.

Obviamente no dije nada, me despedí de los futuros futbolistas llamándolos «monstruo» y «titán». Luego salimos a la calle y noté que R. había sustituido sus anteriores delirios esquizofrénicos por una sonrisa plácida. Ahora volvía a estar de buen humor y me lo contagió, ambos nos miramos encogiendo los hombros sin parar, «como autómatas de la alegría», eso dije y sonó, como dijo alguien, igual que un disparo en un concierto.

«Bueno, bueno, bueno…», sentenció para ridiculizarme. «Pues nada, chica, lo dicho…», contesté creyéndome el solista de un grupo de folk rock. Su lágrima tatuada parecía una mancha verdosa o una impureza de la piel, ya lo he dicho, aunque no conté que R. escupía sin demasiada habilidad: en el cuello de la camisa se le quedó, colgando, una hebra de su propio salivazo.

* * *

He fallado tres veces en mis intentos de reinvención personal, tres veces durante el mismo día. La primera fue esta mañana, cuando le dije a A. que no podíamos vernos porque debía ir a Barcelona con mi madre para hacer las compras de la verbena de San Juan: los langostinos y las tortas de chicharrones en el mercado de la Boquería; unas lamentables figuras de porcelana con las que decorar la mesa; bragas y calzoncillos rojos porque mamá se obstina en que, además de en fin de año, hay que llevar ropa interior de ese color para celebrar el solsticio veraniego, da buena suerte. A. me recordó los cuatro meses que estuve sin moverme de Madrid, además de que no se había marchado al pueblo con sus padres para tener un sitio donde estar a solas. Insistió en el concepto «estar a solas» y luego preguntó: «¿Sabes a lo que me refiero?».

Mentí a A., no tanto por no saber a qué se refería o por carecer de las mismas ganas que ella de instalarnos en su piso sin vigilar el reloj, sin preguntarle, cada diez minutos, a qué hora llegaba su madre del trabajo, si su padre llamaba a la puerta del cuarto antes

de entrar o si, como el mío, la abría por derecho propio, ignorando las necesidades íntimas de los adolescentes que allí habitaban.

Mentí a A. por diversas razones, todas ellas igual de execrables. La principal fue que sí quería ir a Barcelona con mamá, pero para comprarle un regalo a S., la chica a la que en estos momentos estoy cortejando. También había otra razón, quizás un poco más legítima pero igual de sofocante: no quería ver a A. «esa mañana», aunque sí cualquier otra, todas las anteriores e incluso todas las siguientes, la mañana de después, por ejemplo.

Sin embargo, no le dije esto tan sencillo de entender, esto que seguramente le hubiese gustado oír. Al contrario, le mentí, lo repito de nuevo. Le mentí en vez de afrontar que A. tiene su propia vida y no va a sentirse celosa por mis devaneos ni por mi gestión del tiempo ni por mis triquiñuelas mentales.

Le mentí a pesar de que ella había mentido a sus padres y a su novio cuando éste le pidió visitarla para estar a solas, anunciando el objetivo de aquel encuentro sin los rodeos verbales que A. utilizó conmigo, porque ellos eran novios y debían aprovecharse del piso vacío, incluso podían utilizar la cama de los padres, el famoso colchón de látex de papá y mamá.

Ésta ha sido mi primera traición del día: una traición con lo simple, una vuelta a los caminos tortuosos, un empequeñecimiento de los demás a favor de mi propio agigantamiento. Porque A. sabía que S. me gustaba, la conocía e incluso usó esa expresión manida pero no por ello menos agradable de escuchar, «te pega, hacéis buena pareja». Aun así, la he subestimado de nuevo porque eso es lo que suelo hacer para ensalzarme, porque entre mis teorías de los vasos comunicantes no incorporo una que sí es de verdad correlativa: antes de subir al púlpito de la victoria me dedico a minimizar a los demás, a encuadrarlos en lugares de rango secundario. Más tarde aparezco custodiado por mis interpretaciones o mi misericordia, yo con desdén o yo como salvador.

El segundo renuncio tuvo lugar a la hora de comer. Mi padre explicaba a mi madre que tiene un problema en la fábrica. Le han subido el sueldo a dos compañeros y a él, los jefes dicen que se lo

merecen y que de este modo incentivan su alta productividad. Es una suma poco relevante y en estos momentos, con mi nuevo contrato, no la necesitamos. Sin embargo, papá dice que se trata de un reconocimiento después de tantos años de sacrificios.

El problema es que el comité de empresa observa otro tipo de pretensiones. Opina que ese aumento constituye un agravio comparativo con el resto de la plantilla; piensa que se trata de una forma de debilitar, comprando, las posturas críticas de los más veteranos; considera que, «siendo honestos y solidarios», deberían renunciar a un incremento económico sólo para unos pocos trabajadores, pues si no lo hacen estarán vendiendo, por un precio irrisorio, «su dignidad».

Mi madre escuchaba la historia mientras cocinaba y todos contemplábamos su carácter enérgico y su desenvoltura para ejecutar cualquier tarea cotidiana, mientras abría y cerraba armarios, sacaba ingredientes y añadía condimentos de forma poco científica pero tremendamente eficaz.

Porque mamá es una de esas personas que mejoran la eficacia del mundo. Uno de esos seres a quienes, sin embargo, nada les complace ni les proporciona satisfacciones perdurables. Supongo que esto explicaría por qué no nos ha enseñado a hacer nada, aunque hubo un tiempo en que intentó que aprendiésemos a preparar bocadillos de tortilla y a ordenar nuestro cuarto, pero desistió pronto para entregarse, por completo, a su habitual diligencia y a su inveterado aburrimiento.

Cuando papá acabó de relatar lo que le estaba sucediendo en la fábrica mi madre terminó, al mismo tiempo, el arroz con conejo y la piña rellena de gambas. Fue como si supiese de antemano la duración de aquel relato, como si estuviera participando en un concurso para ver quién es capaz de elaborar una receta a la vez que alguien lee en voz alta un capítulo de su libro preferido, la sección de deportes del periódico o el apartado de Historia de España que aparecía en los manuales con los que estudió de niño.

Pero mi padre no explicaba ninguna de estas epifanías formativas, sino un conflicto laboral con implicaciones éticas. De ahí

que, al tapar la cacerola de barro con un trapo y volverse, mamá pronunciase una frase altisonante, que implicaba desprecio por los jefes, por el comité de empresa y, de forma velada, por su marido. Luego hizo una de sus preguntas molestas, uno de sus interrogantes inquisitoriales: «Y aparte de los comentarios de toda esa gentuza, tú, realmente, ¿qué piensas hacer?».

«Realmente» es un término que mi madre utiliza para expresar desinterés, para decirte que vayas al grano y te enfrentes a tus palabras. También es una expresión que emplea para comunicar hasta dónde su opinión simplificó los asuntos narrados, cómo sus preguntas cierran perífrasis y abren, «realmente», incógnitas más sustanciales o nuevos enunciados.

Ya he dicho que mamá personifica un tipo de eficacia que desborda las tareas domésticas y nace del tedio y del mal humor. Sin embargo, no he contado cuánto le molesta que alguno de sus hijos -yo en especial- opine o se inmiscuya si está discutiendo con alguien, sobre todo si ese alguien es mi padre.

Por alguna razón vinculada a la amnesia juvenil y a la imposibilidad de retener preceptos básicos, he respondido por papá, enumerando una larga lista de motivos por los que estaba «de acuerdo o en franco desacuerdo» con los miembros del comité. Así, he pregonado las maldades del capitalismo, sus ladinas maneras de secuestrar nuestras vidas políticas e íntimas; he citado algunos pasajes de la Biblia que impugnan el sacrificio como eje de nuestra conducta moral; he lamentado que ahora se tengan «relaciones cordiales» con la fábrica, que estemos inmersos en un sentimentalismo humanitario, que la lucha de clases se haya sustituido por dirimir si debe aceptarse o no un aumento de sueldo ridículo, si la dignidad del obrero se juega en este tipo de decisiones patéticas. Finalmente, he acusado a mi padre de aburguesarse, de haberse tragado entera la promesa aspiracional del gobierno socialista, las tres A del opio y la derrota: Almuerzo, Alfabetización y Adiestramiento para todos.

Uno nunca imagina qué hará una persona acorralada por la verborrea de alguien a quien está educando. Uno no sabe si

generará una tierna indulgencia o un sentimiento de fracaso, si tratará de reconducir esa charlatanería o impondrá líneas rojas. Papá eligió un camino inesperado y se puso a llorar. Se levantó de la mesa y, como si hubiese rejuvenecido con aquellas lágrimas, se dirigió a su habitación, allí se tumbó en la cama.

Cuando fui a disculparme estaba con las manos detrás del cogote, mirando fijamente al techo y sintiéndose igual de incomprendido que un adolescente. Me eché a su lado y no dije nada, coloqué la cabeza encima de su sobaco y ambos nos quedamos inmóviles. Desde el piso de arriba oímos las estrofas melifluas o redentoras de «We are the World», sus alegatos a tender la mano, sus apologías de la familia y Jesucristo, sus proclamas misericordiosas y curativas.

El tercer y último fracaso acaba de suceder. De hecho, estoy contándolo en estos momentos, sin distancia, porque regresé a casa antes de tiempo, gracias a que de nuevo fallé.

Teníamos cinco entradas para el concierto de The Cure en el Velódromo de Horta. Varios amigos se habían quedado a dormir a las puertas del recinto, con la intención de acceder los primeros. Nuestro sueño era estar lo más cerca posible del escenario y que Simón Gallup nos lanzase la púa de su bajo, la toalla con la que se secaba el sudor o la botella de la que bebía entre canciones.

Llegamos cuando aún estaban tocando los últimos teloneros, un dúo inglés que se había creído todo lo que Lewis Carroll inventa en *Alicia en el país de las maravillas*. Fuimos colándonos entre la multitud hasta llegar adonde se encontraban nuestros compañeros. Nos recibieron con el puño en alto, a veces sus dedos simulaban ser dos cuernos. Aunque no conseguimos la fila del principio, sí podríamos ver el concierto a escasos metros de distancia, el foso era estrecho porque The Cure tiene una relación de cercanía con sus seguidores, les gusta sentirse arropados a pesar de que su aspecto invite a creerlos autistas, eso dijo mi vecino resumiendo cierto sentir general.

Shelleyan Orphan dejaron de desafinar y se marcharon a los camerinos arrastrando su melancolía y su palidez. Hubo un cuarto de

hora de impaciencia, luego empezaron las proyecciones y los juegos de luces que anunciaban el inicio del verdadero concierto. Sonó «Plainsong» y «Pictures Of You», pero apenas miré hacia el escenario, estaba formando una melé con mis amigos, unos gritaban: «¡Esto es increíble!»; otros se sinceraban un poco más y decían: «¡Es alucinante estar aquí!».

Mientras los músicos interpretaban «Close-down» empecé a pensar que aquella noche memorable demandaba un gesto que la sellase y la elevara a la categoría de legendaria. Cuando oímos «Kyoto Song» vi a mi otro vecino enjugarse las lágrimas, pensé en papá absorto en las manchas del techo y me confabulé a favor de las proezas asombrosas que no siempre son entendidas como tales. El batería golpeó tres veces sus palillos y yo tenía muy claro qué debe hacerse para dejar una huella imborrable en la memoria colectiva. El solo de guitarra de Porl Thompson en «A Night Like This» confirmó mis impresiones, incluso la cara de sospecha de Roger O'Donnell podía considerarse una señal. Además, aquélla era la quinta canción y la siguiente sería la del número luciferino por antonomasia, el único guarismo par que anula todos los impares que dan buena suerte. Aquí ya no se estaba hablando de rancias supersticiones; aquí nos referíamos a mensajes absolutamente inequívocos.

Todo fue, como siempre, muy rápido. Primero se escuchó el batir imperceptible de los tambores de Boris Williams, luego las notas oscuras del bajo, más tarde la entrada épica de los teclados, el lanzamiento de la melodía por parte de la guitarra, esa escalera de subida y bajada con la que -no hace falta ser admirador de The Cure para entenderlo- uno sabe que está empezando «Just Like Heaven». Finalmente, una voz afeminada pidió tres veces que le mostrase el truco, «Show me, show me, show me».

Caminé entre la gente que saltaba frenética, yo también cabeceaba junto a mi grupo. Me acerqué a la valla de seguridad como quien desciende unos peldaños recién duchado para tomar el desayuno, gustándose en el espejo o frivolizando con la resaca de los que bebieron sin medida la noche previa. Luego di un salto

grácil, más propio de un tenista antiguo que de un jugador de fútbol. Nadie reparó en mi presencia, subí al escenario como un artista invitado. Allí me abracé a Robert Smith ante cuarenta mil personas, sin que él dejase de interpretar su solo en mitad de la canción. Hubo un momento en que dijo: «*Get the hell out*!», aunque bien mirado y sonando «Just Like Heaven», tal vez aquella frase no debiera entenderse como «¡lárgate!», sino como un poético contraste entre el cielo y el infierno.

Los guardias de seguridad llegaron de inmediato y me arrancaron del escenario, antes tuve tiempo para dedicarle a la multitud ese signo de respeto y veneración que consiste en juntar las manos arriba e inclinarse un poco hacia el suelo. Me expulsaron del concierto después de romperme la camisa y uno de los dos labios que la genética me había otorgado. Tal vez pudieron ahorrarse el puñetazo en los riñones, pero, ya lo dije antes, nunca se sabe cómo reaccionará alguien acorralado por el énfasis ajeno, es imposible prever dónde termina la eficacia y empieza el sadismo, en qué lugar se inicia la pedagogía y dónde acaba la tortura.

* * *

El espíritu competitivo de un futbolista se mide en los entrenamientos y su rigurosidad en los partidos, sin embargo, sus certezas se calibran cuando está lesionado. Sólo entonces aparecen imágenes hasta el momento amortiguadas, indicios desconocidos.

Alguien dirá que perjudica tener tiempo para pensar, pero, no son las abstracciones, sino el día a día, los plazos por cumplir y la información del cuerpo aquello que se cierne y apabulla.

Un entrenador nos avisó en cierta ocasión -no era un filósofo, era alguien compulsivo- que los futbolistas se dividen en tres categorías: los que se hunden al lesionarse y abrazan el derrotismo más catastrofista; quienes se crecen al caer lesionados e incorporan cierta jovialidad a su proceso de recuperación; aquellos que utilizan la esperanza en reaparecer como incentivo.

Dije que no veía diferencias entre los dos últimos grupos, que una parábola a tres bandas no se explica así. Debe de haber dos posiciones opuestas -un dilema- y una última posición solucionando ambas, marcando el camino que seguir o la teoría que se quiere enseñar. También comenté que sin su correspondiente moraleja una parábola pasa a ser una tautología.

He olvidado qué respondió el míster, quien seguro cuestionó mis argumentos, pues tenía una inclinación natural a empecinarse. Aunque lo relevante es que estoy lesionado y paso los días entre fantasmas que vienen a mi cabeza para desestabilizarme. Paso los días en la consulta del osteópata, subido a la camilla del fisioterapeuta, con ese olor a ungüento más casero que farmacológico inundándolo todo.

Transcurren las semanas y llegan las incógnitas. Sin jugar ni entrenar me transformo en un espectador de nuestra vida como futbolistas o, peor, en un teórico de nuestra vida como futbolistas. Además, no es una teorización «limpia», que aspira a elevarse sobre las contingencias y a establecer un dibujo general. Más bien reúno impedimentos, los acumulo sin mucha conciencia de ello, porque insisten en reaparecer.

Las manías se han incrementado desde que me lesioné. Igualmente, la idea de que el fútbol está devastando nuestros cuerpos y nos convertirá en cuarentones de meniscos vidriosos, en cincuentones con la tensión alta, en jubilados con la próstata dilatada. Hoy no nos preocupan los excesos que permiten acelerar la rehabilitación, sólo si se publica una crónica donde un ciclista, un gimnasta o un boxeador -siempre de otro deporte- cuenta cómo logró subir el nivel del hematocrito, los antidiuréticos que tomaba, dónde se inyectó anabolizantes. Por cierto, ahora me doy cuenta de que dejé atrás al teórico para abrazar al evangelizador.

Observo con envidia y perplejidad las arengas que se gritan mis compañeros antes de salir al campo. Me alegra si el equipo juega mal y no me importa si empatamos el partido, pero cuando perdemos hay algo que me inculpa a la vez que ilusiona. Por otra parte, agradezco los gestos solidarios si vienen de alguno de

nuestros líderes, me incomodan las palabras del entrenador y me aterrorizan los saludos de los directivos, el silencio del presidente.

Anoche soñé que era presentado como jugador profesional y que los periodistas abarrotaban la sala de prensa. Estuve afeitándome largo rato en el vestuario, cuando terminé me puse un traje azul marino, camisa turquesa sin corbata. Luego me peiné hacia atrás y tomé asiento al lado de mi taquilla, esperando a que alguien viniese a recogerme.

Pasaron los minutos y entró el jefe de comunicación, pegó un grito y huyó despavorido. Más tarde vino el coordinador de relaciones institucionales e hizo lo mismo. Me levanté y fui al lavabo, los nervios me hacían mear a cada momento. También me provocaban una tos parecida a la que sufren los tísicos.

Al cruzar ante el espejo vi que mi rostro -no el resto del cuerpo- se había transformado en el de un escarabajo. No le di ninguna importancia y oriné. Salí del váter y seguía teniendo la misma cara de coleóptero. Tampoco me inquieté, lo que «realmente» me preocupaba era mi discurso de presentación.

Aquí el sueño se interrumpe, hay un paréntesis extraño de luces, sonidos y forcejeos, alguien respira con dificultad desde arriba, como si Dios estuviese constipado. Entonces me veo ante una mesa llena de micrófonos y dispuesto a hablar. Los cronistas esperan bolígrafo en mano, las grabadoras con el botón del REC apretado. Nuestro responsable de prensa me aconsejó una charla «breve, concisa y de frases cortas, igual que martillazos»; sin embargo, al abrir la boca sólo pude pronunciar cuatro palabras: ingenuo, maleable, impotente y autodestructivo.

Ningún periodista detectó nada anómalo en este suceso, me hicieron numerosas preguntas y siempre contestaba lo mismo: ingenuo, maleable, impotente y autodestructivo. Al día siguiente, los diarios deportivos que se hicieron eco de la noticia también usaban estos cuatro adjetivos. Uno de ellos, el de más tiraje, utilizó mi foto en la portada bajo un titular que decía, entrecomillado, «ingenuo, maleable, impotente y autodestructivo».

Por si alguien lo dudaba estoy leyendo a Kafka, un escritor que no recomiendo a los lesionados del mundo. Tampoco a quienes cuidan de su salud y alternan carbohidratos con nutrientes. Sus libros son una influencia nociva, sus imágenes se quedan fijadas en la memoria como si siempre hubiesen estado ahí, como si no fueran invenciones literarias. El término «kafkiano» es una prueba de lo que digo.

Le he explicado mi sueño a J., el poeta maldito o el poeta divino, quien escuchaba esta historia con impaciencia, esperando a que acabase para compartir una noticia bastante más sustancial.

La próxima semana verá la luz su primer libro, se lo ha autopublicado porque dice ser un alma demasiado irredenta para las políticas editoriales hoy imperantes. He reforzado su apreciación soslayando que un libro es un libro, que al lector poco le importan las tácticas de las corporaciones, sus nomenclaturas y sus símbolos, pues lo verdaderamente importante son las vivencias que pueblan las páginas, el uso democrático del lenguaje, la honestidad y el compromiso entre el autor y quien dedica una parte de su tiempo a leerlo.

He proclamado todo esto sin cinismo, aunque con un *déjà vu* de impostar mis opiniones críticas, o de buscarle tres innecesarios pies al gato. Sin embargo, a J. le gustó aquella vehemencia, «serías un magnífico conferenciante», dijo. Hoy me ha pedido que le presente su poemario, ha organizado una tertulia en el hogar del pensionista más próximo a su calle, allí lee el periódico sin comprarlo y socializa con otros hombres también jubilados. Le he respondido que es una gran responsabilidad y que no sé si estaré a la altura, apenas he leído poesía y tengo diecinueve años, no quisiera aleccionar a señores curtidos y leídos.

J. contestó que no se trataba de impartir clases magistrales, sino de poner en común un análisis. De hecho, bastaba con que repitiese mi monólogo de anteayer por la tarde, aquí lo importante era usar el mismo grado de intensidad.

Más tarde empezó a leer algunos sonetos de su libro, aunque yo ni le escuchaba, me quedé paladeando la imagen de un auditorio

repleto de personas ávidas de novedades, venidas para oír mis elucubraciones.

Del mismo modo que no hay grandes diferencias entre un libro impreso en la papelería del barrio y un libro que reseña el *New York Times*, tampoco existen oyentes aristocráticos o proletarios, da igual hablar a los miembros de la Academia Sueca con esmoquin que a un grupo de pensionistas con mocasines, ambas multitudes esperan que el orador los ilumine.

Este último pensamiento cierra, por fin, mis semanas taciturnas. Además, el pubis me duele menos y tengo el abdomen duro y marcado, fruto de las abdominales que hago a diario para evitar el quirófano.

He llamado a S. de inmediato, «necesitaba» contarle mi estreno como conferenciante y mi entrada en el universo de la intelectualidad. No la encontré porque se había ido a clase de danza contemporánea, «prueba mañana, a ver si tienes más suerte», ha dicho el padre como queriendo decir «deja de llamarla». También he telefoneado a A. para compartir «únicamente con ella» la noticia. Por último, quedé con R. y le dije que debíamos anular nuestra cena de despedida, es la tercera que convocamos en dos meses, cada vez que su novio le da un ultimátum pedimos reserva en una marisquería discreta y apartada. Le expliqué que tenía una cita ineludible «con el mundillo literario de Madrid». Mientras pronunciaba estas palabras temí que pidiese acompañarme, luego me acongojé porque su novio es editor, además publica artículos en revistas culturales. R. suele decir que nos parecemos, «en otra vida seríais hermanos, quizás la misma persona, tal vez amantes».

QUINTA PARTE

EL curso universitario empezó más tarde de lo previsto, apenas un mes después hubo elecciones parlamentarias. Poco importó la huelga general del 14-D y las protestas estudiantiles contra el ministro Maravall. Mucho menos la repetición de los comicios en Ceuta, Murcia y Pontevedra, las «irregularidades» en Barcelona y Melilla. Los socialistas ganaron de nuevo y Anguita se convirtió en «el califa rojo».

El Sindicato de Estudiantes dejó de leer a Gramsci y a Ted Grant, sus líderes devinieron pasto de organigrama. Nosotros seguimos haciendo selectividades mientras el neoliberalismo era ratificado como Uno, Grande y Libre. Entre unas cosas y otras, la televisión de Euskadi dedicó un reportaje a Jon Manteca. *Nuevas aventuras (y desventuras) del Cojo Manteca*, así lo titulaban. El presentador se esforzó en apiadarse del antaño activista tullido, le enternecía que ahora fuese un heroinómano de verbo afilado.

Yo decía, fingiendo perspicacia o en serio, que España hace sus «revoluciones sociales» antes de Nochebuena y durante las rebajas de enero, entre villancicos navideños y ripios de Joaquín Sabina, con un pie puesto en las comilonas por venir y el otro en los pantalones que comprar.

«El día que te quites la acidez de encima vas a ser mejor persona, estoy convencido», comentaba uno de los pocos amigos que hice en la carrera, un muchacho cuyos abuelos vivieron exiliados

en Alemania y en México, se llamaba Bernardo de Castro Giner de los Ríos.

Imité a Bernie con admirable rigor y sin desfallecer, creyendo que esto me añadía cierto «plus» genuino, un halo de originalidad. Algunas tardes nos sentábamos en los muros de cemento del campus, allí le narraba mis películas preferidas, que antes habían sido sus films predilectos; allí destacaba la importancia de Rothko, Georgia O'Keeffe o Antonio Colinas, por citar algunos autores que descubrí copiándole.

A pesar de que nunca me mostró ninguna de sus obras, Bernardo se definía como artista, aseguraba no necesitar de comprobaciones públicas para algo que ya daba por sentado. «Primero se es pintor, después se pinta», dijo una mañana cualquiera. No me pareció que estuviese jactándose, al revés, encontré indiscutible su frase. Por eso me apresuré a incorporarla a mis idearios, aunque levemente modificada: «Siempre se es escritor, sólo a veces se escribe»; o «se puede ser futbolista, pero sin serlo del todo a la vez».

Giner de los Ríos adquirió cierta fama entre los alumnos más proclives a maltratar el reglamento académico. Llegaba a algunas clases cuando éstas iban a terminarse o se marchaba un minuto después de que el profesor hubiese tomado la palabra. Asistió todo el curso encapuchado a la asignatura de Arte Contemporáneo II. Se sentó en primera fila y a gran distancia de nosotros durante el semestre de Teoría de la Imagen, jamás levantó la vista hacia las diapositivas que nos mostraban, a veces se reía mientras dibujaba.

No tengo la menor duda de que aquel chico era un artista, su arte consistía en saber estar fuera de lugar. Luego, sin gente observando su «proyecto», es decir, sus maneras de apoderarse de la atención colectiva, abandonaba cualquier rareza, convirtiéndose en alguien sensible, un poco tozudo y sofisticado.

Recuerdo perfectamente la única vez que me independicé de sus opiniones. Saqué en préstamo una antología de ensayos que publicó la UNAM de México. Me interesaba un texto de Sartre titulado «La poesía y la prosa», también «El poeta como vidente» de Rimbaud. Al

mirar el índice vi que el libro incluía «Arte, revolución y decadencia» de Mariátegui, recordé a Carlos Lucio y me llevé el volumen a casa. No leí ninguno de los escritos mencionados, sino un largo extracto de la «Estética de la resistencia» de Peter Weiss.

Me asombró que nuestros profesores nunca hubiesen mencionado siquiera a este escritor alemán, más aún cuando los efluvios románticos, el panteísmo de la naturaleza y la honda evanescencia del ser eran cantinelas diarias; cuando Schiller, Caspar David Friedrich y el Círculo de Jena oficiaban de santurrones. No obstante, tampoco esto resultaba demasiado chocante, nuestros maestros solían dedicarse a escenificar cuántos kilos de sublimidad puede ingerir un alma pura y vestida de Toni Miró. Ya he escrito que la lucha de clases se veía como algo sórdido y trasnochado, un lastre para avanzar en el refinamiento del espíritu.

Weiss se hacía la pregunta políticamente improcedente por antonomasia: ¿Cuando miran ven lo mismo un burgués que un proletario? ¿Se emocionan de idéntica manera y ante una misma obra de arte opresores que oprimidos?

Interrogué a mi amigo sobre dicha incógnita. Le leí lo que el autor escribió acerca del Altar de Pérgamo, el *Guernica* y sobre un cuadro totalmente desconocido para mí: *La huelga* de Robert Koehler. Incluso hice una fotocopia a color de este lienzo para comentarla, sabiendo que me respondería «es una obra fundamental», o que señalaría detalles obvios e invisibles ante mis ojos, aspectos que luego adoptaría como propios.

Pero él rechazó las dos preguntas, que le estuve planteando con mi mayor vehemencia, durante largo rato. Dijo que se trataba de un falso dilema, que aquellas cuestiones eran una aporía. Comentó que el arte es un reducto de pureza asediado por la zafiedad, que el artista es una especie de médium, pues trae al más acá de los signos mundanos el más allá de los mensajes metafísicos. Luego matizó que no todo el mundo está dotado de sensibilidad, hay gente que carece de aptitudes para captar ciertas ideas abstractas. Por último, me advirtió que estos espíritus ciegos podrán «ver» algún día -hizo con sus manos el gesto de unas comillas imaginarias- tras un

férreo adiestramiento y después de mucho perseverar, guiados por alguien que ejerza de correa de transmisión y los ayude a percibir esa clase de revelaciones que al principio les resultaban oscuras y extrañas.

Cuando terminó su monólogo yo estaba convencido de que ambos éramos miembros de aquella hermandad de elegidos, que a los dos nos tocó en el hombro el dedo largo y huesudo de la estética. El quizás sintió antes «la llamada», pero yo también podía vislumbrar sus señales.

Como ya había sacado la fotocopia de *La huelga* de mi carpeta, no pude resistirme a hacer una breve observación. Lo alerté sobre cuán interesante era que, en mitad del tema principal del cuadro, mientras los obreros salen de la fábrica y se agolpan a las puertas de la casa del patrón, con el administrador y el capataz evaluando la violencia a punto de explicitarse, el pintor se hubiera detenido en representar a una pareja mientras discutían, ella pidiendo al marido que abandonase la protesta para regresar al hogar, él abriendo los brazos, como quien dice «¿qué puedo hacer?».

Finalmente comenté que esa imagen me recordaba a mis padres hacía años, a mi madre sin controlar sus miedos y desautorizando los ideales de mi padre, aunque sintiéndose orgullosa porque, a falta de bienes económicos, éstos eran lo único que nos pertenecía, sólo teníamos un sentido del temor y una cólera nunca apaciguada del todo.

Bernie se echó a reír y dijo no soportar a la gente que abraza la «filosofía de la pena». Luego recreó algunos lamentos y algunas frases justificadoras que solían ser habituales en mi familia. Todas ellas estaban relacionadas con el no tener, el no poder, el no permitir, el no dejar… De nuevo, encontré certeros sus alegatos, en ningún momento me di por aludido.

Esa misma tarde S. organizó una merienda con sus padres para que me conociesen. En realidad, sus padres merendaban siempre en la misma cafetería y nosotros nos haríamos los encontradizos. Creo que el plan se le ocurrió a la madre, al menos eso pensé cuando

aquella señora agitó las manos efusivamente al otro lado del ventanal, mientras paseábamos con lentitud por la acera.

Sabía que el padre de S. simpatizaba con el equipo más importante de la ciudad y, en consecuencia, detestaba los colores de nuestro club. Por otra parte, yo odiaba hablar de fútbol con alguien ajeno al ámbito deportivo, ya que explicaban ridículas leyendas y datos ficticios que a quienes vivíamos esa realidad nos avergonzaban. Además, era imposible hacerles cambiar de opinión, su testarudez corría paralela a su desconocimiento. En cualquier caso, ahí teníamos la primera cosa en común, ahí había un tema del que era mejor alejarse.

Tras los previsibles comentarios sobre la casualidad de habernos encontrado, y también casualmente, vinieron las preguntas de rigor, el cómo van los estudios, el queréis tomar algo. Luego se hizo un silencio y S. me dio una patada por debajo de la mesa. Se me ocurrió que aquel hombre podía tener otra visión de mí si le mostraba mis inquietudes intelectuales y mi sensibilidad, si le diluía la imagen de su bella hija siendo manoseada por un tosco futbolista, un futbolista del equipo rival.

Saqué entonces la reproducción a color de *La huelga* y elogié la impecable factura del artista recreando el cielo plomizo, los ladrillos deslucidos, la verja de hierro de la escalera. Nada dije de los obreros insurrectos, pero sí comenté la filosofía de la pena donde se escuda mucha gente, mi convicción de que el arte podía cambiar la sordidez general, pues los artistas son seres elegidos que lograron, a través de sus obras, trascender la finitud humana, hacerse inmortales. También anuncié que estaba inmerso en un arduo proceso de formación cultural y que leía infatigablemente para comprender el mundo de manera más profunda, ya que el mundo es un sitio oscuro, tenebroso y extraño.

Miré a S. y tenía la cara enrojecida. Pensé que era porque en aquella cafetería hacía mucho calor. Igualmente consideré que mi discurso estaba yéndose por derroteros demasiado abstractos, que el padre de S. tal vez pensaría que era un sectario. Entonces señalé al hombre y a la mujer del cuadro de Robert Koehler, recordando la

dificultad de retroceder cuando uno ha dado un paso hacia delante. Hablé de mi madre y de su eficacia desganada, de mi padre que estuvo preso tras pegarle una paliza a un policía durante una huelga en la fábrica. Por último, como todos estaban sin abrir la boca debido a mi interminable homilía, pregunté si un opresor y un oprimido ven las cosas igual, si un rico y un pobre pueden emocionarse de la misma manera.

En ese momento pasó por la acera una amiga de la facultad, pidió que saliese, necesitaba decirme algo. No me acuerdo exactamente de qué se trataba, aunque sí de la lentitud oral de aquella chica: su diálogo carecía de fin y, sobre todo, de finalidad. Temí interrumpirla y que me increpara en público por mi mala educación, tampoco tenía suficiente confianza para decirle que estaba conociendo a mis futuros suegros. Además, ella me gustaba, me gustaba mucho.

Durante unos instantes dejé de mirar con prisa e insistencia hacia el interior de la cafetería, me detuve en los oscuros ojos de mi compañera de universidad. Había llovido y tenía el flequillo mojado, hasta ese momento no había percibido su gran parecido con Juliette Binoche y, más en concreto, con Anna, la protagonista de *Mala sangre* de Léos Carax.

Escuché un portazo y salí súbitamente de mis pensamientos eróticos o alienantes, eran S. y sus progenitores abandonando la cafetería. El padre caminaba deprisa, llevaba a su hija agarrada por el hombro y ella lo cogía por la cintura. La madre estiraba el brazo del marido hacia atrás, intentaba convencerlo de que se despidiese. El hizo un ademán más impetuoso que los anteriores, que parecía decir: «¡Suéltame de una vez, déjame en paz!». La mujer vino hacia mí y me tocó el codo: «Muchas gracias por tu tiempo, el café está pagado».

Los tres desaparecieron y Juliette Binoche preguntó si había algún problema. Luego hizo gala de esa educación distinguida que sólo tienen los ciudadanos franceses: se disculpó por haberme entretenido e incluso creo que musitó una de aquellas expresiones

que transforman la realidad en un lugar confortable: «*Je suis désolée*».

Entonces recordé la cantidad de mosquitos que había en el campus por la mañana. Mi impresión de que su presencia tal vez podía anunciar chubascos torrenciales. Un coche pasó junto a nosotros y aminoró la velocidad, cuando estaba a nuestra altura el conductor bajó la ventanilla y le soltó a mi compañera un improperio relacionado con la longitud de su falda. Ella lo miró con tanto asco que el mundo se equilibró durante unos instantes: opresores y oprimidos estaban, por fin, en un mismo nivel de repulsión. Es cierto que las tornas no habían cambiado, pero al menos existía un destello de esperanza. Un destello tan minúsculo como los mosquitos de verano, sí, aunque, al fin y al cabo, un atisbo de furibunda esperanza.

* * *

He vuelto a lesionarme, aunque esta vez de menor gravedad. El médico que cuida de mi osteopatía de pubis dice que debo entrar en el quirófano, que tres meses pasan enseguida. El presidente estuvo de acuerdo, ha pedido que se me mantenga «firme y con facultades» hasta el final del campeonato. Luego seré operado y dedicaré la pretemporada a recuperarme «como Dios manda, sin prisas y sin presiones, con los ojos puestos en tu futuro». Para demostrar que el club confía en mí me harán un nuevo contrato, tendrá una cláusula de rescisión que «espante a los buitres y te haga sentir importante». Cuando termine la liga podré regresar unos días a casa, antes me incorporaré a la concentración del combinado nacional: he sido convocado para un encuentro amistoso frente la Selección Juvenil de Noruega.

Las últimas semanas en la universidad han sido trepidantes. A Bernardo Giner de los Ríos se le abrió un expediente académico y vino a clase con él impreso en la camiseta. Se subió encima de la mesa declamando fragmentos de *Ese maldito yo*, el libro más reciente de Cioran. Dijo que se proclamaba «estafador de abismos»

y que todos vivíamos en «el tiempo de la anemia». Fue expulsado y al poco se le readmitió. Sus padres telefonearon al decano recordándole qué significaban los apellidos del hijo para la historia de la pedagogía moderna española. Bernie hizo los exámenes enfundado con un pasamontañas, no le importaron los calores de junio ni los precedentes inmediatos. Sacó sobresaliente en la mayoría de asignaturas, era tan brillante y tan culto y pensaba con tanta originalidad que los profesores no pudieron escarmentarlo.

Elizabeth McGraw se casó «por lo civil». Fui uno de los dos testigos que firmaron la tramitación del acuerdo nupcial. Mis competencias consistían en certificar la transparencia jurídica de aquel enlace, la aceptación del matrimonio en plenas libertades, sin coacciones.

Cuando el funcionario habló del respeto a los límites estrictos de la ley, sonreí. Después pensé en la celda de castigo donde encerraban a Papillon, en el castillo de If y en Edmond Dantès aprendiendo matemáticas, filosofía y lenguas antiguas. De pronto, los franceses me parecieron un pueblo demasiado entusiasta con las cárceles. Conozco al menos seis autores galos que escribieron sus principales obras privados de libertad. El más famoso fue el Marqués de Sade, pero también estuvieron presos Maurice Sachs, François Villon y Jean Genet. El cineasta Adrián Lyne explicó que algunas escenas de *Nueve semanas y media* estaban inspiradas en Juliette, la antiheroína sádica.

Como estaba exento por una prórroga de estudios no me incorporé al servicio militar, aunque, según el sorteo de la oficina de reclutamiento, hubiese sido enviado a la Comandancia Naval de Ceuta, en la división de infantería de marina. Me entusiasmaba la idea de marcharme tan lejos y de pasar quince meses confinado en un barco. Por supuesto, sólo me gustaban las imágenes mentales y el explicarlo para vanagloriarme de mi mala y buena suerte, bajo ningún concepto quería vivir esa experiencia de grumete en el Atlántico.

Publiqué un cuento breve en la revista *Don Balón*. El personaje principal era un gimnasta adolescente de quien todos resaltaban su

parecido con Mel Gibson. El chico quería ser extra de cine, su flexibilidad y sus condiciones innatas para el equilibrio sobre las anillas favorecían dicha vocación. Por oscuras razones que el lector nunca lograba adivinar, el muchacho «sabía» que estaba preparándose la cuarta entrega de la saga *Mad Max* y pretendía ir a Melbourne para probar suerte en el casting. Se había cortado el flequillo como Max Rockatansky en las tres películas anteriores. Solía imaginarse vestido de cuero y con un albornoz sobre los hombros, analizando en la pequeña pantalla de la cámara, junto al responsable de producción, su última caída desde una motocicleta a gran velocidad.

El cuento terminaba cuando el muchacho se enamora de la jefa de montaje, una mujer de cincuenta y un años que fumaba y bebía demasiado para olvidarse de su matrimonio fallido. Estaba casada con George Miller, el director de la película. Me enfadé al recibir la revista porque habían suprimido párrafos enteros, también cambiaron los insultos en inglés por ridículas expresiones castizas. Mi relato era una crónica sobre las vicisitudes que rodean a las grandes superproducciones cinematográficas, sobre las falacias de la fama, acerca del amor sin edad. En otro sentido, mi cuento exploraba la emigración juvenil, el desarraigo y las ilusiones profesionales. Todo ello quedó diluido -cuando no tergiversado- por los redactores de la revista *Don Balón*, aunque al menos pude ver impresa una historia por mí concebida, una historia que, en su primera versión, tenía momentos originales.

Nos dieron las notas sin mucha solemnidad. La carrera de Historia del Arte carecía de prestigio, nadie suspendía a no ser que dejases de presentarte. Ciertos alumnos comentaban que respirar era calificado con un cinco, no dormirse en clase con un seis, escribir tu nombre y que el profesor lo entendiese equivalía a notable, saber el siglo en que nació Andy Warhol, sobresaliente, y, por último, escribir la palabra «Nietzsche» sin faltas, matrícula de honor.

No obstante, me faltaba por hacer un examen oral de Teoría del Cine. El día que se realizó llegué tarde, el avión que nos trajo desde Bilbao, donde fuimos a jugar un partido atrasado, también se

retrasó. Presenté el justificante del club y en secretaría me asignaron una nueva fecha, ésta coincidió con mi viaje a Oslo para incorporarme a la Selección Española. No pude cambiarlo porque era el único momento en que el profesor estaría en el despacho para las revisiones de notas, al día siguiente se marchaba a su «retiro espiritual».

Pedí al conductor del microbús que recogía a los seleccionados que viniese a buscarme a la Facultad, de ese modo tendría tiempo para hacer el examen y llegar al aeropuerto a la hora establecida. El «problema» estaba en que no podría cambiarme de ropa y que debería transportar la ostentosa bolsa de viaje con mi nombre y mi número. Estaba obligado a comentar la escena de las escaleras de *El acorazado Potemkin* vestido con el chándal de la Real Federación Española. Por suerte, las clases habían terminado y serían pocos los alumnos que asistirían a la revisión de calificaciones, pues ya he dicho que nadie, salvo quienes habían perdido el hálito vital, suspendía.

Efectivamente, nuestro departamento estaba desierto. Nunca antes se había cumplido el dictamen de Giner de los Ríos, que lo llamaba «la tierra baldía». Sólo unos pocos alumnos -unos cuantos *hollow men*, por usar los epítetos de Bernardo- campaban aquí y allá, siguiendo con sus dedos las listas colgadas en los tableros de corcho, llamando a las puertas para comprobar que no había nadie, nunca había nadie porque, como dijo T. S. Eliot sobre Londres, aquel sitio se parecía a «una ciudad irreal bajo la parda niebla del amanecer de invierno».

Llegué al despacho donde nos recibía el profesor de cine. En el pasillo estaba la alumna más lúcida de la carrera, uno de los expedientes más extraordinarios de toda la universidad. Ella nos repugnaba a todos en parte porque queríamos tener su clarividencia y en parte porque sus comentarios matutinos eran absolutamente repugnantes.

Por ejemplo, un día levantó la mano mientras se hablaba de un fragmento de la *Crítica del juicio* y dijo: «No comulgo con Kant». En otra ocasión interrumpió las explicaciones de la profesora sobre los

textos de Hannah Arendt, después preguntó lo siguiente: «¿Podríamos hablar de una banalidad del bien, además de esa previsible caracterización del mal como algo banal?».

Estábamos los dos en silencio y comenté lo sosegado que parecía el departamento aquella mañana. Para que no siguiese utilizando adjetivos inapropiados ella me explicó que había venido voluntariamente a hacer el examen oral, quería mejorar su nota. Me quedé callado y de perfil, tratando de esconder el escudo de España impreso en mi chándal. Fingí un repentino interés por un programa de la filmoteca que alguien había colgado en el tablero contiguo al despacho. Anunciaba un ciclo sobre el cine de Marguerite Duras y dije: «¡Vaya, por fin un ciclo de la Duras!». Con gran disimulo miré la nota de mi portentosa compañera, me horroricé cuando vi que tenía un nueve y medio, la calificación más alta de la clase.

La discrepante de Kant y la enmendadora de Arendt estuvo un buen rato dentro del despacho. Al salir me deseó que pasase un «fabuloso y productivo verano», por lo visto era una mañana mediocre para adjetivar. Entré y observé al profesor con una media sonrisa, detrás de él se filtraban los rayos matutinos y, a través de la ventana, el follaje del campus producía unas tonalidades impactantes. Cerré la puerta suavemente, para no molestar. De la percha colgaba una americana azul de lino, muy vaporosa. Leí la etiqueta y en ella ponía Antonio Miró.

Le detallé al profesor las razones por las cuales no había podido asistir al examen el día establecido. Le conté que disponía de una hora y media, luego me recogería un microbús para llevarme rumbo a Noruega con la Selección Nacional de fútbol. Paulatinamente él iba olvidando su encuentro con la alumna más inteligente de la universidad, las descripciones de ésta sobre el fotograma de *Viaje luna* de Meliès, el placer que proporciona compartir cuitas estéticas y anímicas con adolescentes que dicen «Discrepo de Godard».

De forma progresiva, aunque también inexorable, el profesor fue entrando en el mundo que tanto le enajenaba, ese universo personificado por chicos con vicisitudes rocambolescas y gestos faciales bovinos. Gente que, como yo, interrumpía la serenidad

necesaria donde se origina el conocimiento. Seres que aparecen con un ridículo escudo grabado en la pechera, dos columnas de Hércules, una corona de pedrería y el cuartelado de armas de Castilla, León, Aragón y Navarra, todo ello bajo el lema Plus Ultra.

El profesor recuperó su estado natural, que era entre hipocondríaco y furioso. Preguntó por qué le explicaba, precisamente a él, este tipo de cosas. Después dijo no entender nada, a lo que añadió que quizás no había nada que entender. Por último, me aprobó en el acto, sin necesidad del examen, antes de pedir que hiciese el favor de marcharme de su despacho enseguida. «Es inaceptable tener que pasar por esto», remarcó.

Creo que nunca he sentido ni sentiré tanta repugnancia hacia mi persona, tanta discriminación y tanto rechazo. Me gustaría decir que aquella escena no me importó lo más mínimo, que viajé a Oslo, triunfé en el partido contra la selección de Noruega y me reí de mi profesor de cine, quien en el fondo nunca había querido dar clases en la Facultad, aunque, siguiendo las recomendaciones de la familia, asumió como suyo el imperativo de tener un sueldo fijo. Por una vez hizo caso a su padre, un antiguo prócer del periodismo cultural patrio que lo había ninguneado desde la adolescencia.

Sin embargo, abrí la puerta del microbús huérfano de sarcasmos en los que regodearme, cogí el avión más perturbado que hundido, con mis pilares íntimos y políticos seriamente dañados. Como diría un novio cruel y melodramático, «algo se rompió» tras la visita a aquel despacho, algo pidió ser atendido sin más dilación: algo se hizo urgente.

* * *

Ganamos a los noruegos por cuatro goles a uno. Jugué terriblemente mal, aunque tuve ciertos destellos. El seleccionador me excusó sosteniendo que llevaba demasiados partidos a mis espaldas y que el pubis es muy traicionero. Aseguró que mi participación en el campeonato europeo del año siguiente no corría peligro. «Ponte otra vez como un tiro y aquí te esperamos, tengo

una confianza ciega en ti; además, eres nuestro cuarto capitán», dijo.

No obstante, tenía el ánimo vacío por el episodio con el profesor de cine, por los años fuera de casa y por esas ilusiones que de tanto nombrarlas ya no sabía si eran mías, si me las había inventado o si las estaba asumiendo desde una inercia poco exigente, debido a mi falta de personalidad. Tenía la cabeza desorientada por usar demasiado, por usar a todas horas, un humor compensatorio que equilibraba mis mentiras, mis tergiversaciones, mis remordimientos y mis renuncias. Estaba exhausto de renunciar, pero también estaba agotado de hacerme propósitos, elaborar listas, trazar planes, dibujar proyectos que nunca eran tentativos, sino absolutos y tiránicos.

Ciertamente me encontraba ante eso que se denomina «una encrucijada» y, a diferencia de otras ocasiones, esta vez la veía como un problema, no como un ensayo previo a algo. Supongo que por eso tomé la decisión más lógica: abandoné el fútbol y no regresé a Madrid, pasé las vacaciones en nuestro barrio mientras mis padres asistieron a las fiestas de Santa Escolástica y pidieron a San Roque que me ayudase a recapacitar.

Hubo una llamada telefónica del presidente y creo que una reunión de trámite con mi representante, nada más. Lo cierto es que me sorprendió la nula insistencia, lo fácil que fue dejar mi carrera futbolística. Después de tanto tiempo esperaba que se rasgasen las vestiduras y un buen manojo de ultimátums. Abandoné el fútbol y al día siguiente no pasó nada, mis compañeros nunca se pusieron en contacto conmigo, yo tampoco con ellos. Los millones de pesetas que se movían a mi alrededor, los contratos que te sacaban de la estrechez y las cláusulas que te transformaban en un adolescente adinerado no intranquilizaron a nadie. Esto puede leerse de múltiples maneras; mi preferida es que, a pesar de todo, nunca pasa nada.

He pensado muchas veces en lo poco heroico que fue dimitir del fútbol, en que si me hubiesen presionado una pizca aún hoy continuaría yendo al campo los domingos, seguramente trabajaría en

la oficina técnica de algún club, tal vez permanecería en la memoria de ciertos aficionados obsesivos, eruditos o maniáticos.

Me pregunto cuántos futbolistas que no formarán parte de ningún olimpo, aunque tampoco tendrán juventudes como las de sus vecinos, ya han empezado a marcharse de ese paréntesis existencial que son sus carreras deportivas. Cuántos hay ahora mismo, mientras debutan y dan entrevistas, mientras invierten en bolsa y visitan niños enfermos en hospitales, al mismo tiempo que reciben homenajes y compran casas con piscina y gimnasio, cuántos jugadores están escribiendo en sus cabezas o en folios con el membrete del club historias como ésta, cuántos engañan a los entrenadores que esperan informes concienzudos sobre los rivales, cuántos transportan una libreta para que los acompañe a las concentraciones, por ajustar cuentas al acabar el día, con el pretexto de que sólo al quedarse desnudos y en su habitación, fuera del vestuario y de noche, son ellos mismos, son «Uno» de verdad.

Aunque ya no juego, sigo siendo futbolista. Si estoy de buen humor me veo posando para los fotógrafos con el resto del equipo, dispersándonos a la carrera tras oír el clic de la cámara, esprintando porque sí cuando mis compañeros y yo mismo nos conjuramos contra la mala suerte, gritamos apodos más cariñosos que ofensivos, insultamos al rival que no nos oye.

Si he tenido una reunión desastrosa en el trabajo y me balanceo en mi sillón de la oficina, apesadumbrado por algo que no debí decir o algo que dije por alardear, recuerdo cómo eran los descansos aquellos días en que jugábamos con lluvia, las correcciones en la pizarra del entrenador y la aristocrática sensación que tenía porque usábamos una indumentaria nueva cada tiempo. Al final del partido regalábamos nuestra camiseta a los recogepelotas.

Sigo soñando con que soy un futbolista adolescente. Continúo viéndome en el túnel de vestuarios, y correteando por el césped, que huele como las piscinas por las mañanas, sufriendo los mismos calambres si el encuentro es «realmente» importante.

Nunca me observo siendo escritor, jamás me he imaginado impartiendo clases en la universidad, ocupo el mismo despacho

donde suscité el asco de un maestro que, paradójicamente, ahora comparte su asignatura conmigo y se ha convertido en algo más que un compañero de cuitas laborales, en un amigo «íntimo y político».

Con él enumeramos la colección de despropósitos que los alumnos son capaces de inventar para tener un aprobado. Con él decimos, al abrigo del previsible *gin-tonic* de regaliz, que el sistema universitario enajena a profesores y estudiantes. El sostiene que aún no tengo «derecho» a estar fundido, pues me faltan dos décadas para adquirir sus mismos galones.

Ciertamente la enseñanza todavía no me agrió el carácter. Cada nuevo curso siento una especie de picor en la mandíbula que identifico con las ilusiones y con la buena suerte. Las historias de los alumnos me parecen ajenas, pero ni las oigo con paternalismo ni busco en ellas indicios de algo perdido e irrecuperable.

Un día pedí a mi compañero en la asignatura de Teoría del Cine que me explicase la anécdota de despacho más rocambolesca que hubiera vivido. Como estaba a punto de la jubilación creyó que los demás docentes íbamos a prepararle algún tipo de homenaje.

Contó que una alumna *impecable*, «la más inteligente que he tenido nunca», fue a subir nota porque su nueve y medio le parecía injusto. Se sentó resuelta en la silla, extrajo un paquete de folios manuscritos que eran sus apuntes durante el año, y cuando él se incorporaba para escuchar las explicaciones pertinentes, dijo: «No coincido con Cassavetes, aunque participo de las preocupaciones de René Clair».

Al oír este alegato mi antiguo profesor le pidió que se callase, cambió su calificación en el acta administrativa y le puso una matrícula de honor. Su moraleja fue que, en aquel tiempo, semejante desfachatez merecía un premio; ahora la habría suspendido. Después recordó que ya no existen alumnos con ese grado de atrevimiento, «hoy practicamos una pedagogía parecida a la bollería industrial», sentenció.

Como aquella historia no producía el efecto esperado se encogió de hombros, luego preguntó cuál era mi experiencia más traumática dentro de un despacho. Por un momento dudé si contarle el episodio

que habíamos vivido juntos y que él había desterrado de su memoria, pero iba a retirarse de la enseñanza y no quería apesadumbrarlo. Además, habíamos hecho planes para trabajar en un libro sobre Dziga Vértov e íbamos a pasar cinco días de las vacaciones en su casa.

Aludí a mi escasa experiencia y a la necesaria limpieza cerebral que un profesor necesita para seguir desempeñando su tarea. Tras esta excusa nada convincente, él vio ratificadas sus sospechas de que los más jóvenes del departamento le preparábamos un homenaje. Nos quedamos en silencio y sonriendo, cada uno en un sillón del despacho, mirando hacia la misma pared.

Contraportada

ALBERT CAMUS dijo que todo lo que sabía de las obligaciones y la moral de los hombres se lo debía al fútbol. Este libro explora, precisamente, todo lo que los futbolistas adquieren a pesar de la obligación, todo lo que imaginan contra la moralidad, todo en lo que creen cuando el partido del domingo finaliza.

Durante algún tiempo, el autor, Valentín Roma, fue futbolista. Abandonó la práctica del deporte para dedicarse a sus estudios de Historia del Arte y Estética (en la actualidad es director de La Virreina Centro de la Imagen de Barcelona y profesor universitario). Hijo del obrero de una fábrica, un obrero con claras ideas políticas, este libro narra su propio proceso de desclasamiento, que refleja, a la vez, un desclasamiento colectivo, el de una generación nacida en España a finales de los años sesenta y principios de los setenta, los hijos universitarios de padres campesinos emigrados a la ciudad, vástagos de las aspiraciones sociales que circulaban por aquel entonces, y hoy con un pie en el aburguesamiento y otro en el instinto de supervivencia. Este retrato de un futbolista adolescente es, también, cierta recapitulación sobre qué proporciona el éxito y sobre todo qué arrebata, cuánto de ese triunfo pertenecía al narrador, y por qué se apeó de él al comenzar a alcanzarlo… Este libro es un viaje que sigue la sombra de James Joyce y Stephen Dedalus, aquí transformados en un narrador y en el futbolista adolescente que fue. Y, finalmente, este libro es la memoria de lo que se oye en un vestuario de fútbol cuando las puertas se cierran, la ideología que acompaña meniscos y rótulas, la «vida interior» de

los jugadores, sus ansias de ser y sus sospechas de no entender qué les ocurre a los demás. Una historia fascinante, nunca antes contada así en la literatura española, entre la risa y la melancolía.

El autor

VALENTÍN ROMA nació en Ripollet en 1970 y en la actualidad vive en Barcelona. Durante algunas temporadas fue futbolista. Doctor en Historia del Arte y Filosofía por la Universidad de Southampton, profesor de Teorías Artísticas Contemporáneas en la UAB, ha comisariado exposiciones de arte contemporáneo en España y el extranjero, del Museo Picasso, la Fundación Tapies o el CaixaForum de su ciudad a la Bienal de Venecia o la Kunstverein de Stuttgart. Fue conservador jefe del Museo de Arte Contemporáneo de Barcelona (MACBA) y, en la actualidad, es director de La Virreina Centro de la Imagen de Barcelona. Periférica publicó en 2011 su libro *Rostros*, a medio camino entre la ficción y el ensayo, y en 2017, su primera novela, *El enfermero de Lenin*.

«*El enfermero de Lenin* es una acumulación de escombros: de lo que pudimos haber sido, de las bravuconadas, de los trabajos que tuvimos y no conservamos, los suburbios que nos hicieron sagaces y desconfiados, nuestras lecturas, nuestro rencor de clase, nuestras madres, de todas aquellas cosas que se nos ofrecieron gratuitamente y el precio que tuvimos que pagar por ellas.» Patricio Pron, *El Boomeran(g)*